

 Seix Barral

Marjolijn van Heemstra

En busca de tu nombre



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
De no haber cumplido...
Faltan 27 semanas
Faltan 26 semanas
Faltan 25 semanas
Faltan 24 semanas
Faltan 23 semanas
Faltan 22 semanas
Faltan 21 semanas
Faltan 20 semanas
Faltan 19 semanas
Faltan 18 semanas
Faltan 17 semanas
Faltan 16 semanas
Faltan 15 semanas
Faltan 14 semanas
Faltan 13 semanas
Faltan 12 semanas
Faltan 11 semanas
Faltan 10 semanas
Faltan 9 semanas
Faltan 8 semanas
Faltan 3 semanas
Faltan 2 semanas
Falta 1 semana
Faltan 3 días
Faltan 2 días
Falta 1 día
El día
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

El 5 de diciembre de 1946 se entrega una bomba empaquetada como si fuera un regalo en una casa de La Haya. Fallecen tres personas que supuestamente habían estado vinculadas al enemigo nazi. El cerebro del atentado es un tío lejano de Marjolijn, la protagonista: en la familia el suceso acabará convirtiéndose en toda una hazaña y su tío en una figura legendaria. Décadas después Marjolijn, embarazada y decidida a cumplir con la promesa de ponerle el nombre del antepasado a su primer hijo, sale en busca de la verdadera historia de un hombre sobre el que los claroscuros pesan cada vez más.

EN BUSCA DE TU NOMBRE

Marjolin Van Heemstra

Traducción del neerlandés por Goedele De Sterck



Para Eyse y, por supuesto, también para David

In talking about the past we lie with every breath we draw.

WILLIAM MAXWELL,
So Long, See You Tomorrow

De no haber cumplido yo los dieciocho después de que, doce años antes, un tío lejano mío sintiera cómo llegaba al final de sus días en su casa en España;

de no haberse quedado ese tío sin hijos y de no haber añorado justo antes de su muerte una vida que no había tenido;

de no haber enviado él por ese motivo su sortija y única joya a mi abuela, con el encargo de que se la regalara a un futuro tocayo de la familia;

de no haberse olvidado mi abuela de comprarme un regalo por mi dieciocho cumpleaños y de no haber ido yo a verla ese día;

de no haber mirado ella nerviosamente a su alrededor en busca de algo que de algún modo pudiera servir de regalo;

de no haberse posado su mirada en la cajita de cuero negro donde guardaba la sortija que llevaba doce años esperando el dedo apropiado;

de no haberme yo comprometido con una promesa que haría discurrir mi primer embarazo de principio a fin bajo el signo de un atentado con bomba ocurrido el 5 de diciembre de 1946;

este relato habría seguido siendo el mito pequeño y plano que había sido durante setenta años.

Faltan 27 semanas

—Se llamará Frans —digo—. Frans Julius Johan.

El volumen de mi voz me asusta.

D sonrío.

—No hace falta que grites, estoy a tu lado.

Abre la puerta del coche.

—¿Te ayudo?

—Soy una mujer embarazada, no minusválida.

D se acerca al lado del conductor riéndose por lo bajo. Antes de subir golpea dos veces el techo. Superstición. Cree que cuando has sido muy afortunado debes conjurar la mala suerte. Trato de sentirme aliviada. Las semanas de incertidumbre pertenecen al pasado, hay un corazón que late, se está gestando un bebé. Sin embargo, junto con el alivio anida en mi pecho el miedo, el miedo que reptar por mi cuerpo desde que en la prueba de embarazo salió una cruz azul celeste. Un vacío amenazador que parece agrandarse conforme crece el bebé. Vasto y blanco como el mapa de la Antártida que un amigo me regaló por mi último cumpleaños. Una superficie gigantesca, con el nombre en la esquina superior izquierda, la escala abajo a la derecha y nada más. Ni un camino, ni un lago, ni un pueblo. Para mi amigo no había mapa más bonito que éste, pero a mí me ponía la piel de gallina. Desde que estamos contando las semanas soy incapaz de quitarme de la cabeza aquella hoja en blanco, inquietante combinación de algo y de nada.

Me dejo caer en el asiento, aguantando como puedo las punzadas que me horadan las caderas. Pese a estar sólo en la semana trece ya sufro dolor pélvico. Nada más sentarse a mi lado, D señala el cuadernillo con las ecografías que sujeto entre las manos.

—Me gustaría verlas otra vez.

Juntos miramos las imágenes que nos ha imprimido la especialista tras interpretar las manchas claras en la pantalla («Aquí tenéis las fotos de vuestro bebé»). Un brazo, el estómago, los latidos del corazón, todas y cada una de las radiantes partes de nuestra criatura. Aunque yo asentía con la cabeza a cada indicación suya, no supe detectar ningún rasgo humano en las formas que flotaban por la oscuridad. Me parecían seres primitivos sumergidos en el caldo primigenio. Las fotografías del cuadernillo me recuerdan a un paisaje nocturno envuelto en la niebla. D las hojear, sé qué imagen está buscando, la de las dos manchas largas (las piernas) separadas por una pequeña protuberancia. La que llevó a la especialista a exclamar: «¡Está clarísimo que es un niño!».

D se mostró aliviado. La perspectiva de que pudiera ser una niña lo asustaba. Considera que

las niñas son muy vulnerables. Yo temo exactamente lo contrario. Según leí en algún momento, los varones corren más riesgo de morir a consecuencia de una conducta temeraria: automóviles, alcohol, guerras, petardos, peleas.

—Qué silencio —murmura D.

Introduce la llave en el contacto y sintoniza 10 Gold, su emisora favorita. Cuando por fin da con la imagen, sigue con los dedos el contorno de las manchas sin dejar de acompañar a Elton John con su voz, visiblemente contento. Me miro las manos, el grueso anillo de oro con la piedra azul que mi abuela me puso en el dedo corazón con gesto solemne el día que cumplí dieciocho años, haciéndome prometer que a mi primer hijo varón le pondría el nombre del héroe de la familia, a quien había pertenecido la sortija. Articuló su nombre como si estuviera revelando un secreto. Frans Julius Johan. Yo nunca antes lo había oído, sólo lo conocía por el nombre de batalla con el que lo había bautizado la familia: *el primo ponebombas*. El héroe de la Resistencia que, un año después de la guerra, perpetró un atentado mortal contra un miembro no condenado del NSB, el Movimiento Nacional Socialista Holandés, porque no podía vivir con la idea de que la justicia no existe. Por lo que me comentó mi abuela, su último deseo fue que el anillo lo llevara un tocayo suyo. «Desde entonces han pasado doce años. Podemos seguir esperando a que en esta familia nazca un tocayo, pero también puedo darte a ti el anillo y acordar contigo que pongas el nombre del primo a tu primer hijo varón.»

—Se llamará Frans. —De nuevo esa voz extraña y sonora—. Frans Julius Johan.

D levanta la mirada del cuadernillo y pregunta divertido:

—¿No deberíamos pasarnos meses buscando un nombre, y con mayor motivo si van a ser tres?

Niego con la cabeza. Está todo decidido.

—Le pondremos el nombre del primo ponebombas. En estos tiempos que corren no está de más apostar por el sacrificio y el valor.

D me mira asombrado.

—¿Hablas en serio? Creía que lo del primo ponebombas y su última voluntad no era más que... —busca la palabra adecuada— una buena historia para contar en fiestas y reuniones de amigos. No un deseo real.

Tiene razón. Era justamente eso. La anécdota perfecta que se saca a relucir en cualquier discusión sobre violencia y justicia después de tomar una copa de más, la historia del héroe cuyo nombre le pondría a mi hijo, algún día. Y a veces también, lo reconozco, una forma de impactar a mis interlocutores con mi ilustre pasado familiar cuando me preguntaban por el vistoso anillo que lucía en el dedo corazón. Durante quince años ha sido una historia sin más, durante quince años el primo ponebombas me resultaba igual de lejano e irreal que el hijo al que en algún momento pondría su nombre. El uno había dejado de existir, el otro aún no existía. Sólo existía la historia que vinculaba las dos posibilidades. Pero ahora que el hijo posible se me presenta como una realidad enorme y desconocida necesito una inscripción. Un nombre que dibuje las

proporciones correctas, una historia que colme el vacío blanco. Ésta es la historia perfecta. Un héroe erigido en molde para mi hijo.

Vuelvo a mirar las ecografías. Por un instante me parece ver al primo ponebombas flotando en la oscuridad. Medio engullido por la historia, deseoso de atrapar la luz y la vida. No me apetece hablarle a D de la Antártida. No quiero estropear este día con mi miedo hacia lo desconocido. D arranca el coche y salimos del aparcamiento.

—Fue su último deseo —digo.

—Pero si hace casi treinta años que ese primo ponebombas murió.

—Se lo prometí a mi abuela.

—Que también está muerta —puntualiza D.

—¿Por qué no te gusta?

—Se me ocurren nombres más bonitos.

—A mí lo que me importa es la historia detrás del nombre.

—Cuando apenas sabes nada de él.

Dejo nuestro paisaje nebuloso encima del salpicadero.

Una vez más, D tiene razón. Lo poco que sé cabe en una sola frase. En la tarde del 5 de diciembre, víspera de San Nicolás y tradicional noche de regalos en Holanda, un héroe de la Resistencia lleva una bomba empaquetada como regalo sorpresa a casa de un antiguo miembro del NSB.

He puesto *bomba*, pero en la tradición familiar se hablaba invariablemente de un «petardo», del mismo modo que el miembro del NSB era un «traidor a la patria» y el primo ponebombas un «gamberro». Fue la generación de mis abuelos la que dio vida a la historia, aprovechando la menor oportunidad para contar los detalles a quien quisiera oírlos. Gamberro sorprende a traidor a la patria con petardo.

Una historia contada con cariño a la que mi abuela añadía un refrán: Donde las dan las toman.

Ella fue la primera persona que me habló del primo ponebombas. Por entonces yo tenía siete años. Nos encontrábamos en La Haya, de camino a la tertulia en casa de una de las muchas amigas de mi abuela, o a la mercería, ya no sabría decirlo. Tenía costumbre de llevarme a mí —y no a los otros nueve nietos— en sus salidas. Quizá en parte porque yo podía pasarme horas debajo de la mesa con unos lápices y una hoja de papel, y también porque me llamaba como ella. Me daba perfecta cuenta de lo mucho que disfrutaba cuando yo decía mi nombre. «¡Igualita que yo!», solía exclamar, como si se sorprendiese una y otra vez de que existiera una versión suya en pequeño. No recuerdo si pasamos de casualidad o si fuimos expresamente, pero en un momento dado nos detuvimos junto al canal del Príncipe. Mi abuela me enseñó la puerta de una casa. Me habló del héroe de nuestra familia y me comentó que fue ahí donde llevó el «petardo». Me dijo que me fijara en el color de la fachada, de un tono más claro que el de las fachadas colindantes. «¿Lo ves? Tuvieron que reconstruir el edificio.» Y concluyó su relato con un alegre «donde las dan las toman». Yo tenía siete años e ignoraba a qué se refería. Sin embargo, asentí con la cabeza

porque aquello sonaba muy lógico. La fuerza de la rima, comprendí más tarde. A lo hecho, pecho. Haz bien y no mires a quién.

No sé cuántas veces habré contado la historia del primo ponebombas desde entonces. Conforme la repetía, iba incluyendo más pormenores.

Tanto es así que en primaria, con nueve años, di una charla sobre el tema. Me la inventé en buena parte. En mi versión, el «traidor a la patria» se había convertido en un grupo de doce miembros del NSB que en vísperas de San Nicolás abrieron todos juntos el paquete bomba de mi supertío y —¡tres, dos, uno!— saltaron en mil pedazos. Había ensayado mi intervención ante el espejo de casa: la pausada cuenta atrás, con la voz llena de tensión contenida, y después la explosión. Con grandes gestos dramáticos fui cayendo —¡tres, dos, uno!— al suelo, donde me hice la muerta a la espera de los aplausos. Conseguí un nueve y me llevé una ovación, con toda la clase en pie. Además, el parentesco en primer grado con un héroe de semejante talla me valió un noviazgo de varios meses con el chico más popular de la escuela. Aunque fue el resultado de un cúmulo de circunstancias fortuitas —un cumpleaños, un regalo improvisado, un fallecimiento previo—, la herencia de la sortija al cumplir los dieciocho años parecía obedecer a una lógica aplastante. Justicia histórica, la fuerza de la rima.

—¿Y? —me pregunta D con una mirada interrogativa.

Estamos entrando en nuestro barrio. D conduce el coche hábilmente por las calles estrechas.

Quizá no tenga sentido que a estas alturas me aferre a un viejo héroe, a un refrán de mi infancia. Pero cuando D me pregunta qué foto del bebé vamos a colgar en la nevera vuelvo a sentir bajo el ombligo aquel vacío inmenso.

—Es cierto que sé poco. Quiero saber más.

D se ríe con esa risa amplia y contagiosa tan propia de él, la que lo llevó a protagonizar el anuncio publicitario de los caramelos Mentos que después de cinco años se sigue emitiendo en horario de máxima audiencia. *The Freshmaker*. Me gusta su risa, y también la despreocupación con la que me anima a empezar a investigar cuanto antes.

Faltan 26 semanas

¿Qué es lo que da lugar a una epopeya? ¿El vencimiento del mal? ¿La gesta en sí? ¿El héroe? ¿El coraje que lo impele a hacer lo necesario y jugarse la vida? ¿Y de dónde nace ese coraje? ¿De la injusticia? ¿Del miedo? ¿Del deseo de atazarlo, de mirarlo a la cara para poder decir «no siento temor»?

Inicio mis pesquisas sobre la vida del primo ponebombas con una llamada a la mayor de mis tías. La noticia vuela por toda una comunidad de ancianos acaudalados que conocieron o bien al primo o bien a personas que a su vez lo conocían. Se propaga a un ritmo vertiginoso por cafeterías y restaurantes de residencias y clubes de golf.

Todos los días me llegan retazos de información, por teléfono, por correo electrónico o a la vieja usanza, mediante carta. Decido abrir dos carpetas: «Hechos» y «Otros». La primera contiene un único documento de tan sólo unas frases. Frans Julius Johan nació en 1909 en Haarlem y falleció en 1987.

Era primo segundo de mi abuelo. Tenía dos hermanas mayores que ya pasaron también a mejor vida, su padre era militar, su madre murió joven. Trabajó como asesor en la fábrica de vidrio Staalglas Amsterdam y como representante de Citroën. Tras la guerra encabezó la unidad motorizada del cuartel militar de La Haya. Casi todo lo que me llega acaba en la segunda carpeta, una colección de documentos de lo más variopinta: recuerdos, rumores, fragmentos sueltos con numerosas líneas en blanco.

Resulta que quienes menos saben de él son los hijos de sus hermanas, a pesar de ser sus familiares más cercanos. Trataron muy poco al primo ponebombas. Ninguno de sus sobrinos me aporta datos sobre el atentado. La periferia de parientes lejanos y vagos conocidos es la que más se acuerda de él. Como si hiciera falta tomar distancia para conocerlo realmente.

Uno me cuenta que a Frans le gustaba nadar junto al barco en el que vivía, despacio, dando largas brazadas, como una rana perezosa; otro, que estuvo a punto de matarse en el Rally de Montecarlo de 1936; hay quien afirma con certeza que lo condenaron por el atentado y que en la prisión de Leeuwarden llegó a las manos con un compañero de celda que permanecía encarcelado a raíz de su negativa a ir a luchar a las Indias Holandesas (Frans tachaba a los objetores de conciencia de «escoria comunista»); otra persona me asegura que no lograron capturarlo; éste me dice que la reina Juliana lo indultó; aquel otro que se suicidó en su celda; más de uno sostiene que acabó en España, lo cual me suena a chiste, teniendo en cuenta que perpetró el atentado en vísperas de San Nicolás, que, según narra la tradición, llega a Holanda

precisamente desde ese país. Una sobrina de mi abuelo describe a Frans como un casanova, apuesto y moreno, «el rompecorazones de Haarlem». Uno de mis tíos lo califica de achaparrado. No aparece en ninguna fotografía.

Descubro que circulan diferentes versiones de la historia de la bomba. Un tío mío, de buen corazón, está convencido de que el miembro del NSB murió en el acto. «Además, era un hombre ya muy mayor», dice como para quitarle hierro al asunto. Una tía con un marcado gusto por el sensacionalismo me cuenta que, tras la explosión, la víctima yació con heridas graves en la acera junto al canal durante horas, debatiéndose entre la vida y la muerte. Una persona dice que Frans actuó por encargo del gobierno; otra, que, después del atentado, no volvió a articular palabra. Cada versión tiene color y sabor propio y gira indiscutiblemente en torno a dos ingredientes principales: el heroísmo de Frans y la muerte merecida del canalla. Nadie sabe explicarme por qué fue mi abuela quien recibió el anillo. Se supone que resultó decisivo el papel que desempeñaba en el seno de la familia. Mi abuela era la araña de la tela familiar, tenía fama de poder conseguir todo lo que se propusiera. Incluido un heredero.

Poco a poco se van revelando detalles que vinculan la vida de Frans con la mía a través de las personas y los lugares más insospechados.

Frecuentaba cafés de Ámsterdam que frecuento yo, acostumbraba a recorrer el muelle que yo recorrí a diario para ir a clase. La calle donde él vivía se sitúa justo detrás de la casa donde viví de alquiler nada más independizarme. El antiguo cuartel en el que una amiga mía tiene su taller resulta ser el lugar donde Frans inició su carrera militar una vez concluida la guerra. Deambulo por los pasillos que él debió de atravesar en su día, por primera vez observo las insulsas paredes con atención, el color grisáceo, y trato de imaginarme a Frans rozando estos azulejos, pisando este suelo. Mientras fumo un cigarrillo a hurtadillas («¡el último, ni uno más!»), sacando medio cuerpo por la ventana, me acuerdo de los caracoles que solía haber en la terraza de mi abuela. Se deslizaban por las baldosas, por la tierra, las plantas, aparentemente de ninguna parte a ninguna parte, hasta que el sol se asomaba entre las nubes y, de pronto, un rastro baboso unía los puntos en los que se habían detenido a lo largo de su pausado periplo. Luce el sol y por todas partes brillan los caminos.

Nos acercamos al ayuntamiento para que D reconozca el «fruto». En la sala de espera nos reímos de esa formulación tan absurda, el «fruto», como si yo fuera a parir un plátano. En este mismo mostrador tendremos que comunicar el nombre más adelante, cuando el fruto se haya hecho hombre.

D sigue poniendo reparos. Argumenta que por Holanda han pasado otros muchos héroes. Floris. Willem. Maurits.

—Pero este héroe es nuestro —replico.

—Tuyo. Frans... ¿Te parece un nombre bonito?

—No se trata de eso. Encaja. Cuadra.

D dice que cualquier nombre acaba encajando, del mismo modo que un zapato de cuero termina por amoldarse al pie que lo calza.

Yo creo que es al revés. La persona se va haciendo a su nombre. El nombre es como el pie.

—Lo ves demasiado grande —opina D.

—*Es grande* —lo corrijo.

D posa la mano sobre mi vientre.

—Diez centímetros no es mucho.

—Pero crece. Crece cada segundo. Dentro de dieciocho años serán dos metros de varón.

El número en la pantalla cambia, ha llegado nuestro turno. El empleado tras el reluciente mostrador nos pregunta por el apellido. D me lanza una mirada interrogativa.

—¿El mío, verdad?

Asiento. Ése es el trato. Él pone el apellido, yo el nombre. Tan pronto como D ha firmado el formulario, el empleado nos felicita.

—Ahora el bebé es oficialmente de los dos.

En casa ordenamos el cuarto trastero, que pasará a ser el dormitorio del niño. D considera que debo concederle derecho de veto en lo que respecta al nombre. Discrepo. Me pregunta irritado por qué nuestro hijo tiene que llevar el nombre de alguien.

—Porque ofrece algo donde agarrarse. Aporta un marco de referencia, una historia en la que embarcarse.

—¿Y por qué precisamente esa historia?

—Porque es buena, y porque es la historia más tranquilizadora que tengo a mi disposición.

Me sorprendo del calificativo que yo misma acabo de elegir. *Tranquilizadora*. ¿Es ésa la palabra? De pequeña, el relato del primo ponebombas me hacía creer que la justicia existe. Castigo y recompensa. La certeza de que el bien acaba imponiéndose sobre el mal.

—Aún no ha llegado y ya lo estás tranquilizando —suspira D.

Muevo la cabeza en señal afirmativa.

—Sí, ésa es la idea.

—O quizá estás tranquilizándote a ti misma.

—Quiero una brújula moral, un nombre que sirva de orientación.

—Estamos hablando de un niño, no de un territorio sin explorar.

No digo que eso es justamente lo que siento.

D sacude la cabeza, farfulla algo sobre hormonas y comienza a atornillar las piezas de una gran cuna antigua que fuimos a buscar a casa de una tía y que él califica por sistema de «cuna del terror», porque la madera oscura que no deja de crujir combinada con el desteñido estampado de florecitas rosas de la capota le resulta espeluznante.

Faltan 25 semanas

El bebé mide ahora cerca de once centímetros. En las páginas web para futuras mamás figuran imágenes de aguacates y granadas que indican cómo debo imaginármelo. Explican que las orejas ya se encuentran en su sitio y que el bebé se halla cubierto de pelusilla. Las uñas me crecen con tal rapidez que necesito cortármelas cada dos días. Alrededor de mi ombligo aparece un vello largo y oscuro. «Hormonas masculinas», sentencia la ginecóloga. D me llama «*la mujer loba*» y finge asustarse cuando entro en el dormitorio por la noche. O quizá ni siquiera finja.

Mi vientre se va hinchando, hasta hace una semana parecía que simplemente había cogido unos kilos, pero ahora es indiscutible que estoy embarazada. Según los libros y las páginas web, tendría que estar disfrutando de la mejor época de mi embarazo, el segundo trimestre, cuando las náuseas han desaparecido y la barriga aún no presenta unas dimensiones colosales. Sin embargo, cada mañana tengo la impresión de estar sumida en un pantano del que necesito salir como buenamente puedo para funcionar con normalidad. Me pesan los brazos y las piernas, me siento torpe, como si la sangre fluyera por mis venas a cámara lenta, cualquier bobada me hace llorar, como ayer, al descubrir un aguacate arrollado en el carril bici, verde y blando e indefenso bajo la lluvia. «Once centímetros —pensé—, once centímetros arrollados.»

Desde hace unos días me parece que noto cómo el bebé se mueve dentro de mí. De creer lo que dicen los libros y las páginas web, el movimiento habría de ser «el de una mariposa que va pintando el interior del vientre» o «un suave cosquilleo bajo el ombligo», pero lo que yo siento no tiene nada que ver con cosquillas, sino con los bramidos de un volcán, explosiones pequeñas y contenidas, acompañadas de un borboteo amenazador. Hay mucho que hacer: contratar la asistencia posparto, colocar unos tacos para elevar la cama, informar al seguro. En cierto modo resulta hilarante, tantas gestiones por once centímetros de varón.

Cuando la ginecóloga alude al control del dolor durante el parto, me entran ganas de decirle que todo es mentira, que estoy embarazada de una idea, que en mi vientre hinchado no se está gestando ningún ser humano real. Es imposible que el borboteo bajo mi ombligo anuncie un par de piernas de carne y hueso que, llegado el día, caminarán por nuestro planeta, doblarán a la izquierda o a la derecha, irán por falsos derroteros en medio de una vida gigantesca y caótica. Quiero decirle que, de nacer algo, será algo mucho más sencillo. Algo que posea un corazón y tal vez algunos rasgos humanos, pero que por lo demás sólo tendrá una presencia temporal. Algo suave, forma y calor sin más, abocado a desaparecer.

Pero lo único que desaparece soy yo, poco a poco hago sitio al bebé.

Me envuelve una capa de grasa, mis pechos son engullidos por unos pechos de mayor tamaño,

mis pies por unos pies más grandes.

Mientras tanto, el rastro de caracol sigue brillando. Un tío de muy avanzada edad me cuenta que en los años treinta Frans se dedicaba a la elaboración y el comercio de puros y que compraba las hojas de tabaco en una casa de subastas de Ámsterdam, concretamente en la calle Nes.

Le pregunto el número.

—No sé decírtelo —contesta—, pero la llamaban «el Infierno de Frascati» porque hacía mucho calor y había mucho humo, y porque los comerciantes se partían la cara en su afán por hacerse con las hojas de mejor calidad.

Frascati. Se trata del edificio que en los años setenta se reformó y se convirtió en el teatro donde yo trabajo ahora.

Tras una representación sobre héroes de la Resistencia caídos en el olvido, me da por hablarle a una colega que ronda los setenta acerca de mi búsqueda, de Frascati y de la feliz coincidencia. Se me queda mirando perpleja.

—¿Un atentado en vísperas de San Nicolás?

Asiento con la cabeza.

—¿El del tipo que cruzó el río a nado con un cuchillo entre los dientes?

—No, o quizá sí, es la primera noticia que tengo.

—Puede que sea un bulo.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás segura de que aquel atentado llegó a perpetrarse de verdad?

Le agarro la mano, la arrastro hasta el café del teatro y la invito a tomar asiento.

—¿Por qué no me cuentas todo lo que sabes?

—Tenía un compañero de clase que se pasaba el recreo presumiendo de su tío —relata la mujer—. Me parece que no se trataba de un tío carnal, sino del hermano de una tía política o algo así. No se cansaba de repetir que, durante la guerra, el hombre cruzó un río a nado con un cuchillo entre los dientes para recoger a un grupo de patriotas que planeaban huir a Inglaterra con la idea de unirse a las fuerzas aliadas. Al alcanzar la orilla opuesta se enteró de que habían sido traicionados. Una vez finalizado el conflicto bélico, asesinó al traidor disfrazado de San Nicolás. Con ese cuchillo y una mitra en la cabeza. El chico era un fanfarrón y nadie daba crédito a la historia. De hecho, nos burlamos de él durante años. Si quieres, intento averiguar dónde vive ahora.

—Estupendo —le digo—. Muchas gracias.

A la mañana siguiente, mi colega me llama por teléfono para pasarme el número del sobrino de Elize, la hermana mayor del primo ponebombas.

Unos días después, K, un hombre de noventa y tres años, me recibe en su pequeña vivienda para mayores de Baarn. Me cuenta que su tío paterno estuvo casado con Elize. Él sólo coincidió con Frans en dos ocasiones. Según me comenta, los dos hermanos no debían de llevarse demasiado bien. Lo único que recuerda de aquellos encuentros es que Frans era un hombre alto.

—Aunque quizá eso se deba a que por entonces yo era pequeño —se corrige.

Saco a relucir la historia del río y del cuchillo.

—Nos la contó Elize. La primera y última vez que nos habló de su hermano. Unas pocas frases. Y cuando seguí preguntando se enfadó. —Reconoce que lo del disfraz se lo inventó él—. Disfracé a Frans de San Nicolás para darle más color al relato.

Elize jamás hizo referencia al atentado. K sólo sabe que se produjo y que el primo ponebombas lo pagó con la cárcel.

En la mesilla de la sala de estar hay una pila de álbumes de fotos viejísimos, expuestos para la ocasión. No aparece ni una sola imagen de Frans. Durante una hora o casi, K me guía por fotografías escolares de antes de la guerra y cincuenta años de vacaciones plasmadas en instantáneas. Trato de no perder la paciencia, con la esperanza cada vez más mermada de recabar algún dato útil sobre Frans.

Cuando por fin terminamos de ver todos los álbumes, K me sirve una taza de té hirviendo y me ofrece unas chokolatinas After Eight. Después dirige su acuosa mirada hacia mí.

—Te pareces a él —dice—. Los mismos ojos, la misma boca fina.

Su comentario me sorprende. Siempre me he imaginado a Frans como el típico héroe. Labios gruesos, mandíbula firme, facciones marcadas, todo lo contrario de mis rasgos suaves e inofensivos. En ningún momento me he planteado que el material del que estaba hecho él pudiera verse reflejado en mi cara.

Pregunto si se acuerda de la forma de hablar de Frans, de cómo se movía, de la manera de vestirse, de su mirada. K se limita a sacudir la cabeza, no tiene respuestas.

Si no va a contarme nada nuevo, lo mejor será que levante el campamento. Bebo un buen trago de té, me quemo la boca. Doy otro sorbo. Quiero irme, pero está claro que K no tiene ninguna intención de dejarme marchar. Aún no he terminado de tomarme el té cuando ya me está sirviendo de nuevo. Suelta un monólogo sobre su vida. Cuanto más habla, más antipático me resulta. Dice que las mujeres de su edad son como ostras sin jugo: secas, grises y con olor a pescado.

—Todo lo que ha salido mal en mi vida es atribuible a la estupidez de los demás —concluye.

Cuando me levanto del sofá y anuncio que no quiero entretenerlo por más tiempo, me dice que falta lo más importante. Se dirige al armario junto a la ventana, saca unos papeles y los pone sobre la mesa.

—La historia de la vida de Elize.

Mi primer impulso es preguntarle por qué no me ha enseñado eso antes, pero se me ocurre que probablemente lo haya guardado para el final a propósito. Vuelvo a sentarme y atraigo las hojas hacia mí, llena de esperanza.

Siete folios mecanografiados. Elize comienza por describir su infancia en los fríos círculos aristocráticos que conozco de los relatos de las generaciones anteriores a la mía. Grandes expectativas, falta de afecto, un mundo hermético de niñeras y algunos amigos muy escogidos.

Relata que iba a la escuela en un carro tirado por un burro con su hermanito Frans, en el Zutphen de la primera década del siglo pasado. Sus padres estaban tan ocupados con sus múltiples compromisos sociales que la educación de los hijos recaía en las niñeras inglesas. Según cuenta, solía jugar con la princesa Juliana en el Palacio Real de Noordeinde. Durante el verano acostumbraba a reunirse con todos los primos en el castillo de una tía en Doorn, hasta que en 1919 lo adquirió Guillermo II, el último emperador alemán, quien se instaló allí en su exilio y hasta el día de su muerte. Dedicó numerosos párrafos a la guerra, al Invierno de la Hambruna de 1944 y a los años posteriores, cuando la quiebra de la empresa de su esposo la obliga a trabajar en lo que puede para sacar adelante a la familia. Escribe sobre sus viajes, sus hijos, sus nietos y sus hijastros, sobre las peripecias de unos y otros. Escribe sobre casi todo, pero no hace la menor alusión a aquella fatídica víspera de San Nicolás. Ni una palabra sobre el adulto Frans.

Debo conformarme con el niño del carro. Me imagino una carita seria, un traje de marinero, el cabello peinado con raya, la mirada ausente. Un crío elitista y desatendido.

Que tiene mis ojos y mi boca.

Faltan 24 semanas

Mi búsqueda ha llegado a oídos de las ramas más remotas de nuestro árbol genealógico. Una tía lejana me llama por teléfono para comunicarme que su yerno (coleccionista de libros viejos) compró hace apenas un mes una caja repleta de pertenencias de Frans en una subasta.

—La vio al pasar, le llamó la atención que pusiera VAN HEEMSTRA 1945 y se la llevó, sin saber lo que había dentro. ¡Adivina!

Introduce una pausa. No quiero adivinar, quiero saber.

—Ni idea. Dime.

—¡La caja está llena de fotografías y documentos del primo ponebombas! —exclama—. Tengo que ir a Ámsterdam esta semana. Si me das tu dirección, te la llevo.

Aturdida por la noticia, balbuceo el nombre de nuestra calle.

Mi tía sigue hablando con absoluto entusiasmo. Me comenta que la caja estaba en el desván de un coleccionista de documentos antiguos y que, con toda probabilidad, su contenido es el de los cajones del escritorio de Frans. Se me ocurren miles de preguntas, pero siento tal perplejidad que sólo consigo producir un débil murmullo.

Primero Frascati, después mi colega del teatro, ahora esta caja. La tía me promete que pasará por casa dentro de dos días y cuelga el teléfono.

—Se me ponen los pelos de punta —dice D cuando se lo cuento—. A esto ya no se le puede llamar casualidad.

A mí, en cambio, esta dosis de inverosimilitud me tranquiliza. Tengo la sensación de que la historia del primo ponebombas se me ha adherido como una lapa, que me ha elegido a mí y no yo a ella. Poco a poco se cuele en mi vida, haciendo que todo cuadre y encaje, como en una rima.

Dos días después, la tía S deposita una caja marrón encima de la mesa de la cocina. Pese a estar escritos en letras mayúsculas mal garabateadas, el apellido y el año que figuran en la tapa resultan perfectamente legibles: VAN HEEMSTRA 1945. S abre la caja y me enseña unos sobres. Se ha tomado la molestia de clasificar los documentos. Impuestos. Seguros. Multas de tráfico. Fotografías.

—He querido facilitarte un poco las cosas. Era un caos. Como si hubieran volcado de golpe el contenido de un cajón entero en esta caja. Quizá a raíz de la detención, o mientras Frans estaba en la cárcel. Alguien debió de ocuparse de sus asuntos.

La tía S no sabe decirme quién pudo haber sido.

Paso los dedos por los sobres, sin descartar del todo que sea una broma, aunque realmente se trata de una caja vieja medio rota y mi tía demuestra el mismo asombro que yo ante tan increíble

hallazgo.

Después de volver a colocar la tapa, S me dice que en adelante tengo un deber para con la Historia: completar el relato. Por primera vez soy consciente de la belleza de esta imagen: la Historia como alguien a quien se le puede deber algo, como una presencia viva.

En cuanto la tía S se marcha, expongo el contenido de los sobres encima de la mesa. Escaneo de un vistazo las fechas de las cartas y los recibos: llegan hasta diciembre de 1946, justo antes del atentado.

Me resulta absurdo encontrar las fechas que relaciono con la guerra y los campos de concentración en unos simples escritos del ayuntamiento. También en octubre de 1944 se pagaban impuestos y se imponían multas de tráfico. Siempre he asociado la ocupación de Holanda con la anarquía y el caos, con la paralización total de las instituciones. Sin embargo, en noviembre de 1941, Frans contrata un seguro de vida por un importe de 71,30 florines. En la caja hay veintiocho multas de tráfico. Aparentemente, en las carreteras de antes de la guerra la velocidad máxima estaba fijada en sesenta kilómetros por hora, pero a Frans le daba por ir a ochenta. Si bien en los años de la ocupación no parece haber cometido excesos de velocidad, aparcó mal en siete ocasiones y condujo una vez por el carril contrario.

Coincido con la tía S: después de la detención de Frans, alguien debió de vaciar su despacho con el fin de entregarle sus pertenencias en cuanto recuperase la libertad. Una entrega que, por lo visto, jamás llegó a producirse. Tal vez porque discutieron, o porque el contacto se rompió a causa del cautiverio. No creo que nadie se proponga conservar unos documentos como éstos. Lo más probable es que acabaran cayendo en el olvido. Debe de ser una de esas cajas que permanecen durante años en el fondo de un armario y que sobreviven a las sucesivas mudanzas porque nadie se preocupa de averiguar el contenido. Hasta que los trastos de un simple cajón de escritorio se convierten en documentos históricos.

Bajo el sobre de las multas de tráfico se halla una carpeta blanca en la que mi tía ha escrito FOTOS (1911-1946) con un rotulador negro. Por un instante, vacilo. Voy a verlo por primera vez. Abro la carpeta con cautela y coloco las instantáneas delante de mí sobre la mesa.

Arriba del todo hay un retrato de familia de 1911. Frans debe de ser el niño gordito con vestido de encaje que está sentado sobre las rodillas de su madre, una mujer menuda, de rostro hermoso pero severo. Al lado están las dos hermanas y, junto a éstas, el padre, alto y delgado, con un gran bigote que se curva en los extremos. A lo largo de diecinueve fotografías, Frans se transforma progresivamente en un chico moreno y ceñudo, un adolescente, un hombre joven. Conforme va creciendo, su mirada se vuelve más distante, por no decir antipática, ¿o acaso es imaginación mía?

Además de las fotos de familia hay decenas de imágenes de paisajes, militares y automóviles. Al Frans adulto le gusta posar sentado al volante, con aires de dandi y una mujer a su lado, una diferente en cada ocasión. De lejos parece ser un hombre apuesto, de cabello negro y mirada oscura, que viste trajes elegantes. De cerca —por ejemplo en la foto de tamaño carné de su

permiso de conducir— luce un aspecto mediocre, ni guapo ni feo, un tipo que sin los coches y los trajes elegantes no llamaría la atención.

¿De veras me parezco a él, como sostenía K? Al observarlo con más atención descubro, en efecto, cierto parecido. La misma nariz larga y recta, la misma boca fina. En la mayoría de las fotos, el primo ponebombas parece estar de vacaciones: una baca con equipaje y, al fondo, una montaña nevada o una playa desierta.

Debajo de las fotografías encuentro un sobre con los papeles de un divorcio. En 1938 se disolvió el matrimonio entre Frans y una tal Carolina. No llevaban ni dos años casados. Él se quedó con el aparador, ella se llevó las alfombras persas.

El hallazgo de la caja, tan insólito como fútil, me causa una sensación extraña. ¿Qué posibilidades tenía esta caja de acabar en mis manos, las de la única persona a la que realmente le importa la historia detrás de la leyenda del primo ponebombas? Y al mismo tiempo: ¿para qué quiero yo todas estas multas de tráfico? ¿Qué pueden aportarme unas pólizas de seguros sobre el atentado? ¿De qué me sirve una declaración de impuestos cuando lo que estoy buscando es el cómo y el porqué de una gesta?

La caja me incomoda, los papeles, la estupidez de esta vida normal y corriente. Me resulta todo demasiado íntimo, insignificante, ordinario. ¿Dónde están las cartas de la Resistencia? ¿Las condecoraciones? ¿Las muestras de coraje, sacrificio y lealtad?

Trato de desandar el camino recorrido por la caja. ¿Quién empaquetó estas pertenencias poco después del atentado y con qué motivo? La tía S ignora la respuesta. Su yerno se compromete a indagar el asunto, pero el camino acaba en el coleccionista que la adquirió en su día en una subasta y que no recuerda quién se la vendió.

Me vienen a la cabeza las palabras de un amigo historiador: de todos los escritos que se han generado a lo largo de la Historia se conserva tan sólo un 0,001 por ciento. En los documentos históricos hay dos elementos que brillan por su ausencia: aquello que en su momento se daba por hecho y aquello que nadie deseaba nombrar.

Faltan 23 semanas

Llevo cinco días sin noticias sobre el primo ponebombas. El boca a boca ha muerto, los ancianos han vuelto al *bridge* y yo me veo sola ante la pila de multas de tráfico y fotografías de vacaciones en automóvil.

Intento concentrarme en todo lo que hay que hacer antes de que llegue el bebé. Siguiendo el consejo de nuestros amigos con hijos —«que sepáis que después no encontraréis el momento»—, D y yo nos dedicamos a pasar tiempo juntos. Son ratos de convivencia extraños e indefinibles. Nos tratamos como antiguos amantes. Con amabilidad, con cautela, conscientes de que nada volverá a ser como antes. A veces hablamos del bebé, aunque no son más que conversaciones breves y de compromiso. ¿Qué se puede decir de alguien que todavía no está? Hay quien me pregunta si ya siento amor por mi hijo. No sé qué contestar. No tengo la percepción de que esto que crece dentro de mí sea un niño, sino más bien un órgano intranquilo. Lo mismo podrían preguntarme si siento amor por mi hígado. «No», tengo que responder si soy sincera, aunque tampoco podría vivir sin él.

La ausencia de noticias sobre el primo ponebombas me inquieta. De alguna manera, los rastros brillantes de las últimas semanas me proporcionaban una sensación de control. Comenzaban a dibujarse algunos detalles en el mapa en blanco. Ahora me viene de nuevo a la mente aquel paisaje vacío. D me anima a pensar en la vida que está al llegar y no en una vida que ya fue, pero siento que a estas alturas soy incapaz de desvincular la una de la otra.

Mi búsqueda empieza a cansarle. Nuestras discusiones siempre terminan en el mismo punto: según D, «no es más que un nombre». A lo que yo contesto que un nombre es mucho más que eso. Entre otras cosas, es nuestro primer recuerdo, el más importante de todos.

—Es una palabra —sostiene D.

—Es un posicionamiento —sostengo yo.

—No dice nada sobre cómo será.

—Lo dice todo sobre cómo quiero yo que sea.

Así nos vamos pasando la pelota el uno al otro hasta que D alza las manos, como invocando el auxilio de un ser supremo, para luego quitarse de en medio sin dejar de sacudir la cabeza. No porque me dé la razón, sino porque ha leído que no sirve de nada discutir con una mujer embarazada.

Trato de establecer conexiones entre los retazos de información que he ido reuniendo, busco el trayecto más lógico entre el niño del carro tirado por un burro y el hombre que cometió el

atentado. Los rastros no conducen a ninguna parte.

Justo cuando empiezo a desanimarme me llaman por teléfono. La mujer al otro lado de la línea se presenta como «la mejor amiga que Frans haya tenido nunca». El boca a boca no está muerto. Esta misma mañana se ha enterado de mi búsqueda a través de una amiga que a su vez conoce al sobrino de la prima de no sé quién. Su voz suena aguda y débil. Cada vez que A termina de pronunciar una frase jadea como si estuviera subiendo una escalera, cuando está sentada en un sillón, o eso dice:

—Nada más enterarme de que una sobrina de Frans está buscando información sobre él me he sentado a hacer memoria en mi sillón. Te espero en La Haya. Cuanto antes.

—¿Puedo ir mañana o es demasiado tarde?

A se ríe.

—Me parece perfecto. Estoy siempre en casa. Es la ventaja de ser mayor.

Según D, debo comprobar primero si la mujer realmente tuvo relación con el primo ponebombas.

—Necesitas descansar. No tiene sentido que hagas el viaje en balde.

Pero ¿a quién pregunto? Hasta la fecha no he hablado con nadie que tuviera el suficiente trato con Frans como para decirme qué personas desempeñaron un papel importante en su vida.

Decido no esperar demasiado del encuentro. Si A es de la edad de Frans, ahora debe de rondar los cien años. Es muy probable que sus recuerdos se hayan ido empañando.

Pero me equivoco. De camino a los noventa, A resulta ser una mujer muy sagaz, además de bellísima. Ojos grandes y oscuros y, en lo alto de la cabeza, un moño que reluce como un pez. *Soberbia* es el calificativo que me viene a la mente cuando se abre la puerta. A sonrío y me invita a entrar.

—Cuánto me alegro de saludar a otra Van Heemstra. Frans era uno más de la familia, ¿sabes?

Le devuelvo la sonrisa con una sensación de alivio. Por fin alguien que ha conocido de verdad al primo ponebombas. Me hallo rodeada de retratos de tres personas: esposo, hijo y nieto. Las mismas caras por todas partes. Impaciente, me tomo un trozo de tarta de manzana y atiendo sin demasiado interés las formalidades propias de los primeros encuentros. Cuando A se levanta para servirme otro trozo de tarta me atrevo a pedirle que me hable del atentado.

Levanta las cejas.

—¿Atentado?

Asiento con la cabeza.

—¿Te refieres al petardo?

—Exacto —contesto.

—De eso no sé nada —dice con un gesto de la mano, como para disculparse—. Conocí a Frans en los años cincuenta, en el circuito de carreras que frecuentaba mi marido.

Lo que sí sabe es que fue condenado y que en 1947 ingresó en la prisión de Leeuwarden. Confirma que la reina Juliana lo indultó. Según ella, permaneció tres años en la cárcel.

Durante dos horas, yo pregunto y A contesta. El resultado es un diálogo extraño que no parece llevar a ningún lado. Tengo la impresión de moverme alrededor del primo ponebombas en círculos muy amplios y de no salir de la periferia del relato porque A no responde directamente a mis preguntas.

Yo: ¿Cómo dio con la Resistencia?

A: La Resistencia dio con él.

Yo: ¿Asesinó a mucha gente durante la guerra?

A: ¿Matar en tiempos de guerra se puede calificar de asesinato?

Yo: ¿Y el atentado? ¿Fue un asesinato?

A: El juez concluyó que lo fue.

Yo: ¿Y usted?

A: Voy a preparar más té.

De sus movimientos envolventes consigo extraer la siguiente información.

Frans calzaba zapatos desgastados. Cuando no salía con ninguna mujer, A lo acompañaba a comprar ropa. Le encantaba anudarle la corbata y pasarle a continuación la mano por el cabello a modo de peine. Se conocieron en el circuito de Zandvoort, donde Frans solía reunirse con sus amigos para asistir a las carreras o ponerse él mismo al volante, por ejemplo, para enfrentarse a su mejor amigo, el célebre piloto Maurice Schulp. Maurice era hermano de Nelly, la segunda esposa de Frans, con la que se casó en 1950.

«En el circuito se juntaban personas que —aquí A vacila un instante antes de terminar la frase— deseaban vivir.» Pone especial énfasis en la última palabra.

Frans llegó a comentarle que odiaba a los nazis no tanto por su ideología como por la ocupación del país. Cuando pregunto asustada si realmente hizo ese comentario, A puntualiza que por entonces no sonaba tan duro como puede sonar ahora y que es importante situarlo en su contexto. A Frans le costaba plegarse a la autoridad, explica, y aquellas botas y órdenes ásperas no hacían más que atizar esa animadversión. Según ella, le tendieron una trampa aquel año en vísperas de San Nicolás. No se pronuncia sobre la autoría ni el motivo. (Yo: ¿Quién fue? Ella: Los otros. Yo: ¿Por qué? Ella: Porque así funcionaban las cosas. Yo: ¿Cómo funcionaban? Ella: Así.) Durante su cautiverio, Frans compartió celda con objetores de conciencia que se negaban a ir a las Indias Holandesas. No soportaba a esos «idiotas de izquierdas». A pronuncia esto último con mucha vehemencia. Sospecho que me ha buscado en internet y que se ha topado con mi perfil progre y políticamente correcto. Pero enseguida cambia de tema: las mujeres de Frans. Según ella, todas mal elegidas. La primera, Carolina, formaba parte del NSB y la segunda, Nelly, era joven y temeraria. Se hicieron novios nada más terminar la guerra y se casaron después del atentado. Si alguien podía saber algo del petardo era Nelly, asegura A, pero está muerta. Lo dice con voz como triunfante. La tercera esposa de Frans (no recuerda o no quiere recordar su

nombre) se lo llevó a Vinaròs, donde hacía tanto calor en verano que él se pasaba semanas tumbado en la cama bajo el ventilador de techo. A los pocos años, ella murió, dejándolo solo en España. Frans fumaba como un carretero y, cuando no fumaba, tosía. En los últimos años de su vida lo fue consumiendo la diabetes. A estuvo a su lado cuando le amputaron ambas piernas en un hospital de Nimega. Contrató a una enfermera para que lo acompañara a España y cuidara de él, pero transcurridos unos meses la mujer renunció porque Frans le pedía algo más que cuidados médicos.

La historia se repitió con todas las enfermeras que ella le iba mandando. Estaba muy necesitado, musita A, como si la víctima no fuese la enfermera de turno, sino el pobre Frans, que yacía sin piernas y con muchas necesidades bajo aquel ventilador.

Tras una larga búsqueda encontró a un antiguo soldado de la marina dispuesto a asumir el papel de enfermero. Frans pasó los últimos meses de su vida en los brazos de un exmilitar fornido y calvo que lo acostaba y aseaba, aunque el aseo solía ser motivo de rechazo.

Entonces el enfermero llamaba por teléfono a A:

—El capitán no quiere bañarse.

A veces A viajaba a España para cuidar de Frans en persona y se encontraba con que no se había quitado la ropa en meses.

Ella le escribía con frecuencia, pero él nunca contestaba.

Cuando iba a verlo, sólo mostraba interés por las carreras de coches.

Lo único que A sabe del atentado es que la persona que murió estuvo con el enemigo en la guerra y que, por tanto, tuvo su merecido. Le suena la historia de que Frans cruzó un río con un cuchillo entre los dientes, pero no recuerda quién se la contó ni cuándo.

Al término de su monólogo me siento desorientada.

Las mujeres, los coches, el soldado de la marina... No son más que rastros secundarios.

Lo que yo quiero comprender es la gesta de Frans, el momento en que se lo jugó todo, y la actitud frente a la vida que se refleja en esa proeza. A se levanta para preparar otro té.

Un héroe es alguien que comete una imprudencia y sale impune.

¿De quién es esa idea? Del escritor holandés Willem Frederik Hermans. *El cuarto oscuro de Damocles*.

El caso es que el primo ponebombas no salió impune. Sacrificó su libertad en aras de su moral.

A vuelve de la cocina con un marco de madera en la mano.

—Mira lo que encontré cuando fui a poner orden en la casa de Vinaròs tras el funeral de Frans. Se lo regalaron justo después de la guerra en agradecimiento por su participación en la Resistencia. En realidad, os pertenece a vosotros, sois su familia, así que llévatelo.

Al entregarme el marco acaricia la sortija que luzco en el dedo.

—Frans nunca se la quitaba.

No consigo interpretar su mirada. ¿Expresa tristeza? ¿Añoranza? Dice que Frans era un

hombre bueno, pasara lo que pasase, *no matter what*.

Lo dice con un exagerado acento británico.

El marco encuadra una hoja amarillenta en la que se puede leer un texto breve en inglés. Está escrito en mayúsculas que se han ido desdibujando con los años. «MEDIANTE EL PRESENTE CERTIFICADO DE SERVICIOS PRESTADOS HAGO CONSTAR MI RECONOCIMIENTO AL APOYO BRINDADO POR COMO VOLUNTARIO AL SERVICIO DE LAS NACIONES UNIDAS EN PRO DE LA GRAN CAUSA DE LA LIBERTAD.» La línea de puntos recoge el nombre de Frans manuscrito en tinta marrón.

Abajo a la derecha figura la firma azul marino del general inglés Montgomery, el renombrado héroe de la guerra. Una serie de olas pequeñas y elegantes que terminan en un trazo breve y enérgico. Me levanto de la silla, guardo el marco en mi bolso y doy las gracias a A. Esto es lo que buscaba. Una prueba de heroísmo. Un documento que eclipse las multas de tráfico y los viejos cotilleos.

De vuelta en casa, clavo una alcayata en la pared del dormitorio del bebé y cuelgo el certificado, frente a la cuna, a la vista del hijo que está al llegar.

Faltan 22 semanas

D también queda impresionado por la firma azul marino. Ayer aún se refería a mi búsqueda como «tu gira nacional por las residencias de ancianos y viviendas para mayores», pero ahora está admirando el documento que acabo de colgar en la pared.

—Ignoraba que fuera esa clase de historia.

—¿Qué clase de historia?

—Una gran historia.

No quepo en mí de orgullo, como si el primo ponebombas fuera sangre de mi sangre y no un familiar lejano al que nunca he conocido.

D me pregunta por el siguiente paso.

—¿Y si ya he llegado? —contesto.

He hablado con todas las personas que tienen conocimiento de la historia y, según A, los que conocían bien a Frans ya no están. Me acuerdo de las palabras que dijo cuando nos despedimos. Frans era un hombre bueno, *no matter what*. Me parece una conclusión bonita. Un hombre bueno. Y un certificado que lo demuestra.

—¿Cómo vas a haber llegado ya? —exclama D—. ¡Mira esta firma! Es la clase de material que lleva a la gente a escribir un superventas, y eso no se consigue charlando durante semanas con unos familiares bienintencionados. Esta historia merece algo más. Si decides hacer algo, hazlo bien.

Hace unos meses quizá habría soltado un bufido ante semejante comentario, pero en este momento el repentino compromiso de D me reconforta. Tengo la sensación de que llevamos días sin mantener una conversación normal. A veces pienso que es debido a mi barriga: cuanto más crece, menos hablamos. Barajadas las cartas, parece que ya no hay nada que decir: un padre, una madre, y punto.

—Las búsquedas en Google no dan ningún resultado.

—Existen otras vías para recabar información.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

No consigo ocultar mi impaciencia.

D sonrío como si estuviera sonriendo a un idiota.

—Debió de salir en el periódico. Estoy convencido de que la noticia se conserva en alguna parte, en algún archivo. —Comienza a escribir en el móvil—. Se lo voy a preguntar a Stefan. Es periodista. Seguro que él sabe dónde buscar.

Un segundo más tarde, su teléfono empieza a vibrar. D se acerca a la mesa del comedor, abre

su portátil, tecllea algo y se queda mirando la pantalla con cara de asombro.

—¡Toma ya!

Silba entre dientes.

—¿Qué sucede?

Me dirijo a la mesa y trato de quitarle el portátil, pero él no lo suelta.

—¡Fue un notición! ¡Uno de los grandes titulares del día!

—¿Dónde?

—En todas las portadas. «Los asesinatos de San Nicolás», «La fiesta de los niños se tiñe de sangre». Esto me recuerda al San Nicolás asesino de *Saint*, la película de terror de Dick Maas.

—Déjame verlo.

D gira la pantalla del portátil hacia mí. En el escritorio figura el portal de un archivo periodístico en línea. Una lista de once páginas repletas de enlaces a artículos sobre el atentado. ¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? Miro a D, demasiado perpleja para pronunciar palabra. Con una sonrisa de oreja a oreja, él articula una palabra sin ponerle voz: *a-ma-teur*.

Cojo el portátil y me siento en mi mesa de trabajo. En cinco horas leo los ciento treinta y dos artículos que se publicaron sobre el atentado entre diciembre de 1946 y junio de 1948. Después, vuelvo a leerlos. Una y otra vez. Es como si ante mis ojos se derritiera una gruesa capa de nieve. Húmedos y relumbrantes, acaban apareciendo los contornos de un relato mucho más vasto del que me había imaginado. Muchísimo más vasto que el mito compacto en que lo han convertido *a posteriori*.

Con ayuda de los artículos de periódico consigo resumir los hechos de la siguiente manera.

El 5 de diciembre de 1946, un vehículo militar se desplaza a gran velocidad desde La Haya hasta Bruselas, en el sur. Lo conduce el capitán Frans van Heemstra, que por entonces tiene treinta y siete años. La mayoría de los periódicos dan a entender que lleva un explosivo y que se dirige a un objetivo en Bélgica. Hay quien pone en duda esta teoría porque no se registró ninguna explosión en Bruselas y no hay indicios de que se planeara un atentado con bomba en la capital belga. Frans tiene la carretera para él solo. Aún sigue en vigor el racionamiento de la gasolina y el número de automóviles continúa siendo escaso. Como capitán de la unidad motorizada del cuartel de La Haya, tiene acceso al parque móvil militar. Hay nubes y claros, por momentos cae un poco de aguanieve. La temperatura apenas supera los cero grados. Está anocheciendo. En todo el país hay padres que salen de casa a escondidas para disfrazarse de San Nicolás y regresar con regalos para toda la familia.

Hace tan sólo unas horas, Frans ha entregado una lista con direcciones postales a dos subalternos suyos: el cabo Peterse y el sargento Haastrecht. Es una lista negra. En ella figuran los nombres de cuatro hombres a los que tienen que matar esa misma tarde noche.

Para cometer los atentados se servirán de las bombas fabricadas por el cabo De Boer. «Unos artefactos infernales», escribe el *Utrechts Nieuwsblad*. Se trata de unas cajas de madera del

tamaño de un bizcocho en cuyo interior se han introducido una granada de mano y una botella de vino con gasolina. Al abrir la caja, la botella se desplaza y activa la espoleta de la granada. Pasados cuatro segundos se produce una explosión y la gasolina sale ardiendo. Las cajas con los explosivos están envueltas como regalos. Peterse se ha encargado de escribir «De San Nicolás» en cada una de ellas. Y llevan un lazo.

Mientras Frans está llegando a Bruselas, el sargento Haastrecht se dirige en motocicleta a Ámsterdam. En sus alforjas viaja uno de los explosivos. Lleva a alguien detrás, un camarada sargento que no tiene nada que ver con la historia. Ha entrado en ella de casualidad. Estaba haciendo autostop a un lado de la carretera, un militar aterido de camino a casa. Si Haastrecht no se hubiera parado, todo habría sido diferente, pero él es un sargento amable, un leal compañero de armas (un militar no deja tirado a otro militar), o imprudente, o bobo, o quizá sea simplemente un sargento muerto de miedo que ya ha recorrido kilómetros y kilómetros solo en la moto, temblando de pánico, con el mortal cargamento como única compañía. Cuatro segundos es poco tiempo, un simple tropezón y adiós, Haastrecht. Una vez abierto el paquete, el tiempo apremia.

Lo que ocurre es que el primer segundo empieza a transcurrir sin que el sargento se dé cuenta. El peso oscilante de la otra persona hace que se mueva la alforja. Dentro de la caja, la botella se desplaza y en los tres segundos restantes Haastrecht no se preocupa por alejarse de ella: no sospecha nada hasta que —¡tres, dos, uno!— ambos salen volando, una vuelta de campana, trozos de cristal, llamas, brazos y piernas arrastrándose por el asfalto.

A causa de la explosión, Haastrecht sale catapultado y logra escapar de milagro al fuego y a la metralla. Sólo tiene heridas leves. Consigue ponerse en pie y abandona el lugar a toda prisa. Una hora más tarde, un transeúnte descubre al otro sargento en la cuneta, gravemente herido e inconsciente. Cuando recupera el conocimiento es interrogado por la policía y describe al motorista. Al día siguiente, Haastrecht es el primero en ser detenido.

Más o menos en el mismo momento en que estalla el explosivo de Haastrecht, el segundo recadero de Frans, el cabo Peterse, de veintiocho años, aborda a dos paseantes junto al canal del Príncipe en La Haya. Les pide que entreguen un regalo de San Nicolás en el número 266. Aceptan y llaman al timbre. Cuando se abre la puerta dejan el paquete en la entrada y gritan: «¡Un regalo de San Nicolás!».

Siguen caminando. De pronto, oyen un estruendo y el ruido de cristales rotos. Vuelven la cabeza y ven que la casa donde acaban de entregar el encargo se halla envuelta en una nube de polvo y humo. Por la ventana sobresale una cortina en llamas que se agita «como una antorcha grande y roja».

El cabo Peterse también la ve. Ha aparcado su motocicleta en un extremo del canal para asegurarse de que la bomba ha dado en el blanco. El tremendo estampido hace que recapacite. Al llegar a Delft, donde viven los otros dos objetivos, se detiene junto a un canal y deja caer los paquetes al agua, uno a uno, ¡plum!, ¡plum! Después se sube de nuevo a su moto y regresa a casa, a su cama, a los brazos de su esposa, que unos días más tarde declarará a los periodistas que

aquella noche el cabello de su marido olía a pólvora y que nunca antes lo había oído llorar mientras dormía.

Tanto Haastrecht y Peterse, los recaderos, como De Boer, el fabricante de las bombas, son subalternos de Frans, a quien se considera el «cerebro de los atentados». Los cuatro se conocían de la Resistencia y estaban destinados en el cuartel de La Haya. Según los periódicos, Frans llevaba meses acosando a sus soldados con noticias sobre holandeses que no recibían castigo alguno pese a haber colaborado con el enemigo, y no paraba de insistir en la necesidad de tomarse la justicia por su mano. De lo contrario, todo el esfuerzo habría sido en vano: los años de Resistencia, los riesgos asumidos ante la perspectiva de que, concluida la guerra, Holanda sería un lugar diferente y mejor. Hay una revista semanal que recoge algunas de sus palabras: habla de un «ejército en la sombra» y de la «continuación de la clandestinidad que tanto echamos en falta en tiempos de paz». Frans sabía que sus hombres harían cualquier cosa por él y que no tendrían ningún inconveniente en recurrir a la violencia. De hecho, al parecer, De Boer mató a seis militares alemanes en la estación de Apeldoorn durante la guerra, sin ayuda de nadie. A unos les disparó a bocajarro y a otros los estranguló con sus propias manos. Subió los cuerpos a una locomotora vacía a la que luego prendió fuego.

Los militares enseguida se entusiasmaron con los planes de su capitán. Disponían de armas suficientes como para desencadenar otro conflicto bélico. En la granja de De Boer, la policía halló ametralladoras, pistolas cargadas, cajas repletas de municiones, granadas, carabinas y demás.

Nadie sabe dónde soltó Frans su cargamento letal, si es que lo llevaba, ni qué hizo después en Bruselas.

Hay quien insinúa que había más personas implicadas en los atentados, pero no existen pruebas que lo confirmen.

La bomba del canal del Príncipe destrozó buena parte de la casa. Hubo tres muertos.

Faltan 21 semanas

Tres muertos. No un simple «petardo», sino cuatro o tal vez incluso cinco explosivos. No una acción en solitario, sino una trama de cierta envergadura que ocupó las portadas durante semanas. Tras comprobar que el relato tiene un alcance mucho mayor de lo que jamás había pensado, me hace falta una escala nueva, instrumentos de medida diferentes. D sugiere que no debe de ser difícil encontrar a alguien interesado en llevar la historia a la gran pantalla. Objeto que primero necesito saberlo todo. Además, no busco una película, sino un nombre. Lucho con las palabras nuevas que se han añadido al relato. Lista negra. Artefacto infernal. Estrangular.

Mientras reflexiono sobre la estrategia que voy a adoptar en las semanas siguientes me engullen los preparativos propios del primer embarazo. Leo y escribo, paso a ver a los bebés de los amigos, acompaño a mis padres a comprar un cochecito. Cuando les hablo de los artículos de periódico se sorprenden, pero no tanto como yo esperaba.

—Esos asuntos son siempre más confusos de lo que parece —dice mi padre.

Se refiere a la guerra. A la violencia.

Le pregunto cómo es posible que la versión narrada por la prensa no haya llegado a mis oídos. ¿Nadie leía los periódicos por entonces? ¿Cómo se explica que este relato se haya transformado como por arte de magia en nuestra simple y llana leyenda familiar?

—Las familias funcionamos así —observa mi padre lacónicamente—. Es como el juego del teléfono roto. Las historias se susurran de generación en generación y la versión final nunca coincide con la original.

Será así, pero no es el juego al que yo deseo jugar con mi hijo. Deseo contarle alto y claro la historia verdadera.

Llamo por teléfono a A, la amiga de Frans, le pregunto de dónde saca que aquel día sólo murió una persona.

—Es lo que me dijeron —contesta.

La informo de lo que dice la prensa.

Por un instante, se hace el silencio.

—No sabía nada de todo eso.

—¿Había tres traidores en aquella casa?

—A mí me dijeron que murió un miembro del NSB. Uno solo.

—¿Te lo dijo Frans?

—Frans jamás habló de aquello. Era una historia que se contaba por ahí.

—¿Siempre la misma historia?

—Siempre la misma.

—¿Y ahora qué?

La pregunta va dirigida a mí más que a ella.

—La historia ha cambiado —responde a secas.

Los periódicos no aportan datos sobre los muertos. No facilitan nombres o edades, ni recogen entrevistas a las familias o posibles testigos oculares. La información termina en la puerta del número 266. Dentro de la carpeta «Hechos», asigno un documento a los difuntos. Por ahora contiene una sola palabra: «tres». Barajo diferentes opciones. La más lógica me parece que aquella noche se reunieron varios antiguos miembros del NSB en la casa junto al canal del Príncipe. Y que el objetivo de la bomba no fue un solo traidor, sino todo un grupo. Prefiero dejar de lado las demás opciones: víctimas inocentes, momento inoportuno.

D me llama desde el dormitorio. Subo la escalera y me lo encuentro agitando un periódico de pie en la cama.

—¡Esto está infestado de mosquitos!

Recorro la habitación con la mirada. Los veo danzar a la luz de la lámpara. Están por todas partes, en los armarios, en las paredes, en los marcos de la puerta y la ventana, como si sobre nuestro dormitorio se hubiera cernido una plaga bíblica. En el papel pintado con palmeras que nos costó carísimo hay dos grandes manchas de sangre.

—Nunca he visto nada igual —dice D.

Estira el brazo y ¡zas!, otra salpicadura roja, esta vez en el techo impoluto.

—Me parece que es porque llueve y hace calor —comento.

—Pues a mí me parece que les vamos a declarar la guerra —replica D mientras me entrega la mitad del periódico.

Me coloco a su lado encima de la cama y cargo contra un mosquito grueso y negro que se encuentra junto a la ventana. Fallo.

Le pregunto quiénes cree que fueron los tres muertos.

D frunce el ceño y se encoge de hombros.

—El traidor y, los otros dos, daños colaterales.

—No seas tan cínico.

—Eso les pasa hasta a los héroes más grandes.

—Me cuesta imaginar que el primo ponebombas sacrificara a dos personas inocentes por un solo traidor.

—¿Cuántas vidas crees que se llevan los drones de nuestro héroe Obama? ¿A cuántas personas se sacrifica para capturar a un único terrorista?

Niego con la cabeza.

—Seguro que hubo tres traidores.

—¿Qué importa?

D golpea el techo enérgicamente con el periódico.

Observo las gotas de sangre. En la escuela primaria tenía una amiga de Den Helder que me contó que allí llaman «primos» a los mosquitos porque las picaduras los convierten en parientes consanguíneos. Trato de dar a dos primos que danzan alrededor de mi hombro. Vuelvo a fallar.

—¡Claro que importa!

—Si tanto interés tienes en que siga siendo un héroe perfecto, quizá harías mejor en poner fin a tu búsqueda.

D acierta de nuevo, pero ya se están posando otros dos primos en medio de la carnicería. Por cada mosquito muerto parecen llegar otros diez vivos.

—¿Cómo voy a hacer eso sabiendo que la historia no cuadra?

—Hay muchas historias que no cuadran del todo, pero si son bonitas y nos gusta seguir contándolas, ¿por qué deberíamos dejar de hacerlo?

Oigo el zumbido de un mosquito junto a la oreja, me pica en la nuca, estiro el brazo, pero me llevo todo el golpe yo sola.

Otra picadura, esta vez en mi pierna. Hecha una furia, agito el periódico a diestro y siniestro.

—Se trata de matarlos, no de bailar para ellos —se burla D de mí.

Busco una respuesta a su pregunta —¿realmente importa que las historias cuadren?—, pero mis pensamientos se atascan en un poso oscuro de hormonas, cansancio y zumbidos.

Tal vez no hace falta que las historias que nos contamos sean historias completas. Si nos ayudan, aumentan nuestra felicidad, mejoran la confianza en nosotros mismos y en la humanidad, ¿por qué habríamos de obcecarnos con los detalles? Me viene a la memoria un fragmento de un libro que he leído no hace mucho (Coetzee, creo). Venía a decir que nosotros, los humanos, nos empeñamos en conocer toda la verdad, por desagradable que sea, porque estamos convencidos de que la vida obedece a una dramaturgia determinada. La concebimos como un arco que se extiende de A a B, y en el camino nos corresponde luchar contra los demonios. La lógica del drama, de la novela, exige que afrontemos la verdad en lugar de reprimirla. Exige conflicto y lucha interna y, después, un final feliz. Ése es el arco que recorreremos o deseamos recorrer. Buscamos el drama para luego poder superarlo.

Pero, según Coetzee, la vida no es una novela (sí, era él, lo he comprobado, *El buen relato*). Hay miles de asperezas que se reprimen, se alisan y se olvidan sin que le quiten el sueño a nadie. Él daría la razón a D, diría que no hay ninguna necesidad de desempolvar los pormenores de esta historia, de destapar toda la verdad. A menos que se busque convertir la historia en una novela.

Faltan 20 semanas

Trato de hacer un resumen de toda la información que he reunido hasta ahora. Lo que sé con certeza: el 5 de diciembre de 1946 se entregó una bomba camuflada de regalo de San Nicolás en una casa situada en el canal del Príncipe de La Haya. Hubo tres muertos. Otras tres bombas nunca alcanzaron su destino. Esa misma tarde noche, el primo ponebombas se desplazó a Bruselas, posiblemente con un cuarto explosivo, rumbo a un objetivo sin determinar. Hasta aquí los puntos de referencia. Entremedias: muchas sendas resbaladizas (las posibilidades) y algunos caminos más seguros (las probabilidades). Alrededor: las grandes superficies blancas de siempre.

Pienso en el cartógrafo del mapa vacío de la Antártida. ¿Le indicaron cuánto vacío tenía que representar? ¿Se decidió de común acuerdo si había que incluir tal o cual superficie sin explorar? ¿Cómo se cartografía lo desconocido? Para empezar, hay que fijar una escala, claro. Uno a tantos. Es la primera pregunta del cartógrafo: ¿qué escala manejo?

Si tuviera tiempo, si las células dentro de mi útero no se multiplicaran como locas a cada minuto, me detendría un poco más en los paseantes de La Haya. Me gustaría regresar con ellos al número 266, escuchar la declaración que prestaron en la comisaría, seguirlos en el camino de vuelta a través de la oscura ciudad, por el puente sobre el canal que unas horas antes habían cruzado sin sospechar nada. Trato de imaginar cómo llegaron a casa esa noche, lo que dijeron, cómo desataron los lazos de sus propios regalos de San Nicolás con aquel estruendo retumbándoles en los oídos. ¿Pudieron disfrutar de las típicas canciones y dulces o se pasaron la noche cavilando? ¿Y si se hubieran negado? ¿Y si la bomba hubiera estallado antes de tiempo? ¿Y si...?

Si tuviera tiempo, seguiría todas las pistas secundarias de los artículos de periódico. Me subiría al coche de bomberos encargado de apagar el fuego, me mezclaría con los vecinos agolpados en la acera en estado de *shock*, me sentaría junto a la cama del sargento autostopista que tardó meses en recuperarse de sus heridas. Y averiguaría qué otras personas figuraban en la lista negra y por qué.

Pero no tengo tiempo para lo secundario. Al aguacate le falta muy poco para que adquiera «el tamaño de un cepillo de dientes», ya tiene uñas, distingue la luz de la oscuridad y no sé cuántas cosas más.

Debo limitarme al primo ponebombas. Desde luego, tengo preguntas de sobra. ¿Quién pudo ser ese supuesto blanco en Bruselas? ¿Y por qué aquella bomba no explotó?

La prensa no ofrece ninguna respuesta. Seguro que Frans tuvo necesidad de sincerarse, pero ¿con quién?

Busco en Google los apellidos Peterse y Haastrecht, sólo en la guía telefónica hay cientos de resultados. Para llamarlos a todos necesitaría semanas y semanas. El apellido De Boer es todavía más frecuente.

Me acuerdo de Nelly Schulp, la segunda esposa del primo ponebombas, la mujer que, según A, estuvo en todo. Puede que algún familiar suyo recuerde algo. Si volvió a casarse y llegó a tener hijos, quizá les habló de los años con Frans. El apellido Schulp es más exclusivo que Peterse o De Boer. De hecho, no tardo ni una hora en llamar por teléfono a todas las personas que figuran en la guía con este apellido y consigo hablar más o menos con la mitad, aunque no logro averiguar nada nuevo. A los que no contestan les dejo un mensaje en el buzón de voz, les envío un correo y mando una solicitud de amistad a su perfil de Facebook. En dos días hablo con veintiocho Schulp, repartidos por todo el país, de Frisia a Limburgo, pero ninguno se acuerda de Nelly.

Vamos por la mitad del embarazo. Según 24baby.nl, el hijo que llevo dentro tiene el tamaño de una zanahoria de invierno y el peso de un par de chanclas (de verano), una extraña mezcla de estaciones que casa con mi estado de desorientación. Cierro proyectos, veo a amigos, visito a la familia, voy al teatro, pero no me siento parte de nada. Tengo la sensación de tener el paso cambiado, de no estar a tono con la vida cotidiana, con el día que desemboca en la noche, el espectáculo que termina, el plazo que vence. Me muevo en un huso horario diferente, aquí sólo existe el crecimiento exponencial. Un *big bang* a cámara lenta.

En la sala de espera del centro de diagnóstico por imagen, D se enfada conmigo al enterarse de que la ecografía que me van a hacer no sirve para detectar el síndrome de Down: esa posibilidad se agotó hace siete semanas, cuando me decidí yo solita a no someterme a ella. En realidad, no fue una decisión consciente, simplemente dejé pasar el momento, sin comentárselo a D, con la certeza de que él ni se acordaría.

No estoy ni a favor ni en contra de los exámenes prenatales, no me apetecía y punto, estaba cansada de tanta barriga. La cita anterior a la nuestra se alarga más de la cuenta. Llega la pareja que va detrás de nosotros. La mujer tiene el vientre puntiagudo y la cara rosada. Le brillan los ojos como si tuviera fiebre. Me regala una sonrisa de embarazada a embarazada, con disimulo, mirada cómplice. «Fíjate en estos pobres —parece decirme—, siempre tan preocupados por el presente. Nosotras, portadoras del porvenir, con nuestra marcha tambaleante, valemos el doble que los individuos a nuestro alrededor.»

D está furioso.

—Si algo va mal, la culpa es tuya —me espeta—. Tú te acordaste y no me dijiste nada.

—Me acordé y no quise hacerme la prueba. Decidí por mí.

—Y, de paso, decidiste por tu pareja.

—Tú decidiste no ocuparte del asunto.

Es algo que D no ve. Todo lo relacionado con el bebé es responsabilidad mía. Debo informarlo, pedirle ayuda si la situación me supera, recordarle citas y reconocimientos.

El resultado de la prueba de embarazo me catapultó, sin preguntar, a gestora de proyecto de esta empresa. D es, a lo sumo, un empleado entusiasta que entra y sale cuando quiere.

Diez minutos más tarde, cuando el especialista nos comunica que está todo bien, a D se le pasa el enfado. Las manchas de antes se han convertido en algo que comienza a asemejarse a un ser humano. En la penumbra de mi barriga cuelga otra barriga con un par de brazos, un par de piernas, una nuca y una cabeza enorme, desproporcionada, que da sacudidas por el extremo de la imagen. Tiene hipo, nos explican.

«Hipo», repite D con tono de admiración. Lo miro mientras mira la imagen, orgulloso del hipo de su hijo. A mí ese zarandeo me inquieta, como si el bebé tratara de salir, fuera de mí, al mundo.

Mientras vamos en el coche, de vuelta a casa, descubro una llamada perdida de un número desconocido. En mi buzón ha quedado grabada la voz de un Schulp. Resulta ser el hijo de Maurice, el piloto de carreras, el amigo íntimo de Frans, el hermano de Nelly. Nada más llegar a casa, devuelvo la llamada.

—Nelly es mi tía —confirma—. Sé muy poco de ella, no somos lo que se dice una familia unida, pero creo recordar que tenía un hijo en Zelanda.

Me acerco a mi mesa de trabajo y repaso la lista de los Schulp. En Zelanda no hay más que un número: el de un taller de coches donde no me cogieron el teléfono. Tras colgar con el hijo de Maurice, vuelvo a intentarlo.

El teléfono suena cuatro veces antes de que conteste una voz de mujer. Suelto la historia que en los últimos días he soltado a decenas de Schulp. El primo ponebombas, la sortija, el atentado, y añado que estoy buscando a Nelly, la mujer que en 1950 se casó con Frans van Heemstra.

—¿No será familia del capitán? —pregunta mi interlocutora. Tiene un leve acento de Róterdam y una voz alegre—. Me parece que en alguna ocasión nos habló de él.

El corazón me da un vuelco. Ésta podría ser la fuente que estoy buscando.

—¿Es usted su hija?

—Soy su nuera.

—¿Y ha oído hablar del capitán?

La mujer guarda un momento de silencio.

—En realidad, hace ya un tiempo de eso —vacila.

Mi entusiasmo se esfuma.

—¿Y su marido? ¿Sabría contarme algo más?

—¿Por qué no vienes a vernos?

Dudo. No quiero ir en balde hasta Zelanda.

—¿No habrá un diario? —pregunto—. ¿O cartas?

—Eso lo sabe Nelly mejor que yo.

—¿Está viva?

Debo hacer un esfuerzo para no gritarlo.

Faltan 19 semanas

Nelly sigue con vida.

Estamos sentadas cara a cara en la terraza de su piso tutelado en Flesinga. Aunque es verano, hace frío. El café está templado, los buñuelos de crema que acabamos de comprar en la cafetería parecen recién salidos del congelador. Estoy agotada, la plaga de mosquitos va a más. D ha comprado un matamoscas eléctrico con forma de raqueta de tenis. Me paso buena parte de la noche repartiendo golpes. Cuando acierto, la malla metálica desprende una chispa, y el tamaño de la chispa depende del grosor del mosquito. Algunos dejan un olor a carne quemada. Al olerlo por primera vez, me llevé un susto. Me vino a la cabeza una clase de biología en la que aprendimos que sólo pican los mosquitos hembra. Necesitan nuestra sangre para poner huevos. Me pregunté si lo que olía eran esos huevos, generaciones y generaciones de mosquitos a los que yo había masacrado de un solo chispazo. Después, superada mi reticencia inicial, los golpes de raqueta se han vuelto adictivos, pequeños momentos de satisfacción a cambio de tantas horas sin dormir. El olor a mosquito quemado se ha convertido en el olor de la venganza.

Tengo un bulto grande y colorado bajo el ojo izquierdo, pero no creo que Nelly se dé cuenta, me parece que ya no ve mucho. Sus ojos permanecen escondidos tras una muralla de capas de piel superpuestas, da la impresión de que se mueve a tientas.

Pese a caminar un poco encorvada, sigue luciendo un porte majestuoso. Viste una abigarrada blusa de batik. Sus mejillas, oscuras y tersas, brillan como una pieza de madera a la que se le acaba de sacar lustre. Tiene la voz tan ronca que debo acercar el oído a sus labios para captar sus palabras antes de que se las lleve de un soplo el frescor del verano. Es una escena curiosa, como si fuera a ofrecerle mi mejilla, a la espera de recibir un beso.

Los recuerdos que Nelly conserva de Frans son parecidos a los de A: mujeres, automóviles y una profunda aversión por la izquierda y los izquierdistas.

—Frans era un cazador. No es buena idea casarse con un hombre así.

No tuvieron hijos porque Frans enfermó de paperas justo antes de la guerra y quedó estéril.

—Nunca aceptó que fuera por su causa. Quizá se pasó la vida cazando por eso, por si algún día encontraba a una mujer que le diera descendientes.

Le pregunto por el atentado, si llegó a enterarse de los preparativos.

Nelly niega con la cabeza.

—Frans era un hombre de pocas palabras, algo que yo agradecía.

—Pero cuando lo detuvieron le pedirías explicaciones, ¿no?

—Dijo que era inocente.

—¿Y con eso te conformaste?

Nelly asiente con un movimiento de la cabeza. Rechaza cualquier pregunta sobre el atentado con un gesto de la mano.

—Apenas sé nada.

En cambio, sabe quién fue el objetivo en la casa del canal del Príncipe: el señor Boer.

Me parece que se confunde con De Boer, el cabo que fabricó las bombas, pero en cuanto se lo comento, Nelly sacude la cabeza.

—No, ése se apellidaba De Boer —replica con agudeza—. Éste era Boer a secas. El señor Boer. Había que matarlo.

—¿Por qué?

—Si no me equivoco, tenía que ver con una gente que planeaba huir a Inglaterra. —Me lanza una mirada interrogativa, como si no estuviera segura de su respuesta—. Boer traicionó a alguien. O incluso a varias personas.

—¿Y los demás muertos?

—¿Los hubo?

Por la terraza sopla un viento frío. Me estremezco, subo la cremallera de mi cazadora. Nelly ni lo nota. Con sus largos dedos oscuros va retirando las migas de su plato. Un ave tropical bajo el pálido cielo de Zelanda.

—¿Sabrías decirme quién fue el objetivo en Bruselas?

Nelly se endereza en su asiento, esboza una amplia sonrisa.

—La noche del atentado, Frans vino a verme a mí. Habíamos discutido, por enésima vez, salía con otra mujer, él... —Vacila un instante—. Él se tomaba esas cosas muy a la ligera. Le dije: «Se acabó, además de verdad». Y me marché a Bruselas. Empecé a trabajar de niñera en una familia terrible. Me arrepentí muchísimo, pero mi orgullo me impedía volver con él. Quería que me echara de menos, que viniera a buscarme. Y aquella noche se presentó en mi puerta.

Nelly se ríe. Un sonido grave y empolvado.

—«Recoge tus cosas», me dijo, y eso hice. Pasamos la noche en el hotel De Goudfzant, en el centro de la ciudad, fue maravilloso.

—¿Te fijaste en si llevaba un explosivo?

—En su maleta había un pijama y cigarrillos. Nada más.

—¿Lo viste nervioso? ¿Compungido?

Nelly niega con la cabeza.

—Estaba tranquilo —asegura—. Iba de punta en blanco y se mostraba alegre.

No le notó nada raro. Sin embargo, enseguida añade que Frans nunca se ponía nervioso. Ni siquiera tras aquella noche romántica, cuando por la mañana se encontró en la recepción con el hermano de Nelly. Maurice había ido a hacerle una visita a su hermana, y la familia de acogida le comentó que se había marchado con Frans al hotel De Goudfzant.

Maurice miró primero a su hermana y luego a su amigo. Después, preguntó en tono

amenazador: «¿Qué piensas hacer, Frans?». Y Frans respondió sin pestañear: «Casarme».

Nelly y Frans regresaron a Ámsterdam, las manos entrelazadas sobre la palanca de cambios. A su llegada los estaba esperando la policía y, un día más tarde, Frans entró en prisión preventiva. Fue condenado. Dos años después, Nelly y Frans por fin se dieron el sí, en la capilla de la cárcel de Leeuwarden. Nelly se ríe por lo bajo.

—Me había salido un grano enorme en la nariz, llevaba un traje de segunda mano, con un lamparón de café, y no teníamos alianzas.

De modo que Frans le puso su sortija en el dedo corazón, mi sortija, la que me regaló mi abuela. Nelly posa un dedo largo y nervudo sobre la piedra.

—La llevé hasta el día en que me separé de él para siempre, en la primavera de 1958, cuando se la tiré a la cabeza, furiosa.

Se queda mirando la piedra azul, sin decir palabra. Comienzo a sentirme incómoda. ¿Está esperando a que se la devuelva? ¿Es eso lo que debería hacer?

Por suerte, se pone a hablar de nuevo.

—Frans lo pasó muy mal en la cárcel. Cuando iba a verlo me comentaba que estaba harto de quitarse de encima a los hombres. Además, odiaba a los objetores de conciencia con los que compartía celda. A los pacifistas los tachaba de bobos y peligrosos. Siempre decía que el hombre está hecho para luchar por su país. Temía que, concluida la guerra, cada nueva generación fuera a ser un poquito más blanda. Se enfadaba con muchas cosas. En realidad, por entonces estaba enfadado siempre.

Con suma delicadeza, Nelly posa la mano sobre un buñuelo medio congelado, como si quisiera protegerlo del frío verano.

Pregunto si le sigue haciendo reproches. Niega con la cabeza.

—Con Frans, la vida era una fiesta. Cuando no estaba enfadado, se pasaba todo el santo día cantando. Después de la liberación, solíamos compartir mesa hasta bien entrada la noche con los soldados canadienses en el bar de siempre. A veces nos quedábamos un fin de semana entero en la cama. Me alegró la vida durante aquella época tan triste. Pero sus engaños me volvían loca. Al igual que los enfermizos preparativos de la nueva lucha, que comenzó al año de terminarse la guerra.

Cuando Nelly le espetó que ya iba siendo hora de que pusiera punto final al conflicto bélico, Frans le preguntó: «¿Cuánto dura una guerra?». «Hasta que llega la paz», contestó ella. Frans se burló de su respuesta.

—No sabría explicar por qué, pero algunos recuerdos brillan en la memoria para siempre —dice—. Aquella noche en De Goudfazant lo compensa todo. Fue la felicidad en estado puro. Fue...

Interrumpe la frase y guarda silencio.

Me parece demasiado indiscreto seguir preguntando. El silencio se prolonga. Hojeo mi libreta de notas para disimular mi incomodidad, como si hubiera apuntado en alguna parte hacia dónde

llevar la conversación. Con el rabillo del ojo veo que Nelly se come el buñuelo en tres bocados.

Le pregunto si se arrepiente de haberse separado de Frans.

—En aquel momento me pareció la decisión correcta.

Mientras nos despedimos, Nelly vuelve a mirar el anillo.

—Ahora me quedaría grande —dice—. He adelgazado mucho.

Me llama la atención el brillo de sus ojos. De pronto, reparo en su belleza, el alargado rostro, los rasgos claramente indonesios, y comprendo que de joven debió de ser muy atractiva. Me acompaña hasta el ascensor. Las puertas se cierran con un ruido que suena a suspiro profundo y me la imagino viajando en el tiempo. Teletransportada al pasado del que ha emergido brevemente.

Abajo, en el vestíbulo, antes de salir a la calle, recibo una llamada. Es D. Pregunto si podemos cambiar para otro día la cita con la ginecóloga. Le sugiero que llame él.

—El número lo tienes tú.

—Está en internet.

—Pero tú lo has guardado.

—Ahora te lo paso.

—¿Por qué te gusta tanto complicar las cosas?

—No es complicado. Yo te envíé el número y tú llamas.

—No deja de ser un rodeo.

Tiene razón, es un rodeo. No le paso el número. Como tampoco le he enviado el del centro de diagnóstico por imagen o el de la asistencia posparto. Me pregunto dónde exactamente se han separado nuestros caminos, para que mi trayecto discorra junto a todas las cuestiones prácticas relacionadas con el bebé, cuando el suyo serpentea por un mundo lejano.

Le envíé un mensaje.

Te echo de menos.

Normal. Aguanta, dentro de unas horitas estoy contigo.

Respondo con un emoticono que llora de felicidad. La cercanía no suavizará la sensación de pérdida, al contrario. En el tren de Flesinga a Ámsterdam observo mi reflejo en la ventana.

Me noto la cara hinchada, y no sólo por el bulto que me ha causado la picadura de mosquito. He engordado dos kilos en una semana, según la ginecóloga son líquidos. Nunca he tenido los tobillos y las muñecas tan gruesos, se están formando depósitos de agua en torno a mis articulaciones, a veces hasta me parece oír un chapoteo. Tengo delante las notas que tomé durante mi conversación con Nelly. Ocupan tan sólo una página de mi libreta. Unas pocas frases, algunas palabras clave. En el centro aparece en letras mayúsculas: *BRUSSEL!* Al menos he averiguado por qué el primo ponebombas se dirigió a Bruselas. No por una bomba, sino por amor. Un punto nuevo en el mapa. Pero no conduce precisamente a la heroicidad. Mientras Peterse dormía bañado en lágrimas junto a su mujer y Haastrecht huía herido, Frans estaba en la

cama con su novia. Quizá ella fue su coartada, quizá su bomba también estalló antes de tiempo, aunque según Nelly iba de punta en blanco. Saco un bolígrafo de mi bolso y transformo el signo de exclamación en uno de interrogación.

El bebé patalea. Por primera vez deseo verlo y tocarlo. Es un deseo grande y envolvente.

Miro a mi alrededor, estoy sola en el compartimento.

Dejo reposar la barbilla sobre el pecho, dirijo la voz a mi barriga y comienzo a hablar. Estaré haciendo el ridículo, pero siento bien. «No sé quién eres ni quién vas a ser, tampoco sé lo que esperas de mí, ni qué debo decirte cuando llegue el momento. Ni siquiera sé cómo cogerte, pero estoy escribiendo. Estoy escribiendo tu primer relato. Te prometo que será bueno, no habrá otro relato mejor para empezar. Habla de la guerra y de la paz, de un héroe y de un villano; cuadra, como esas canciones que sólo hace falta escuchar una vez para poder cantarlas. En cuanto esté terminado, puedes salir.» Una patada. Trato hecho.

Lanzo una búsqueda en Google con la información que me ha proporcionado Nelly, combinando «Boer», «traición» y «huida a Inglaterra».

Mientras se van cargando los resultados contemplo el paisaje vacío. Desde luego, en Zelanda no hay manera de desaparecer o de perderse. Campos llanos, árboles bajos. Apenas hay cobertura. La conexión se interrumpe una y otra vez. Es desesperante.

Después de pasar la ciudad de Goes, internet por fin empieza a funcionar con normalidad. La combinación de los tres términos de búsqueda arroja un solo resultado: una página web con datos históricos sobre la finca de Ockenburgh, entre Loosduinen y Kijkduin, en La Haya. El detallado resumen recoge dos párrafos sobre los años de la ocupación. La guardia costera alemana vigilaba la playa y las dunas, que pasaban a ser terreno vedado entre las nueve de la noche y la salida del sol. El texto hace referencia a dos embarcaciones con patriotas que trataron de llegar a Inglaterra desde Ockenburgh. Ambas tentativas fracasaron.

Y ahí está. En el último párrafo me topo con Boer, el traidor. «Al parecer, en 1942 Boer persuadió a doce patriotas para que acudieran a su coto de caza de Ockenburgh.»

Los militares alemanes acordonaron el terreno. Al día siguiente salió a la luz que los patriotas habían sido traicionados y detenidos. Uno de los militares alemanes habría obtenido una condecoración con motivo de ese arresto y, al recibirla, habría comentado que Boer también se merecía una distinción por haber delatado a los patriotas. Además, después de la liberación, Boer habría mantenido contacto con varios miembros de las SS que vivían en la clandestinidad. Después de la guerra, la Unidad de Investigación Política de La Haya, encargada de destapar posibles casos de colaboracionismo, investigó a Boer, pero no encontraron indicios que justificaran la puesta en marcha de medidas judiciales. El 5 de diciembre de 1946 se entregó en casa de la familia Boer en La Haya una bomba camuflada de regalo de San Nicolás. Nada más abrirse el paquete, se produjo una tremenda explosión que mató en el acto a François Guillaume Jacques Boer. Más tarde, otras dos personas fallecieron como consecuencia de las heridas causadas por el explosivo. Se declaró un incendio y tres de los allí presentes, entre ellos la nuera

de Boer, sufrieron quemaduras. Aparentemente, el atentado fue un ajuste de cuentas por la traición a los patriotas en Ockenburgh.

Aun antes de terminar de leer el resumen, me embarga una sensación de triunfo extraña y hasta diría que infantil: un hombre que traiciona a doce personas inocentes no debe quedar impune. Donde las dan las toman.

Sin embargo, cuando leo el texto por segunda vez, me molesta la repetición de «habría». El alemán *habría* comentado que Boer se merecía una distinción. Boer *habría* mantenido contacto con varios miembros de las SS.

Rumores. Posibilidades. Faltan pruebas.

También me llama la atención la referencia a las otras dos personas que fallecieron a consecuencia de sus heridas. «Personas» no suena a miembros del NSB o traidores, sino más bien a invitados inocentes. Tal vez fueron familiares de Boer, al igual que la nuera que, según el texto, sufrió quemaduras en el incendio ocasionado por la bomba.

La combinación de «Boer» y «Ockenburgh» me lleva a un artículo publicado en una revista dedicada a las dunas de Holanda. El texto va acompañado de una imagen de dos hombres en una caseta de madera. «Dos pajareros cazando pinzones», reza el pie de foto, seguido de dos nombres. Uno de ellos resulta ser François Boer. Siempre según la leyenda, el escenario, un terreno extenso y baldío, pertenecía al otro hombre, llamado Dirk Hoos. El artículo explica que Ockenburgh era un lugar ideal para cazar pinzones, jilgueros y estorninos. Originalmente, los pájaros estaban destinados al consumo humano, pero a partir de 1936 se cazaban «con el fin de investigar la migración». En definitiva, Dirk y François capturaban las aves, las anillaban y las volvían a soltar. Se trata de una fotografía en blanco y negro de mala calidad, tiene tan pocos píxeles que Dirk Hoos se parece al capitán Haddock. Lleva una boina oscura, fuma en pipa y otea el horizonte con firmeza. El contraste con François no puede ser mayor. Boer no tiene aspecto de aventurero. Su atuendo es el de un oficinista más que el de un hombre de campo. Sombrero de fieltro, cuello blanco y alto, jersey de lana, corbata y chaqueta ajustada. Sostiene un rollo de cuerda en la mano, o quizá una red. Él también otea el horizonte, aunque con menos firmeza que Dirk. Da la impresión de que no sabe muy bien adónde mirar. Al lado de ese curtido hombre de campo, con la boina y la pipa, Boer parece un pobre novato al que le han dado la red para la foto. Puede que mi visión esté distorsionada por lo que sé o lo que deseo saber. No cabe duda de que Boer se volcaba con los pájaros. El artículo describe cómo los hombres se empeñaron en seguir capturando pinzones «entre los campos de minas». También termina con una alusión al atentado. «Boer perdió la vida de forma trágica. Fue asesinado el 5 de diciembre de 1946. Aparentemente, el motivo habría sido su colaboración con el enemigo durante la guerra.»

Habría.

Faltan 18 semanas

Contra todo pronóstico, no resulta nada difícil encontrar información sobre François Boer. Stefan, el amigo de D, me recomienda visitar la página web del Archivo Nacional de los Países Bajos. Descubro la Sección de Justicia Especial, que lleva el registro de todas las personas que fueron investigadas después de la guerra bajo sospecha de haber colaborado con el enemigo. Les envío un mensaje de correo con el nombre completo de Boer, la fecha de defunción y la pregunta de si existe alguna información sobre su persona. En menos de una hora recibo una respuesta: «Dentro de dos días, el expediente estará a su disposición». Me asusta la facilidad con la que confían el expediente de François a la sobrina de su asesino.

Transcurridos los dos días, atravieso la puerta giratoria y entro en el amplio vestíbulo de «la memoria nacional de la administración pública». Me esperaba un edificio repleto de armarios, clasificadores, diarios, fotografías, declaraciones, actas de defunción y de nacimiento: la colección de todo aquello que hace falta retener. Sin embargo, nada más pisar el vestíbulo vacío tengo la impresión de hallarme en el reino del olvido. No hay armarios ni clasificadores, pero sí una cafetería de un blanco impoluto, una isla perdida en un mar de baldosas. Un pequeño letrero indica el camino hacia el Museo del Libro para Niños, que comparte techo con el Archivo Nacional, un simple descuido basta para acabar entre los cuentos de hadas. En el punto de información me remiten a otro mostrador, donde me entregan un carné y un lápiz antes de derivarme a otra sección. Me atiende un hombre de baja estatura, de rostro afilado, con ojos que recuerdan a los de un animal y una boca que recuerda al hocico de un galgo afgano. Después de facilitarle el número de mi expediente, retira una caja de cartón de uno de los estantes que hay detrás de él y la empuja hacia mí. Según dice, debo sentarme en la mesa blanca situada en el centro de la sala de lectura. Está reservada a las personas que desean consultar expedientes del archivo de Justicia Especial. Tengo permiso para leer los documentos y copiarlos a mano o al ordenador, pero está prohibido hacer fotografías o fotocopias.

No hay apenas nadie en la sala, salvo en la concurrida mesa blanca. Me dirijo a la única silla que se encuentra vacía. La caja pesa menos de lo esperado, una historia sin importancia. Tomo asiento, saco mi portátil de la funda y examino el cartón oscuro. A lo mejor este desvío hace que me pierda. A lo mejor tengo que limitarme a los héroes y dejar de lado a las víctimas, pero no consigo quitarme de la cabeza el verbo *habría* ni tampoco el refrán de mi abuela. Donde las dan las toman. ¿No debo informarme sobre los que dan para comprender por qué luego las toman?

Enfrente de mí, un hombre de unos setenta años no para de mover la cabeza mientras lee los papeles que tiene delante. A su lado hay dos mujeres delgadas que hablan entre susurros, me

parece que son gemelas. Tienen la misma cara, llevan la misma ropa, dos blusas blancas, la única diferencia radica en el tieso cabello gris, más corto en un caso, más largo en el otro.

Si no me equivoco, soy la única persona de toda la mesa que tiene menos de cincuenta años. Casi todos debieron de nacer justo después de la guerra. Están buscando los relatos de sus padres, aquello que se silenciaba en las aburridas tardes de la posguerra que marcaron sus años de juventud.

En un extremo de la mesa, un vigilante se encarga de que los lectores respeten las reglas y no hagan fotos a escondidas. Viene hacia mí con dos pósits rosa fosforescentes: uno para la cámara de mi portátil y otro para mi teléfono. No sabía que la privacidad de los difuntos estuviera tan bien protegida.

Pongo la mano encima de la caja. Me incomoda, como si estuviera a punto de abrir una tumba. Al retirar la tapa debo mirar dos veces para ver el expediente al fondo. Una carpeta delgada de color marrón. Dentro no hay más que unas pocas hojas sueltas.

«Mando militar Unidad de Investigación Política La Haya», reza el primer folio. Seguido de: «François Boer. Sospechoso de colaboración con el enemigo». Resulta ser el informe del juicio contra François. Comparecieron tres testigos. El primero, Leendert Vols, es el hombre que lo denunció. Explica al juez que, durante la guerra, François trabajaba en el coto de caza de Ockenburgh y que inmediatamente después de la capitulación fue a la ciudad a cazar palomas para la Wehrmacht. Además, Leendert fue testigo de que salió a pescar con un alemán y de que al final del día entregó la pesca a los oficiales alemanes que se habían instalado en las casas de una de las grandes avenidas de la ciudad. «François Boer abasteció al enemigo de peces y aves.»

Según otro testigo, durante la guerra François tenía acceso a lugares «que estaban vedados a las personas decentes». A juzgar por el tercer testimonio, obtuvo permiso para visitar la isla de Rozenburg porque allí había muchos pájaros.

En el siguiente párrafo, François toma la palabra para defenderse: lo reduce todo a una serie de malentendidos. El amigo de pesca era un alemán, pero no un nazi, y él jamás entregó un pescado a un oficial. Las palomas las cazó por orden de la policía, primero con alpiste empapado en ginebra, y cuando esa táctica falló, con ayuda de unas redes. Logró cazar unos doscientos ejemplares. No por convicción política, sino «porque lo ordenó la policía».

Leo el informe de nuevo. Después examino las pruebas. Viejos papelitos llenos de dobleces. Reminiscencias de una época en la que un trozo de papel marcaba la diferencia entre libertad de movimiento y pena de prisión. Documentos expedidos por las autoridades de ocupación. Un *Sperrlinienausweis* y un *Sonderausweis*. No tengo ni idea de cuál es la diferencia entre uno y otro ni de qué significan esas palabras realmente. D tiene razón, no soy más que una diletante.

Las personas sentadas a la mesa alargada estudian sus expedientes de acceso restringido con el lápiz en ristre, como hacen los expertos, y cada cierto tiempo mueven la cabeza en un gesto de comprensión. Yo, en cambio, ni tan siquiera sé dónde está Rozenburg, e ignoro cómo interpretar el hecho de que un pajarero pudiera moverse por allí con total libertad durante la ocupación. El

hombre enfrente de mí continúa sacudiendo la cabeza, como si viviera en permanente desacuerdo con la Historia, y las gemelas deliberan entre susurros sobre el siguiente punto de interés. Miro la caja, me siento estúpida. Esperaba encontrar un carné que acreditara la pertenencia de François Boer al NSB, pruebas aplastantes de colaboración con el enemigo, testimonios de patriotas deseosos de alcanzar Inglaterra que habían sobrevivido a la traición, no unos documentos sobre palomas.

El informe termina con una breve notificación: el sospechoso falleció en un atentado con bomba. Debajo de los documentos adjuntos aparece un segundo escrito de la Unidad de Investigación Política, fechado el 2 de mayo de 1947, que dice en letra apretada: «A mi juicio, la colaboración con el enemigo, entiéndase la caza de palomas en la ciudad junto a la sede de gobierno, no es motivo suficiente (en el supuesto de que quedara probada) para justificar un procesamiento póstumo».

Ni una palabra sobre los patriotas decididos a escaparse a Inglaterra. Ninguna prueba tangible de traición. Recojo los papeles, manifiestamente irritada. El vigilante me lanza una mirada de advertencia. Ojalá me regañe, para que yo pueda espetarle que la caja está incompleta, que en el archivo faltan documentos, que este batiburrillo de papeles viejos no hace justicia a la Historia. Pero ya está mirando a otro lado.

Corro la silla con brusquedad, agarro mi bolso y me dirijo al mostrador del galgo afgano. Mi irritación aumenta a cada paso. ¿Por qué nadie se ha tomado la molestia de escribir simplemente lo que sucedió? ¿Por qué me corresponde a mí hacerlo con ayuda de unos *Ausweise* ilegibles y unas cajas repletas de trastos inútiles sacadas del cajón de un escritorio? Hubo un atentado, hubo víctimas mortales, hubo condenas, hubo vidas que corrían peligro, y de todo ello no queda nada más que una epopeya minúscula llena de agujeros y grietas.

Al tenerme delante de sus narices, el galgo afgano me interroga con la mirada.

—Esta caja está incompleta.

—Eso es imposible.

—Falta la mitad del relato.

—Nuestras cajas no contienen relatos, sino papeles.

—Pero lo que he leído no cuadra.

Me dedica una sonrisa compasiva.

—Es algo muy habitual en los lectores de la mesa blanca.

Me doy la vuelta, miro al hombre que tenía enfrente hace tan sólo un instante, observo su cabeza que no deja de moverse. Me suena la tripa. El tamaño de una papaya, el peso de un balón de fútbol, leía esta mañana. Han pasado nueve semanas y sigo sin verlo claro. Salgo de la sala, cruzo el pasillo, el vestíbulo. Al llegar a la puerta giratoria, me entra la duda. ¿Y si me ponen una multa por no haber devuelto la caja? Decido dar media vuelta. A mi paso por el vestíbulo descubro con el rabillo del ojo al hombre que no paraba de mover la cabeza. Está sentado a una de las mesas de la desangelada cafetería. Saluda con la mano y señala la mesa vacía a su lado.

Miro a mi alrededor, en el gran vestíbulo donde el menor ruido retumba no hay nadie más que él y yo.

¿Por qué habría de rechazar la invitación? Una pausa, reflexionar sobre cuál va a ser el siguiente paso. Es absurdo que las mesas se hallen tan cerca las unas de las otras, como si quisieran protegerse contra el vacío.

En cuanto suelto mi bolso, el hombre se inclina hacia mí, extiende la mano y se presenta.

—Herman.

—Marjolijn.

Me preparo para una conversación, una pregunta, el capítulo siguiente a este intercambio de nombres, pero Herman abre su cartera desgastada, saca un libro y comienza a leer. Empieza a mover la cabeza, aunque con menos insistencia que en la mesa blanca. Desde tan cerca, el movimiento resulta de lo más natural, como cuando se mece a un bebé. Tiene la cara cubierta por una fina malla de pliegues y arrugas. Su media melena, de color metálico, se debate entre negro y plata. Así y todo, tiene un aire juvenil. Desde donde estoy consigo leer el título del libro que está leyendo, *Grijs verleden – Nederland en de Tweede Wereldoorlog*, sobre la Segunda Guerra Mundial y el pasado gris de los Países Bajos.

Saco mi portátil de la funda y leo lo que he copiado antes: las palomas, los peces. El ridículo pósit rosa fosforescente hace que todo parezca aún menos profesional.

Llamo con la mano al camarero que está apoyado en la barra, visiblemente aburrido.

Niega con la cabeza desde su posición a unos dos metros de mí.

—No hay servicio de mesa.

Sonrío, pero el camarero habla en serio.

—¿También cuando no hay nadie?

Alza los hombros con gesto cansino.

—Nunca hay nadie, pero las reglas son las reglas.

Herman levanta la mirada de su libro y me pregunta qué quiero tomar.

—Un capuchino doble.

—Lo que nosotros llamamos un *doppio* —dice el camarero, que está tan cerca que se entera de todo.

Herman se dirige a la barra, sin perder la paciencia.

—Un *doppio* y un café, por favor.

—¿Qué clase de café?

—Un café normal.

—¿Americano?

—El que tomo siempre.

—Americano.

Herman se gira hacia mí con una leve sonrisa, como queriendo disculparse por ese imbécil. Con el ruido infernal del molinillo de café al fondo, se sienta a mi mesa y me pregunta si he

encontrado alguna pista. Tiene que hacer un esfuerzo para imponerse sobre el estruendo.

Contesto que he averiguado algo, pero que más que ayudarme me despista. Herman se ríe, la risa ancha y clara de un muchacho travieso.

—Si no me equivoco, acabas de empezar —dice.

Me siento pillada. ¿Le ha bastado el poco tiempo que me ha visto en la mesa blanca para concluir que nunca antes he pisado un archivo? ¿Estoy cometiendo errores garrafales de principiante?

—Desde hace un año vengo aquí todos los días —prosigue—. Controlo las caras. Tú has venido hoy por primera vez.

Le pregunto qué lleva buscando día tras día.

—A mi padre.

—¿Tan voluminoso es su expediente?

Noto que Herman vacila. De pronto entiendo para qué sirven los pósits rosas. No protegen la privacidad de los difuntos, sino la de los familiares.

—Lo siento —digo—. No quiero...

Herman sacude la cabeza.

—No es ningún secreto, ya no. Tras la guerra denunciaron a mi padre por haber colaborado con los alemanes. Cuando se enteró de que lo iban a procesar se suicidó, y cinco meses más tarde nací yo. El expediente se lee en unas horas, pero para comprenderlo hace falta una vida entera, me temo.

Extrae un pequeño tetrabrik de zumo de naranja de un bolsillo de la chaqueta, arranca la pajita del envase y, antes de seguir hablando, la introduce presionando el precinto de aluminio con cuidado.

—Al sentarme en aquella mesa blanca hago como que vivo en aquella época y trato de olvidarme del lastre que suponen setenta años de lecciones de Historia. Es la única manera de llegar hasta mi padre. Cuánto nos cuesta comprender que la Historia está formada por las personas del momento, no de este momento, sino de aquél, personas como nosotros, con sus pensamientos, sus incertidumbres y sus esfuerzos, cuya vida se hallaba marcada por decisiones difíciles, sufrimiento auténtico y dolor real. Nos cuesta entender que existieron de verdad y que su existencia fue tan desordenada y caótica como la nuestra. —Herman suspira—. Es algo que lleva tiempo, mucho tiempo.

Señalo mi vientre, que sobresale de la ajustada camiseta.

—Quiero terminar antes de que nazca el bebé. No puedo pasarme un año entero aquí entre cajas polvorientas.

Es un comentario poco afortunado, pero para cuando me doy cuenta ya es tarde. En cualquier caso, Herman no se muestra ofendido.

—No tengo mucho que hacer —apunta lacónicamente—. Estoy divorciado, ya no trabajo, apenas me quedan amigos y mi hijo vive en Canadá.

¿Qué decir ante tan triste resumen?

Por suerte, el camarero anuncia a gritos —sin que haya necesidad de ello— que ya podemos retirar los cafés.

Herman se acerca a la barra, con la misma paciencia que antes. El libro que está leyendo sigue abierto encima de la mesa. Echo una ojeada. Me llama la atención una frase que dice: «La guerra es una cosa, pero otra cosa muy distinta es el relato de esa guerra».

Herman regresa con los cafés, los deja encima de la mesa un poco inestable y vuelve a sentarse. Se da cuenta de que estoy mirando el libro.

—Está bien, pero el título no me convence en absoluto —advierte—. No creo que la guerra genere personas grises. La idea de que somos todos mitad buenos y mitad malos dice más sobre nuestra actual visión del ser humano que sobre el ser humano en general. Creer que por entonces había personas grises equivale a creer que las hay ahora.

Cuando le digo que me parece una reflexión sugerente se ríe de nuevo, esa risa clara y juvenil.

—¿Conoces las láminas educativas de Johan Herman Isings?

Niego con la cabeza.

—Cuando yo iba a la escuela las había en todas las aulas. Dibujos de la Edad de Hielo, la Edad de Bronce, la era de los romanos, la Edad Media. No me cansaba de mirarlos. Las figuras estaban tan bien representadas que era fácil identificarse con ellas. Gracias a ello, la Historia resultaba tan cercana que uno tenía la impresión de poder tocarla. Cualquier neandertal podía ser mi vecino. Tiempo después descubrí que Isings se inspiraba en él mismo y en las personas de su entorno. Cada vez que se ponía a dibujar pasaba días frente al espejo. Decimos que queremos aprender del pasado para así comprenderlo mejor, pero en realidad no hacemos más que contemplarnos a nosotros mismos.

Herman me pregunta por mi expediente. Antes de darme cuenta —en una fracción de segundo—, la suerte está echada, elijo el mito, o mejor dicho ni siquiera elijo, es un mero reflejo, un hábito arraigado.

Me oigo hablar sobre el gamberro, el petardo, el traidor, la gesta, el nombre de mi hijo. Como si hoy no hubiese abierto ninguna caja de cartón, no hubiese leído que tal vez el traidor no traicionara a nadie y que todo fuese distinto de como había creído siempre.

Por primera vez tomo conciencia del ritmo y de la melodía del relato. Apenas me detengo en la palabra *petardo*, pero exagero la pronunciación de *traidor*. Sé con certeza que siempre lo cuento de esta manera, que es como me lo han contado a mí, a modo no de relato sino de canción, plasmada en un pentagrama, una vieja melodía cuya sonoridad prima sobre la letra.

La atención con que Herman escucha mis palabras me pone nerviosa. ¿Es una muestra sincera de curiosidad o intuye mis dudas? Si es así, lo disimula muy bien.

Asiente con interés y me pregunta si puede ver la sortija.

Estiro la mano, como he hecho tantas otras veces después de cantar esta misma gesta, pero de repente me asalta la sensación de que se trata de una mano ajena, hinchada y acribillada por los

mosquitos. Herman acerca mi dedo a su cara para ver mejor el anillo, saca las gafas de leer del bolsillo interior de la chaqueta y examina la piedra. Hasta este momento no me había dado cuenta de lo tosca que es la joya.

—¿Representa el blasón familiar?

Herman señala el grabado: tres águilas reales con el pico abierto de par en par. Mientras muevo la cabeza en señal afirmativa me entra vergüenza por esas agresivas aves rapaces que durante mucho tiempo sellaron las cartas y los documentos de mi familia.

—Qué piedra más grande.

—Está pensado para que lo lleve un hombre en el meñique. Por eso yo me lo pongo en el dedo corazón.

—¿Cuántos años tiene?

—Algo más de cien, calculo.

—Es increíble —dice Herman—. Dos guerras mundiales, un siglo de Historia y apenas tiene unos arañazos.

Retiro la mano, observo el oro intacto que desde hace una semana aprieta mi dedo hinchado de líquido. La idea de que brillará invariablemente durante el resto de mi vida mientras mi mano se infle, se desinfe y envejezca me llena de tristeza. La lucha desigual entre el oro y la piel.

Herman me comenta que basta con unos pocos días para familiarizarse con las caras de la mesa blanca.

—Las gemelas, por ejemplo. Quieren saber por qué su madre apareció flotando sin vida en el Mosa a finales de 1945. Según el informe de la policía, fue un ajuste de cuentas. Se rumoreaba que la madre había colaborado con el enemigo. Tenía mucho trato con un grupo de oficiales alemanes, pero las hijas sostienen que esos contactos sólo servían para desviar la atención de su labor como miembro de la Resistencia. Llevan años buscando pruebas.

Espero a que siga hablando, pero Herman guarda silencio. Toma un sorbo de café y después un trago de zumo, una y otra vez, absorto en sus pensamientos, con los ojos clavados en el vestíbulo vacío. Cuando empiezo a pensar que se ha olvidado de mi presencia, se levanta sobresaltado.

—Vamos —dice—. Los muertos nos esperan.

Replico que sólo voy a regresar a la sala para devolver la caja.

Herman me mira con asombro.

—¿Ya has terminado?

—No es lo que busco.

Me sonrío con amabilidad, o quizá con compasión, abre la boca como queriendo decir algo y vuelve a cerrarla. Su insistencia comienza a irritarme. El cuerpo me pesa más que nunca, quiero ir a casa, meterme en la cama.

Atravesamos el vestíbulo, por delante de los dos mostradores ahora abandonados, pasamos junto al galgo afgano, de vuelta a la mesa. La espalda de Herman se encorva un poco más a cada

paso. Como si estuviera adoptando la postura de siempre, la del hombre inclinado día tras día sobre el expediente del padre.

La carpeta sigue tal y como yo la he dejado, al igual que los documentos, medio desparramados a un lado. Me apresuro a recogerlo todo. Trato de recordar a qué hora sale el próximo tren a Ámsterdam. No veo el momento de llegar a casa y meterme en la cama con las sábanas tapándome la cabeza. Pero cuando voy a guardar la carpeta en la caja me doy cuenta de que en el fondo hay algo más. ¿Cómo es posible que hasta ahora no me haya fijado en esta segunda carpeta? Noto que me pongo colorada, siento vergüenza por mi impaciencia, aunque en realidad no sabría decir ante quién. Puede que ante Herman, o ante el galgo afgano, o ante el vigilante al que iba a reñir hace tan sólo un rato, ante todas estas personas tan profesionales y aplicadas que están sentadas en torno a esta mesa. Abro la carpeta con cuidado. Contiene tres hojas sueltas. La primera lleva fecha, en el margen superior derecho: 10 de diciembre de 1946. Y debajo: «Informe, redactado y firmado por R. R. Rochat, médico anatomopatólogo, y P. M. Bakker, médico jefe del Laboratorio de Anatomía Patológica del hospital público de Zuidwal».

Resulta ser el informe de la autopsia que se practicó sobre los cuerpos de las tres víctimas del atentado. Tres listas.

François Boer (52 años)

- 1. contusión de la mano izquierda*
- 2. numerosas lesiones en la parte frontal del cuerpo*
- 3. perforación múltiple del pericardio y del miocardio*
- 4. acumulación de un litro de sangre en el lado izquierdo del tórax*
- 5. lesión múltiple del pulmón izquierdo*
- 6. rotura de cartílago en cuatro costillas del lado izquierdo*
- 7. perforación múltiple del intestino delgado, el mesenterio y el peritoneo*
- 8. lesiones hepáticas*
- 9. desgarro parcial de ambos testículos*
- 10. lesión de la vena y la arteria femorales izquierdas*
- 11. doble perforación de la pared de la faringe*

Las lesiones son consecuencia del impacto violento de unas esquirlas de metal que salieron disparadas con mucha fuerza. Fueron causa de muerte inmediata.

Greetje Boer-Van Dijk (50 años)

- 1. numerosas lesiones en la parte frontal del cuerpo*
- 2. triple perforación del peritoneo*
- 3. doble rotura gástrica*
- 4. rotura hepática*

5. perforación del intestino delgado
6. perforación del mesenterio
7. acumulación de sangre y contenido estomacal e intestinal en el abdomen

Las lesiones son consecuencia del impacto violento de unas esquirlas de metal que salieron disparadas con mucha fuerza, tres de las cuales perforaron el peritoneo.

Jacoba Visser (17 años)

1. perforación del intestino delgado
2. peritonitis generalizada
3. diversas lesiones en la parte frontal del cuerpo, destrucción del ojo izquierdo y quemaduras en el rostro y los brazos

Las lesiones son debidas al impacto violento de unas esquirlas de metal que salieron disparadas con mucha fuerza. Una de ellas atravesó el peritoneo y perforó el intestino delgado, dando lugar a una peritonitis que fue causa de muerte.

La segunda hoja explica que los cuerpos fueron identificados por el hijo mayor de François, que no se encontraba en la casa del canal del Príncipe en el momento de la explosión. Su esposa, Maria Johanna, en cambio, sí estaba presente. El documento recoge su declaración en letras mal mecanografiadas.

La Haya, 5 de diciembre de 1946

Nos encontrábamos todos en el salón. Greetje, mi suegra, estaba cantándole a mi hijo y yo la acompañaba al piano, mi suegro estaba encendiendo la estufa, y Jacoba justo había terminado de poner la mesa.

Oímos el ruido de una moto que se acercaba por la calle hasta entonces sumida en silencio. Oímos que se detenía delante de la casa y que preguntaba algo a un transeúnte. Al tiempo que sonó el timbre, alguien gritó desde abajo: «¡Un regalo de San Nicolás!». Greetje bajó la escalera con mi hijo en brazos. Subió con un paquete y dijo: «Han dejado esto». No sospechábamos nada, era el 5 de diciembre, noche de sorpresas. Greetje entregó el regalo a François. Nos agolpamos todos a su alrededor, llenos de curiosidad. François arrancó el envoltorio y retiró la tapa. No recuerdo nada más.

Debajo de la declaración figura el resto del relato, aquello que Maria Johanna no lograba o no quería recordar.

La nuera salió corriendo a la parte trasera de la casa con su bebé en brazos y saltó por la ventana. Fueron a caer levemente heridos en el jardín de los vecinos de abajo.

El señor Boer murió en el acto. Tras la explosión, su esposa llegó cubierta de sangre a la puerta del dormitorio, donde falleció tras desplomarse en el suelo.

Jacoba Visser, la criada, recibió el impacto de varias esquirlas de granada en la parte frontal del cuerpo. Consiguió arrastrarse hasta la escalera, donde fue hallada con vida. Tres días después murió como consecuencia de sus heridas.

Copio las tres hojas. Siento repugnancia. Estoy mareada, vuelvo a notar en la lengua el sabor amargo que recuerdo de las primeras semanas de embarazo. La boca se me llena de saliva, tengo ganas de vomitar. Intento concentrarme en un solo punto, respiro hondo, funciona, el mareo remite. No así el sabor.

Trato de enviar señales a Herman para darle a entender que me marchó, pero a juzgar por esa cabeza que no para de moverse está totalmente enfrascado en su historia. Introduzco las hojas en las carpetas, asegurándome de colocarlas en el orden correcto, y guardo las carpetas en la caja. No consigo quitarme de encima el absurdo pensamiento de que no debo dejar huellas, como si eso me permitiera cambiar las cosas. Salgo de la sala con prisa, sin hacer ruido, rumbo al exterior, al aire fresco.

En el tren, el listado de heridas retumba en mi cabeza. Rotura hepática, doble rotura gástrica, contusión de la mano izquierda. Me vienen a la mente las palabras de Herman, intento imaginarme qué sucedió aquella noche. No como me lo suelo imaginar —en blanco y negro y con una trama bien definida—, sino con esquirlas reales que atraviesan cuerpos de carne y hueso, sangre cálida y pegajosa, el humo asfixiante, los gritos, los estertores, los aullidos de unas personas agonizantes, la entrecortada respiración de Jacoba en lo alto de la escalera, el histérico llanto del bebé de Maria durante la caída libre en brazos de su madre. Por más saliva que trago, el sabor amargo sigue ahí. Antes de encontrar la lista, nada me impedía creer que las otras dos víctimas también habían traicionado a los suyos —donde las dan las toman— o que esas muertes fueron daños colaterales, como sugirió D. Pero ahora tienen nombre, edad, un cuerpo malherido. Sencillamente se encontraron en el lugar equivocado en el momento erróneo. Ignoro dónde ubicar eso en el mapa. Quizá nada es como yo pensaba, quizá el reconfortante relato con el que yo me crie no es más que un acopio de hechos distorsionados. Ni siquiera sé si François de verdad colaboró con el enemigo.

La lista de las heridas tiene el efecto de una tormenta de nieve. Los puntos de referencia que he ido afianzando en las últimas semanas quedan sepultados bajo un manto de frío blanco. Vuelta a empezar. Desde cero. Una superficie blanca y fría.

Tal vez deba poner fin a esto aquí y ahora. Enviar el anillo a Nelly, decidirme a sacar adelante el trabajo atrasado, buscar un nombre bonito en las decenas de miles de páginas web sobre bebés

—Sem, Sam, Siem— y, una vez hecho todo eso, disfrutar sin agobios de mi permiso de maternidad.

El primo ponebombas no era un héroe, sino un asesino, y a nadie se le ocurre ponerle a su hijo el nombre de alguien así. Fin de la historia. Pero ¿y qué pasa con el hígado, el estómago y las quemaduras? ¿Con los nombres que se han ido cayendo del mito entre susurros? Primero los asesinaron y luego los condenaron al silencio. Busco mi móvil, siento necesidad de llamar a alguien, a todas las personas que en las últimas semanas han reafirmado la burbuja del primo ponebombas. Quiero leerles los informes médicos, asegurarme de que el ojo destrozado de Jacoba pase a ocupar el lugar que le corresponde en la tradición oral de la familia. Para que haya un mínimo de justicia.

Miro por la ventana. Hoofddorp. Las oficinas son tan grises que incluso en pleno verano parecen celdas de prisión. Me pregunto si Frans pensaba en los muertos mientras estuvo encarcelado, si por la noche el fantasma de Jacoba se asomaba a las rejas de la ventana de su celda.

Jacoba. Su muerte es la que más me incomoda.

Porque su agonía se prolongó durante varios días.

Porque era muy joven. Diecisiete años. Una niña.

Porque podría seguir viva hoy. Qué idea más absurda. Tendría ahora ochenta y siete años. Una mujer con toda una vida a sus espaldas. Pero no. Aquella semana húmeda y fría de diciembre, Jacoba se disolvió en la Historia. Y yo me he pasado veinticinco años alardeando del hombre que causó su muerte. Noto cómo la sangre me sube a la cabeza, se me acelera el corazón, dentro de mi pecho hay un puño lleno de rabia. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Por más que quisiera no puedo poner punto final a esto aquí y ahora. O averiguo yo lo que sucedió realmente aquella noche o no lo hará nadie. Y en ese caso el mito seguirá intacto y Jacoba continuará siendo invisible. No debo hacer lo que se ha hecho durante setenta años. Omitir aquello que no me gusta. He prometido a mi hijo que éste será su primer relato. ¿Qué voy a decirle el día que me pregunte por la sortija? ¿Por los documentos? ¿Por el nombre que pensaba ponerle? ¿Que he roto mi primera promesa aun antes de que él naciera porque la verdad no era de mi agrado? Me parece un mal comienzo; medio relato, una caja con multas de tráfico y un listado de heridas. Imposible.

¿Y si Frans ignoraba que aquella noche había más gente en la casa del canal del Príncipe aparte de François? ¿O si François de veras entregó doce patriotas a los nazis? Que no haya pruebas no quiere decir que sea falso. En cualquier caso, ¿cambiaría eso algo? Dentro de mi mundo pequeño y protegido, un asesinato es un asesinato. Pero aquello no sucedió en ese universo apacible, sino durante los últimos coletazos de una guerra destructora.

Soy consciente de que, además de motivos tan nobles como hacer justicia a las víctimas o cumplir con la promesa que he hecho a mi hijo, hay otra razón que me impide interrumpir mi búsqueda. Y, a decir verdad, es la más apremiante. Dejarlo ahora significaría perder para siempre

al primo ponebombas. Una vez pulverizado el mito, no queda nada que lo transporte a través del tiempo. Para que un nombre siga resonando ha de formar parte de una historia. Las palabras sueltas no sobreviven a los años. Hace falta un contexto. Un argumento. Una canción con comienzo, nudo y final. Es la única coraza contra el olvido.

Hoofddorp desaparece a lo lejos, cruzamos la A-4, la carretera por la que, en 1946, el primo ponebombas se desplazó a toda velocidad a Bruselas para ir a buscar a su amada Nelly. El puño lleno de rabia se relaja dentro de mi pecho, el sabor amargo va remitiendo poco a poco.

Si no quiero perder a mi héroe necesito una historia nueva. La historia verdadera.

Así es como dos días más tarde vuelvo, un poco de mala gana, a La Haya, al apartamento de A.

Faltan 17 semanas

En el camino desde la estación de autobuses hasta donde vive A, descubro de pronto que las calles del barrio llevan nombres de héroes de la Resistencia caídos en la guerra. En una de las plazas se erige un monumento a quienes «dieron su vida por la patria». Al lado hay una placa que dice: MONUMENTO ADOPTADO POR LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA PRIMARIA DE ARK. La fotografía que acompaña al texto representa a un grupo de niños con los brazos llenos de flores, de pie ante la escultura.

Me acuerdo de la pregunta que Frans hizo a Nelly: «¿Cuánto dura una guerra?». La respuesta que ella le dio —«hasta que llega la paz»—, efectivamente, no vale.

Hoy me cuesta andar, me he pasado la noche ejecutando electrocuciones. Hace dos días, D colgó una mosquitera encima de la cama, pero los mosquitos nos tomaron el pelo y se las apañaron para colarse dentro. Lo que pretendía ser un nido seguro resultó ser una trampa. La mosquitera desapareció y volvieron las raquetas. Así que en casa flota de nuevo un olor a insecto chamuscado.

A tarda en contestar al timbre. Esta vez me propongo ir al grano. No estoy dispuesta a perder más tiempo con trivialidades. Quiero que A me diga si Frans pertenecía a esa clase de hombres que sacrificarían vidas inocentes por un ideal, si habría ordenado entregar la bomba de haber sabido que aquella noche se reunían en el canal del Príncipe personas que no tenían nada que ver con el mal que él deseaba vengar. Ella lo conocía de toda la vida, le anudaba la corbata, le lavaba el pelo y lo llamaba cada semana por teléfono. Seguro que sabrá juzgar de qué era capaz o no.

Cuando por fin abre la puerta, A me recibe con recelo.

—¡Mira quién viene! Agatha Christie en persona.

Corresponde a mi sonrisa con una mirada asesina. Le molesta que esté hurgando en la prensa y los archivos. No me cabe la menor duda.

Su cuerpo rígido y recto luce un traje gris claro. Toma asiento en su sillón, muy erguida, como una antena de radio, con el reluciente moño haciendo de plateado botón de contacto con el mundo. Me sirve un poco de té, lo justo, y me pregunta por mi ojo.

«Mosquitos», contesto mientras pongo la mano sobre el bulto. Mi piel resulta cálida al tacto, mi sangre late bajo la hinchazón. Una reacción alérgica a la picadura, o quizá simplemente cansancio; ni dando raquetazos durante horas el desquiciante zumbido enmudece y me deja dormir. Esta noche habría jurado que uno de los mosquitos desovó en mi oído convirtiéndome en su criadero. El zumbido parecía salir de dentro, desde detrás del tímpano. Me senté ante el

portátil, muerta de sueño, y lancé una búsqueda en internet. El único insecto que elige el oído humano para cobijar a su descendencia es un moscardón del trópico, una especie rara.

—Antes de que empieces a contarme cosas sobre Frans quiero decirte que nada de eso cambiará la imagen que tengo de él —advierte A—. Nunca. Yo lo conocía, sé quién es.

Su voz me parece menos firme que la otra vez, sus palabras suenan finas y agudas.

—Por eso estoy aquí —asiento—. Tú lo conocías. Si Frans hubiera sabido que en esa casa había personas inocentes, si hubiera sabido que no existían pruebas de que François Boer fuera un traidor, ¿habría seguido adelante con la entrega de la bomba?

Ahora A sólo tiene que sacudir la cabeza. Un simple «no» basta para salvar a nuestro héroe. Sería un héroe imprudente y descuidado, pero seguiría siendo un hombre que lucha por un ideal. A continúa con los ojos fijos en la parte ardiente de mi cara.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que todo aquello en lo que siempre has creído se te escurre entre los dedos? —pregunta—. ¿Que la vida te gasta una broma y tienes que intervenir para que no se haga pedazos? Eso ocurrió en 1946. Las imágenes de las banderas y las celebraciones posteriores a la liberación no fueron sino una cara de la moneda. La otra fue el caos, el caos total y absoluto. Parecía que todo el mundo había perdido la guerra, también (o sobre todo) los buenos, los *good guys*.

De nuevo ese exagerado acento británico.

Tomo un sorbo de té, trato de ganar tiempo para ir fraguando una respuesta. Me temo que ya sé cuál va a ser la pregunta. La pregunta con la que la Segunda Guerra Mundial nos cargó para siempre, la que se hace en cada acto conmemorativo de los caídos por la patria, en cada aniversario de la liberación, en cada clase de Historia, como si la respuesta pudiera protegernos de otra catástrofe:

—¿Qué harías tú?

Alzo los hombros. A me mira fijamente y reformula la pregunta.

—Si todo aquello en lo que crees se te escurriera entre las manos, ¿qué harías?

¿Entregaría yo una bomba en una casa con niños? ¿Sacrificaría una vida ajena por una convicción?

No.

Bueno...

Depende de cómo definas la vida. Y el sacrificio. El embarazo que interrumpí en la semana ocho me supo a sacrificio, aunque no por una convicción determinada, o quizá sí: la convicción de que mi vida no era la de alguien que con veintiún años se queda embarazada de un camarero de Róterdam, la convicción de que de pronto mi relato estaba dando un giro que me conduciría a un destino completamente equivocado. Así que di media vuelta. Fue entonces cuando sentí por primera vez que, si la vida no obedecía a la imagen que tenía de mí misma, yo la corregía, sin alterar mi imagen. Por primera vez comprendí lo destructivo que puede llegar a ser tener que cumplir con unas expectativas.

Aunque la interrupción de un embarazo no es comparable con un atentado, es lo único que se me ocurre así a bote pronto. Pero no me parece la respuesta correcta para este apartamento tan pulcro y decente.

Me suena la tripa. No sé si es hambre o el bebé, o tal vez sea el bebé que tiene hambre. ¿Coincide su hambre con la mía? Por un instante me viene a la cabeza el agujero en el intestino de Jacoba, su ojo destrozado. A se percata de que estoy incómoda y cambia de tono.

—Tarta de manzana —anuncia con una voz mucho más amable.

Entra en la cocina. Debo insistir. No puedo seguir conformándome con medias respuestas y anécdotas inútiles.

—¿Qué crees que llevó a Frans a cometer el atentado? —pregunto a A en cuanto vuelve al salón.

Camina despacio hasta la mesilla, demasiado despacio para como es ella, deja los platos encima del tablero con extraordinaria lentitud y se dirige con toda tranquilidad a su sillón. Se deja caer hacia atrás y suspira hondo.

—¿Dónde empieza todo? Frans siempre quiso ser un héroe, creo. Estuvo muy solo desde la infancia. Nunca llegó a asimilar la muerte de su madre. De alguna manera siempre fue un niño pequeño y perdido. Buscaba ser mirado y admirado, aunque él mismo no lo habría reconocido jamás.

Mientras yo me tomo la empalagosa tarta de manzana, A continúa hablándome de la soledad de Frans, de su afán por encontrar el amor y el cariño que le faltaron de pequeño. Destaca su fuerte espíritu de la justicia, su dinamismo, su sentido del humor. Noto cómo me va engullendo la reconfortante cantinela de siempre. El mito plano, la rima, donde las dan las toman. La convicción de que Frans actuó de buena fe, de que no sabía que aquella noche hubiera niños en la casa del canal del Príncipe y de que quizá François no fuese el canalla que él creía que era.

—Frans es un héroe chapado a la antigua —prosigue A—. No hablaba de lo que había que hacer, él lo hacía y punto. Hoy por hoy no nos cansamos de hablar y lo sopesamos todo tanto que finalmente nos entra la duda. Frans no dudó jamás.

—¿Tampoco cuando se enteró de que en el atentado murieron otras personas?

—No creo. Él tenía claro que estaba en el lado bueno. No cualquiera recibe un certificado de Montgomery.

A pronuncia esta última frase con tal aplomo que no me atrevo a seguir preguntando.

Antes de entrar en la cocina para hacer más té, posa cinco uñas pintadas de rojo sobre mi hombro.

—A lo mejor no sólo le faltó una madre, sino también un hijo.

—Ya lo sé. Por eso me regalaron esta sortija.

—No, no estoy hablando en general, me refiero a un hijo concreto. Se rumoreaba que Frans había tenido un bebé con su primera esposa. Al parecer, no hubo vestido capaz de ocultar la barriga. Eso decían los cotilleos.

Me acuerdo de lo que me contó Nelly: Frans cogió las paperas y se quedó estéril. Es posible que eso ocurriera después de su primer matrimonio.

—Si tenía un hijo, ¿por qué envió el anillo a mi abuela? ¿Y por qué nadie me ha dicho nunca nada al respecto?

—Por entonces se rumoreaba que el hijo murió inmediatamente después del parto.

La respuesta me asusta, la combinación entre hijo y muerte.

Antes de que me dé tiempo a abrir la boca, A sacude la cabeza.

—No sé nada —dice—. Sólo transmito rumores.

—La madre muerta. El hijo muerto. La guerra —enumero—. Son unas cuantas circunstancias atenuantes.

A alza los largos brazos.

—¿Qué es la vida sino una sucesión de circunstancias atenuantes?

Faltan 16 semanas

Frans enciende el último cigarrillo, inhala profundamente y se pregunta por qué lo ha sacado del paquete. La densa cortina de humo que flota por el pasillo del hospital da vértigo. Inhalar y exhalar, soplar y guardar silencio. ¿Qué otra cosa pueden hacer los hombres en aquel lugar?

La decoración navideña presenta un aspecto deplorable; angelotes medio rotos y estrellas desconchadas. De las salas de enfrente surgen aullidos de mujeres y de bebés. De vez en cuando se invita a uno de los hombres a entrar en una estancia llena de ruido. Los que se quedan atrás miran al elegido con una mezcla de envidia y compasión.

Cuando termina de fumar el último cigarrillo, Frans sale a dar un paseo por el canal de los Caballeros. El agua se ve negra, tanto como el cielo; la ciudad tiene un aire fantasmal.

¿Cuánto dura un parto?

Quizá al llegar al próximo puente ya sea padre, quizá al siguiente paso haya cambiado de generación dando un salto en el tiempo. Siempre ha creído que la transformación de hijo en padre lleva aparejado algo grande. Una ceremonia, un diluvio, o al menos un rayo, pero uno espera y espera y todo se va transformando salvo uno mismo.

Al alcanzar el puente está seguro: el bebé, su bebé, ha nacido. Se da media vuelta.

¿Desea algo en particular? ¿Un hijo, una hija? Desea sentir calor. Desea sujetar algo que no tenga que soltar nunca más.

Se apresura al hospital, sube la escalera corriendo, atraviesa el pasillo. De la habitación de Carolina sale un suave gemido, en la puerta hay una enfermera que a la tenue luz parece un ángel blanco y gordo. Lo llama con un gesto de la mano, toda seria. Él se gira hacia el pasillo, en busca de las miradas de sus compañeros de fortuna, pero los hombres apartan los ojos.

Se le corta la respiración, algo va mal, titubea, pero el ángel gordo lo llama a gritos:

—¡Señor, su esposa lo necesita!

Entra en la habitación delante de él. Carolina está tumbada en la cama, blanca como el papel, los ojos cerrados. Su esposa. «Mi esposa.» Le parece un apelativo demasiado íntimo para una persona a la que conoce desde hace tan poco tiempo. Si no se hubiera quedado embarazada aquella noche, jamás se habría casado con ella. Llevan dos meses de matrimonio y cada mañana se despierta estupefacto al lado de aquel cuerpo grande y extraño. Trata de interceptar la mirada de Carolina, pero sus ojos permanecen cerrados. Entre ellos dos no hay nada, excepto el bebé en la cuna de madera blanca junto a la cama. Oye los gemidos, un ruido suave y quejumbroso. No suena bien, esperaba un llanto sonoro y vitalista. La enfermera lo empuja hacia el niño.

No quiere. Le flaquean las piernas, apenas consigue caminar, pero el ángel gordo se muestra muy resolutivo.

—Su hijo —dice.

Ensayas las palabras en silencio. «Mi hijo.» Aquello se le antoja más manejable y más sencillo que «mi esposa».

El hijo resulta ser un bebé arrugado de color púrpura, medio escondido bajo una manta de lana. La cabeza redonda como una luna llena parece demasiado grande para el cuello delgadito que la sostiene. Sobre la sábana hay un bracito, tan fino que no se atreve ni a tocarlo. Se fija en los dedos morados, garras diminutas que se aferran a la tela.

—Mi hijo.

Se lo había imaginado regordete y sonrosado. Una nube robusta con una voz sonora, no ese pajarito enfermizo.

El ángel se halla al otro lado de la cuna.

Cuando él lo mira, le dice que no con la cabeza. Carolina sigue sin abrir los ojos. Con mucho cuidado desliza el meñique dentro del puño pequeño y frágil, siente los deditos resbaladizos y fríos sobre su piel.

En el hijo todo son defectos. Está demasiado delgado, demasiado morado, demasiado callado, y Frans no puede darle lo que necesita. Kilos, color, sonido. Está ahí sin hacer nada, con el meñique en la cuna y la cabeza sumida en tinieblas.

«Un nombre —piensa—, lo único que puedo darle es un nombre.»

El nombre que le estaba aguardando desde antes de su nacimiento, su nombre, el nombre del padre, el nombre del padre del padre. Lo pronuncia en voz alta rompiendo el silencio que reina en la habitación, en cierto modo con la esperanza de que acto seguido el cielo se abra y la suerte cambie. Pero nada se mueve en aquella penumbra espantosa.

¿Cuánto tiempo permanece Frans inclinado sobre la cuna con esas manitas en su mano? Años, siglos, medio segundo. Nota que la piel se enfría poco a poco, el bracito se pone morado, la carita se vuelve pálida, una vasta marea negra arrastra a su hijo hacia la muerte. Los deditos se relajan, el pecho del pajarito ya no sube. Mira los ojos cerrados de su hijo, dos almendras suaves y blancas sumidas en una expresión de infinita tristeza.

—Está muerto —dice la enfermera, pero Frans no la entiende.

Un grueso cristal de hielo separa su cabeza del mundo.

No, esto no conduce a nada. Escribiendo trato de abrirme camino en el cerebro de un niño que ha perdido a su madre, de un adolescente rencoroso que crece sin amor, de un hombre que pierde a su hijo. Escribo un mundo en torno a Frans donde él ejerce durante toda su vida el papel de víctima, de su padre, del entorno, de la política mundial, pero el ojo destrozado de Jacoba me devuelve una y otra vez a los hechos. 5 de diciembre de 1946. Una explosión, tres muertos. Es algo real. No debo idear nada alrededor.

Aun así, lo hago. Ideo. O mejor dicho: idealizo. Por ejemplo, A no vive en el barrio cuyas calles llevan nombres de héroes de la Resistencia, vive justo al lado. Y mi amiga no alquila un taller en el cuartel donde estuvo destinado Frans. Alquila un taller y el cuartel de Frans se ha convertido en un semillero artístico, de modo que podría haber sido, pero no es. Entrelazo los datos, invento, como cuando de niña me tocaba dar una charla ante la clase. No lo hacía por los aplausos ni tampoco por la calificación, lo hacía porque, de lo contrario, el relato no cuadraba. Hacen falta vías de comunicación entre las zonas aisladas que van apareciendo en el mapa. Pero llevo ya varios días atrapada en una maraña de circunstancias atenuantes, en la ficción de un nuevo mito: el primo ponebombas y el hijo pródigo.

Ignoro si Frans Hijo llegó a existir. Y, si existió, no sé de qué murió ni tampoco sé si Frans Padre asistió a su nacimiento. Ni siquiera sé cómo son los bebés moribundos. En mi cabeza veo al niño muerto que Willem Frederik Hermans describe en su novela *El cuarto oscuro de Damocles*. Con los ojos cerrados, sumido en una expresión de infinita tristeza, mientras el padre lo mira sin verlo, como si tuviera delante un cristal de hielo.

Faltan 15 semanas

Busco el rastro de un niño en la caja que me dio mi tía S. El acta matrimonial revela la fecha en que Frans y Carolina se casaron: 16 de octubre de 1936. Él tenía veintisiete y ella un año más. Si A está en lo cierto, si el matrimonio se celebró poco antes del parto, la boda debió de ser un acontecimiento breve y discreto, sobre todo teniendo en cuenta los usos de la época. Los trámites en el ayuntamiento, un aperitivo con los amigos y el traslado de la embarazadísima Carolina a la flamante casa de Nieuwer-Amstel, ahora Amstelveen, al lado de Ámsterdam, cuya dirección figura en el acta de divorcio y también en unas cuantas cartas guardadas en la caja plana que tengo delante.

Unos días después, aprovechando que tengo una cita en el sur de la capital, me acerco en bici.

La casa sigue en su sitio. Un armatoste macizo y rojo en un barrio de lo más distinguido. Espacio, luz y jardines con niños bien educados. El entorno perfecto para formar una familia. Junto a la puerta que da a la calle se abre un ventanal. Veo a una mujer sentada a una mesa y a un crío inclinado sobre un bloc de dibujo. En medio hay una tetera grande, encima de un calentador con vela. Es una de esas casas que luego se recuerdan con nostalgia, donde en la memoria nunca falta el té caliente sobre una velita en la mesa. El pequeño señala algo que acaba de dibujar, la mujer sonrío y le da un beso.

Considero la posibilidad de llamar al timbre, pero ¿qué voy a encontrar aquí? Carolina y Frans vivieron muy poco tiempo en esta casa. A juzgar por el acta de divorcio, Frans se mudó al centro de Ámsterdam en cuanto su matrimonio naufragó. ¿Y si hubieran llegado a criar un hijo en esta casa? ¿Qué habría sido de la vida de Frans? ¿Se habría convertido en el primo ponebombas que fue?

De vuelta en casa, llamo por teléfono a las funerarias de los alrededores, pero ninguna de ellas tiene constancia de una tumba infantil de 1936.

Mi padre, ya jubilado, era pediatra. Le pregunto qué suerte corrían los bebés fallecidos antes o justo después del parto a comienzos del siglo pasado.

Según me comenta, hasta los años ochenta se consideraba que los padres no tenían ningún vínculo emocional con un bebé muerto al nacer o poco después.

—Casi siempre se los llevaban de inmediato, para que todo el mundo olvidara cuanto antes lo ocurrido. La mayoría de los bebés fueron incinerados.

—¿Y las cenizas?

—Solían acabar cerca del hospital.

Recuerdo la mañana en la clínica de abortos, sentada con las piernas abiertas de par en par en

aquel sillón grande y frío, los ojos clavados en el mapamundi que colgaba de la pared. Me había decantado por la anestesia local, deseaba estar presente, no quería cerrar los ojos ante mi fracaso.

La médica, una mujer finita de baja estatura, posó la mano en mi brazo y señaló el mapamundi.

—Va a doler un poco. Tú piensa en los países que quieres visitar.

En la mesa a mi lado había una bomba de aspiración con un tubo flexible.

«Somalia —pensé—. Uzbekistán. Chile.»

Mientras ella introducía el tubo, yo hice lo posible por no acordarme del ser que crecía dentro de mí sin sospechar nada. Cada segundo se hacía un poco más grande y esa misma semana empezaba a desarrollar un esqueleto.

—Cuento hasta tres —dijo la médica.

«Groenlandia. Rusia. Canadá.» Un gorgoteo, todo en mí se oponía, tratando de aferrarse a aquella pequeña vida no deseada. Un dolor punzante me atravesó el bajo vientre —«conque ahí está la matriz», pensé— y por primera vez oí a la «madre» dentro, una mujer en una mujer, preparada para llenarse de agua y de vida.

La médica extrajo el tubo de mi cuerpo, atrás quedaba un vacío molesto e irritante.

Le pregunté si podía verlo. Dudó un instante.

—No hay nada que ver.

Me empeñé en ver esa nada.

Con gesto inseguro me enseñó una cajita de cartón gris, llena hasta los bordes de sangre densa y oscura. Tenía grumos.

—¿Son extremidades?

Negó con la cabeza.

—No queda nada.

Me di cuenta de que la incomodaba, con mi mirada, con mis preguntas, pero no pude evitarlo. Algo en mí me obligaba a mirar y a no dejar de mirar aquella posibilidad destrozada por aspiración.

—¿Y ahora?

—Ahora lo arrojamos al fregadero —contestó en voz baja.

Se dirigió muy despacio a la pila de acero inoxidable que se hallaba en un rincón del consultorio, abrió el grifo y, con mucha delicadeza o incluso afecto (eso esperaba yo), dejó que la sangre y los grumos desaparecieran por el sumidero.

Una hora más tarde, cuando salí del hospital como pude, se me quedó mirando una elefanta en el zoo al otro lado de la calle. A unos pocos metros del tráfico estruendoso, el gigantesco animal me contemplaba con la cabeza apoyada en la verja de su residencia. Imaginé que los restos de la cajita, arrastrados por las aguas subterráneas, fueran a dar a la zanja que rodeaba su morada.

—De aquí a nada te estás bebiendo a mi bebé —le dije en susurros.

La elefanta movió la trompa por la verja, de un lado a otro, como si quisiera acariciarme a

distancia, como si comprendiera por qué estaba llorando.

No encuentro ninguna tumba con el nombre de Frans Hijo. Lo que sí encuentro es una esquela. Me aparece en el archivo del diario político religioso *De Tijd*. Media línea, nada más. «Frans Julius Johan van Heemstra», y detrás: «1d». Un día. Figura entre Trijntje, que falleció con ocho meses, y Nellie, que se fue con cinco. Frans Hijo nació y murió el 26 de noviembre de 1936. Para mi sorpresa, esa media línea me afecta más de la cuenta. Un nombre tan largo para una vida tan corta. ¿Qué se lleva del mundo alguien que vive un solo día? La violencia del nacimiento, algunas manchas vagas de luz y de sombra, quizá un poco de leche, el roce de una cálida manopla. Resulta difícil figurarse un universo más pequeño.

Me pregunto si mi abuela sabía de la existencia de Frans Hijo. El hecho de que existió confiere mayor peso a mi promesa. Frans no pretendía dejar su sortija a un tocayo cualquiera. Buscaba un sustituto para el niño que debería haber portado el anillo, pero que se le escurrió entre los dedos. Fue su último intento por hacer cuadrar de algún modo la desordenada historia de su vida: el nombre del niño al que legó su única joya.

Faltan 14 semanas

Esto de ir contando las semanas tiene un efecto extraño. Las semanas acaban convirtiéndose en eras, con reglas y rasgos propios. La veintiséis es la de los sueños vehementes y las noches breves. Vivo en un estado permanente de somnolencia. El repertorio de las molestias se alarga: un dolor de cabeza que no remite y la sensación de llevar un cinturón en el diafragma que me aprieta cada vez más. Me ahogo, sufro mareos.

El otoño está siendo cálido y lluvioso. Para huir de los mosquitos, D y yo nos hemos venido a Frisia, a una granja blanca rodeada de perales. Mientras D lee tumbado en la hierba, yo miro fijamente las ovejas en el prado colindante, sentada a la sombra del saúco. Pasar unos días «juntos de verdad», ése era el plan, pero desde que estamos aquí no hemos hecho más que circular en grandes órbitas el uno alrededor del otro. No creo que a D le importe. Es más, sospecho que para él ésta es la mejor de las «convivencias»: hablar poco, descansar mucho. Yo, en cambio, no me hallo. Tendría que haberme traído el portátil para seguir rastreando la base de datos del Archivo Nacional. Quiero leer el informe del proceso contra Frans. Quiero saber cómo lo defendieron, lo que dijo en presencia de familiares y cómplices.

Ahora se me va toda una semana en ovejas y prados mientras que podría haber estado en la fresca sala de lectura frente a Herman con una caja de cartón repleta de información nueva. Sé que peco de pueril, pero me resulta injusto que D se enfrasque en su libro, tan relajado, cuando a mí me falta el aire. De pronto me fastidia la naturalidad con que asume que yo haga esto, que sea mi cuerpo y no el suyo el que sufra las consecuencias de la compresión de los órganos, la acumulación de líquido y la creación de un vasto espacio donde va creciendo un cuerpo totalmente nuevo. Si el niño es tan suyo como mío, si va a llevar su apellido y si tenemos los mismos derechos, ¿por qué me toca a mí engordar y pasarlo mal?

¿Por qué no me pregunta cada cinco minutos cómo me encuentro?

Siempre he pensado que el embarazo une al hombre y a la mujer. Debe de ser por esa imagen archiconocida, esa fotografía que aparece en todas las páginas web sobre bebés, en las revistas femeninas, en los folletos de las consultas de ginecología, en la chimenea de las casas: el futuro padre que posa radiante, de pie detrás de su mujer embarazada, agarrándole la barriga con ambas manos. La imagen que se presenta como símbolo de unión. Hasta ahora no había captado el verdadero significado: el hombre se esconde y se aferra a ese gran balón de carne por no tener las manos vacías. Quitando los escasos momentos en los que participa de forma fugaz en la experiencia —una ecografía, los primeros movimientos visibles bajo la piel estirada—, carece de asidero. El embarazo conduce al distanciamiento, además a un ritmo vertiginoso. Ella se hincha,

adquiriendo dimensiones propias de un cachalote, y se vuelve sensible y llorona. Ya no es una sola, sino dos, y tiene que lidiar todos los días con la ciencia ficción de que en su interior se mueve un extraño, con los dolores de crecimiento y el insomnio, mientras que él simplemente continúa siendo él.

Me levanto de la tumbona con dificultad, doy un par de palmadas sonoras. Las ovejas se sobresaltan, y D también. Se acabó el pastar.

—Venga, vamos a hacer algo —digo.

D se incorpora despacio, posa su cálida mano sobre mi mejilla.

—¿Qué quieres hacer?

Me avergüenzo de lo que venía pensando, le acaricio la mano.

—Algo que podamos hacer los dos juntos. Ir a algún lado. En coche, a pie, me da igual: vamos a movernos. Propongo Franeker. Allí está el planetario de Eise Eisinga.

Una hora después nos encontramos frente la casa-museo de ladrillo rojo del famoso astrónomo. D se ríe de la vieja cigüeña de piedra que adorna la fachada.

—¡Mira eso! Aquí nació un niño hace trescientos años.

En el vestíbulo reina el silencio.

—Hoy es un día tranquilo —dice la mujer de la taquilla.

Nos indica el sentido de la visita: primero la parte de atrás y después el desván. Nos da un folleto con una breve descripción de la vida de Eisinga. Enseguida me llama la atención una frase sobre la muerte de su hijo Jelte: fue el sucesor con el que siempre había soñado. En uno de los paneles explicativos leo que Eisinga construyó una réplica de nuestro sistema planetario en el salón de su casa. Tardó siete años. Durante el día era cardador de lana y por la noche trabajaba en su universo. De pronto, nos encontramos justo debajo de un sol dorado.

Es abrumador. Los pequeños planetas, mitad dorados y mitad negros, según se trate del lado diurno o nocturno, describen órbitas en el techo a la velocidad real con la que se mueven alrededor del Sol. A Saturno (¡una bolita perfecta de madera!), el más lento, le lleva casi treinta años. Las paredes se hallan repletas de esferas y relojes: lunar, solar, semanal, diario, horario. Todo se mueve en círculos grandes y pequeños, sendas maneras de dividir el tiempo. Todo cuadra, todo encaja. Encima de nosotros, la inmensa oscuridad ha quedado reducida a una escala manejable. Unos planetas que caben en la palma de la mano, propulsados por un calmoso engranaje de roble, repleto de clavijas y dientes, que a su vez es activado por unas pesas conservadas en un armario caduco.

—Parece una máquina del tiempo —susurra D, sobrecogido.

En mi cabeza resuena una frase: «Escuchad: Billy Pilgrim se ha desligado del tiempo». Quizá fue eso lo que buscó Eisinga, adueñarse del tiempo, despegarse de él como Billy Pilgrim, el protagonista de *Matadero cinco*, de Kurt Vonnegut, que va y viene entre el pasado y el futuro.

Pregunto a D a qué momento le gustaría viajar.

—Al futuro próximo —contesta—. A la primera vez que me duerma con mi hijo. Seguro que no hay nada más bonito que pasar la noche entera junto a ese cuerpo diminuto, con la certeza de que luego vuelves a despertarte a su lado. ¿Y tú? ¿Qué momento elegirías?

—El 5 de diciembre de 1946. La noche del atentado.

—Cómo no —suspira D—. Tu epopeya, claro. ¿Más concretamente?

—El momento en el que el primo ponebombas anota los nombres de las víctimas.

«No, antes —pienso nada más dejar de hablar—: el momento en el que comienza a fraguarse en su cerebro el plan del atentado. O incluso antes, la muerte de su hijo. O la de su madre. El momento en el que alguien, una futura sobrina, debería haber estado junto a él para darle una palmada en el hombro y musitarle las palabras adecuadas.»

Con un golpe en la madera de la alcoba, D interrumpe mis pensamientos.

—¿Sabes qué es esto?

Niego con la cabeza.

—Un dormitorio ideal para un niño.

Por encima de nosotros suena un tictac suave y regular. Según leo en el folleto, es el reloj que lo mueve todo. Permanecemos unos minutos más bajo los planetas, contemplando el techo en silencio. Tengo un nudo en la garganta. Es posible: se puede conjurar el caos. Con dedicación, con amor, con tiempo. Quiero soltar mi cita preferida de Immanuel Kant para impresionar a D, pero la amnesia del embarazo ha agujereado mi memoria. Lo único que recuerdo es «el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí» y algo relacionado con «respeto» y «admiración».

Eise Eisinga perdió a su hijo, pero tenía sus estrellas.

El primo ponebombas perdió a su hijo, pero tenía su ley moral.

Sólo que, al final, esa ley no le otorgó respeto ni admiración. Si hubiera cometido el atentado un año antes, probablemente le habría hecho acreedor a una condecoración. Y no a una pena de cárcel. ¿Cuánto dura una guerra? ¿Gira alrededor de nosotros como la Tierra en torno al Sol? Trato de imaginarme a Frans ante el juez, su postura, su mirada. Convencido de haber hecho lo correcto, sin inmutarse por un muerto inocente más o menos, ya que una vida humana no significa nada a la luz de las estrellas y la ley moral de uno mismo.

Faltan 13 semanas

Qué alivio ver cómo las ovejas y el saúco se alejan en el retrovisor. No hay tiempo que perder. Ante la insistencia de D, llamo a la consulta de ginecología desde el coche. Mis molestias persistentes le preocupan. Salta el buzón de voz, intuyo que están con un parto. Dejo un mensaje diciendo que me ahogo y que sufro mareos y pregunto si puedo ir a revisión antes de lo previsto.

Nada más llegar a casa, subo, me siento a mi mesa de trabajo y abro el portátil. En la página web del Archivo Nacional enseguida encuentro lo que busco: una referencia al informe del proceso judicial. Envío un correo solicitando permiso para consultar el documento y obtengo una respuesta en menos de diez minutos: puedo pasarme, la caja me estará esperando.

En el camino a la estación me llama la ginecóloga:

—Acabo de escuchar tu mensaje. Algo no va bien —dice—. Quiero verte. Ahora mismo.

Suelto una palabrota y doy media vuelta.

En la calurosa sala de espera observo con horror mis piernas desnudas, las venas azules que serpentean desde las pantorrillas hasta las rodillas. No tengo ni idea de cuándo se ha forjado este paisaje fluvial. Sigo las gruesas curvas con la mano, tratando de meterlas dentro aun a sabiendas de que eso es absurdo. Entre los ríos se ha formado un archipiélago de picaduras de mosquito. Esperábamos que, tras ocho días sin sangre humana, los «primos» hubieran emigrado a otros lugares más propicios, pero esta mañana, a nuestra llegada de Frisia, nos estaban aguardando por todas las paredes de casa. D ha llamado a una empresa de desinsectación sin soltar la mochila. «Debe de haber algún nido —lo he oído decir—, y hay que erradicarlo como sea para eliminar a estas fieras.» He pensado: «Los mosquitos no tienen nidos, y aquí en casa la única fiera soy yo». He imaginado que los operarios vendrían a eliminarme a mí, con sus lanzas fumigadoras cargadas de veneno. El hombre que ha atendido la llamada ha prometido que vendrían lo antes posible.

En el consultorio, la ginecóloga me escucha con cara de preocupación mientras le voy enumerando mis molestias. Me coloca el manguito del tensiómetro, lo ajusta, pulsa el botón de inicio y observa con inquietud cómo el indicador sube a toda velocidad para luego caer hasta el resultado final: 150/98.

—Ya me lo temía. Tienes la tensión alta. Puede ser una toxemia del embarazo —dice—. Debes hacerte un análisis de sangre. Lo mejor será que te vayas directamente al hospital, los pondré sobre aviso, hay que actuar con rapidez.

Llamo a D, que no tarda ni cinco minutos en recogerme. Me lleva a todo gas al hospital, como si estuviera a punto de dar a luz.

Una vez en el vestíbulo sale corriendo en busca de una silla de ruedas.

—Ven, siéntate.

Protesto, puedo caminar perfectamente, pero D me obliga a sentarme y me conduce como un poseso al ascensor. En la Unidad de Obstetricia me meten en una pequeña habitación blanca y me tumban en una cama extraña, altísima, con barras, ruedas y asideros.

En la habitación irrumpe una enfermera, vuelve a tomarme la tensión y repite lo que ya dijo la ginecóloga:

—Tienes la tensión muy alta.

A mi lado se instala a todo correr un carrito con agujas y tubos, me pinchan, orino en un bote, contesto una serie de preguntas y después entra un hombre que se presenta como el doctor Dukhi, el ginecólogo de guardia. Todo en él desprende delicadeza, sus manos, su voz, la melena negra que baila en torno a su cara. Primero mira y luego habla, es una forma agradable de mirar, como si antes de transmitir los valores y los resultados quisiera conocerme desde una perspectiva humana, no médica. Gracias a su presencia, la habitación por fin recupera la calma. Vuelvo a respirar.

—Sufres hipertensión —dice en voz baja.

—¿Hiper qué? —pregunta D.

—Tensión, tensión —responde el doctor Dukhi—. Toxemia del embarazo, aunque es un nombre engañoso. Con toda probabilidad, la madre está produciendo anticuerpos contra la placenta, que contiene sustancias extrañas procedentes del padre.

—¿Es alérgica al bebé? —pregunta D con media sonrisa.

—A aquello que tiene del padre —contesta el doctor Dukhi con amabilidad—. De alguna manera, es alérgica a la mitad del bebé. —Posa la mano sobre el hombro de D—. La culpa no es tuya.

No consigo ver en su cara si está bromeando. El doctor se dirige de nuevo a mí.

—A partir de ahora seremos nosotros quienes nos ocupemos de ti. La idea es dejar al bebé dentro todo el tiempo que podamos. Tendrás que descansar y venir a revisión cada dos días.

Recorro la habitación con la mirada, las paredes desnudas, excepto unas pegatinas de unas grandes flores rosas deshechas por los bordes. Cada dos días. Las revisiones van a estropear mis planes.

—Te toca adaptarte —prosigue el doctor, al que posiblemente no le haya pasado desapercibido mi gesto compungido—. Pero es por una buena causa.

Asiento con la cabeza. Claro. Una buena causa. La causa que poco a poco toma las riendas de mi vida sin revelarme su identidad. La causa que no logro aprehender y para la cual no me puedo preparar si no es poniéndole un nombre acompañado de una historia. Por eso necesito ir hoy a La Haya.

Pero primero me conectan a un aparato grande.

—Vamos a medir la frecuencia cardiaca del feto y la actividad del útero, y también

registraremos los movimientos fetales —me explica la enfermera.

Asiento con una mueca, demasiado consternada por lo que acaba de comentarme el doctor Dukhi. Me atan dos cinturones al vientre. De pronto comienzan a sonar los desbocados latidos del corazón de nuestro hijo, el galope de un minúsculo caballo. D parece desconcertado. No quiero ser mala, pero me llena de satisfacción que ahora mi cuerpo pase a ser también su problema.

Durante media hora escuchamos el sordo susurro, cogidos de la mano.

Por la ventana veo las tarjetas de nacimiento que cuelgan en el pasillo: Kees, Mo, Fien, Ajouad, Marieke, Marijn.

D sigue mi mirada.

—Nosotros también deberíamos ir pensando en una tarjeta —dice.

Asiento con la cabeza.

En una ocasión leí que los miembros de una tribu nómada de Australia acostumbran a poner a sus bebés el nombre del lugar donde la madre descubrió que estaba embarazada. Un bosque. Un lago. Una roca. Del mismo modo que antiguamente los expósitos se llamaban igual que el sitio donde habían sido encontrados. Quizá sea más lógico ponerle a un niño el nombre de un lugar que el de una persona. El lugar lo invita a ocupar un espacio, en tanto que la persona ya ocupa ese espacio y, en realidad, sólo va a asfixiarlo con su historia y sus fracasos.

Podríamos ponerle al bebé el nombre del pequeño jardín municipal que hay delante de casa, donde al fin me atreví a sacar la prueba de embarazo del bolso, media hora después de haber orinado. De las flores primaverales del árbol debajo del cual estaba sentada cuando llamé a D para darle la noticia, o de la bandada de estorninos que pasó volando en medio de un estruendo descomunal en el preciso momento en que él atendió mi llamada.

D me lleva a casa, me instala en el sofá y se marcha al trabajo. En cuanto oigo el golpe de la puerta al cerrarse, me levanto con cuidado, cojo mi bolso y me acerco en bici a la estación. Trato de moverme con tranquilidad. Nada de estrés, nada de prisas. Sé perfectamente lo que me diría D si ahora me viera subir al tren con destino a La Haya. Sé lo que me diría todo el mundo, pero si me quedo en la cama o en el sofá me paso el tiempo cavilando y eso tampoco es bueno para la tensión arterial. Desde luego, si hay algo que me tranquiliza es el calor del tren que me conduce al expediente que necesito. El informe del proceso contra el primo ponebombas.

Nada más entrar por la puerta giratoria descubro a Herman en la cafetería. Esta vez ha cambiado el zumo de naranja por un yogur líquido. Lo observo mientras pasa la página del libro que está leyendo. Sus gestos tienen un aire ligero y soñador, como si no le pesaran los brazos, como si no fuese un hombre casi anciano de cabello encanecido y espalda encorvada.

De repente, levanta los ojos. Nada más verme, me saluda con una amplia sonrisa. Se la devuelvo y camino hasta él, muy despacio. Se me va un poco la cabeza, a cada paso que doy veo como estrellitas alrededor de mi campo de visión. Aún no he llegado a la mesa, pero Herman ya va camino de la barra. Dos minutos después aparece con un capuchino.

—Doble. Me alegro de verte.

Me siento a su lado y le doy un codazo.

—¿Todavía no te lo sabes de memoria?

Me mira con cara de no comprender nada.

Soy una estúpida. Qué falta de tacto sacar de buenas a primeras el asunto de su padre. Noto que me pongo colorada.

—El expediente —baluceo—. Sigues con él, ¿verdad?

Herman se ríe.

—¿Por quién me tomas? ¿Por un viejo idiota?

Tengo las mejillas encendidas.

—Pero entonces, si llevas un año aquí en el archivo, ¿qué es lo que estás leyendo?

—Sigo los hilos.

—¿Qué hilos?

—Es una telaraña. El expediente de mi padre me lleva al expediente de los hombres a los que traicionó y éstos conducen, a su vez, a otros expedientes. Poco a poco voy explorando las historias que se tejen alrededor de la historia de mi padre.

—¿Y cuántos relatos permanecen atrapados en tus hilos?

Herman se queda pensativo.

—Unos cuatrocientos cincuenta, calculo. Entre víctimas, verdugos y demás.

Herman toma un sorbo de café y otro de yogur. Mi cara de asombro lo hace reír.

—Cada expediente nuevo —titubea— me aleja un poco más del de mi padre, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que me voy acercando a él. Durante mucho tiempo pensé que tenía que comprender a mi padre, pero ahora estoy cada vez más convencido de que el ser humano es una telaraña y que la única manera de conocerlo de verdad pasa por comprender esa telaraña, empezando por su estructura.

—¿Y el rodeo que supone? Seguro que en esa telaraña hay muchas personas que no tienen nada en común con tu padre, que no te recuerdan en absoluto a él.

Herman asiente con la cabeza.

—Quizá busque precisamente eso: lo desconocido. A veces, mientras leo el expediente de un extraño que apenas guarda relación con la historia de mi padre, entiendo algo que nunca antes había entendido.

—¿Y te aclaras con la causa y el efecto?

—Estos relatos no admiten una narración cronológica, hay que realizar otros movimientos para ver el conjunto.

—Pero eso no hace justicia a lo ocurrido.

—En cualquier caso, los relatos no hacen justicia a los muertos, todo lo contrario, siempre son injustos.

Herman remueve su café. El camarero hojea una revista. En el exterior, los viajeros entran y

salen de la estación con paso acelerado. En el exterior, el presente se adentra en el futuro. Aquí en el interior sólo hay espacio y café, un camarero taciturno y dos personas en busca de completitud. El amplio vestíbulo constituye un punto de inflexión en el tiempo. La puerta giratoria no se mueve, los mostradores se hallan desiertos. Más adentro, en el frescor del archivo, se apilan cajas y cajas llenas de historia.

Herman me pregunta cómo se llamaba el hombre que murió en el atentado.

—François —respondo—. François Boer.

Repite el nombre, como para grabárselo en la mente. Me produce una sensación de inquietud. De pronto, Herman se levanta:

—Los muertos nos esperan.

Mientras camina delante de mí, rumbo a la sala de lectura, me doy cuenta de su extraña forma de andar. En sus pasos no se percibe ninguna regularidad, a veces son largos y otras veces cortos. Pierde el compás, pero ¿el compás de qué? El compás de aquello que cuadra y encaja.

Los muertos que me esperan hoy son los muertos que mataron a los muertos de mi visita anterior. Aquellos que, según la tradición, se encuentran en el lado bueno de la historia, aquellos que dejaron certificados, medallas y nombres que habrían de recordarse durante generaciones. Los héroes de la Resistencia, los primos ponebombas.

Hoy el galgo afgano luce una cadena de oro que le aprieta el cuello largo y delgado. Cuando retiro mi caja, me llaman la atención sus uñas largas y sucias. Este expediente no pertenece al archivo de la Sección de Justicia Especial. Podría sentarme donde me dé la gana, pero me dirijo automáticamente a la gran mesa blanca, como por un extraño sentimiento de culpabilidad, aunque no sabría decir hacia quién. Al igual que la otra vez, sólo queda una silla libre, la misma de entonces. Descubro algunas caras conocidas, además de Herman, enfrente de mí, y las gemelas.

Dentro de la caja hay una carpeta manoseada. En tiempos debió de ser roja, pero ha ido adquiriendo el color naranja desteñido de la macis seca. Arriba a la derecha figura una descripción del contenido en letra menuda: «Informe de la vista oral referida al atentado con bomba del 5 de diciembre de 1946».

El documento tiene cinco páginas, si es que se puede llamar así a estas hojas amarillentas llenas de manchas y lamparones. A una de ellas le falta un trozo, al parecer medio se quemó (¿el cigarrillo del investigador de turno de la Policía Judicial?, ¿un intento de destruir pruebas?). Las coloco encima de la mesa con mucho cuidado, una al lado de la otra, abro la carpeta «Hechos» en mi portátil y copio mientras leo.

El informe comienza con el alegato de Ponte, el abogado de Frans. Apela a la empatía del poder judicial: «Para comprender a mi cliente hay que comprender que es un hombre de su tiempo. No se le puede comprender sin comprender el tiempo que le tocó vivir; no se puede comprender ese tiempo sin comprender la guerra. Este caso es muy complejo, ya que rebasa la

cuestión de la culpabilidad de un único individuo. Este caso trata de nosotros, la sociedad de la posguerra al completo».

—Bobadas —espeta una voz contenida al otro lado de la mesa.

Alzo los ojos. Resulta ser una de las gemelas. La otra observa con rabia la hoja que tiene delante. El susurro entre hermanas se va transformando en un siseo («¡que sí!», «¡que no!») que termina por invadir toda la mesa. Los demás levantan la vista, carraspean, lanzan miradas torvas. Herman es el único que sigue absorto en su expediente, sin inmutarse. Una mitad de las gemelas, la que ha iniciado el rifirrafe, se levanta de su silla y abandona la sala a grandes zancadas. Se restaura la calma. Vuelvo a leer el texto que acabo de pasar al ordenador y me imagino al abogado Ponte perorando con el dedo índice levantado. Un hombre distinguido con una voz sonora. Me pregunto si el público se mostró receptivo a su llamamiento.

Yo sí. Intuyo que es debido a la repetición de la palabra «comprender». No se puede comprender a un hombre sin comprender su guerra.

¿Comprendo yo la guerra del primo ponebombas? ¿Qué es lo que sé de ella? Una mano sin pulgar, ésa es la imagen más antigua y más viva que asocio con la guerra. La mano de la señora Koopmans, la mujer que limpiaba en casa. «Me lo cortaron los nazis», contestó cuando por fin me atreví a preguntar por ello después de haberla estado observando a hurtadillas durante un año. Los nazis trataron de sonsacarle el escondrijo de su hermano, un miembro muy buscado de la Resistencia, pero la señora Koopmans no soltó prenda. Le pareció un buen trato: un pulgar a cambio de una vida. Me dejó que se lo tocara, el boquete en su vieja mano. Bajo la suave piel se escondía un muñón, tosco y duro al tacto, como el tronco de un árbol talado.

Ponte prosigue su alegato con una acusación contra el cabo De Boer: «Mi cliente, que desempeñó una labor importante en la clandestinidad, actuó en esta conspiración bajo la influencia de su subordinado Ate Tekele de Boer. Hay testigos que confirman que el capitán cambió cuando el cabo entró a formar parte de su regimiento. El hombre tenía fama de comportarse como un proyectil fuera de control y se decía de él que había protagonizado algunos “chanchullos” en el Invierno de la Hambruna de 1944».

Copio todas esas frases, abreviando algunas palabras, curiosa por saber cómo continúa la historia. ¿Y si A se refería a esto cuando me comentó que a Frans le «tendieron una trampa»? ¿Y si el cerebro de los atentados no fue el capitán Van Heemstra, sino el cabo De Boer? ¿Y si Frans fue arrastrado por la oscura conspiración de otro hombre? El relato parece tomar un nuevo rumbo. El primo ponebombas como víctima.

Sin embargo, al hilo de la acusación de Ponte, el abogado de De Boer sostiene justamente lo contrario. Según él, fue el capitán Van Heemstra quien ejerció una influencia negativa sobre el cabo. Califica a Frans de «tipo poco fiable» del que se rumoreaba que, como jefe de la unidad motorizada, traficó durante meses con piezas de automóviles procedentes de Francia. Al parecer, su equipo desvió ochenta vehículos y un gran número de neumáticos. Los hombres consideraban que tenían derecho a ese extra en recompensa por su participación en la Resistencia. Al decir del

abogado, el capitán Van Heemstra era un «ególatra fanático de los automóviles» que explotaba a conciencia a sus subalternos. «Mi cliente deseaba hacer lo que era debido, como había hecho siempre, y daba por supuesto que Van Heemstra le señalaba el camino correcto.»

Sostengo la hoja amarillenta justo debajo de la nariz y examino la desaliñada tipografía, como si la forma de las letras pudiera indicarme cuál de los dos discursos recogidos en el documento, pero incompatibles entre sí, es el correcto. El papel desprende un olor a musgo, o más bien a sótano, humedad y aire rancio. Frans la víctima o Frans el verdugo. No me atrae ninguna de las dos opciones.

En la página siguiente se indica que, a continuación de su alegato, el abogado de De Boer recita el poema «que su cliente escribió, sumido en la más honda desesperación, mientras estuvo en prisión preventiva». Siguen cuatro versos:

*Algo importante le pediré,
no me imponga ninguna condena.
De lo contrario me hundiré,
y acabaré muriéndome de pena.*

Leo el poema una y otra vez. Así que a eso llegó De Boer. No «donde las dan las toman», sino «condena» y «pena». La rima es tan barata que me irrita. Hace tiempo que he tomado partido en este proceso judicial. A mí me parece que De Boer pretende influir de mala manera en el juez. Con el doble sentido —ciertamente facilón— de la última palabra busca librarse del castigo.

No pierdo más tiempo, ansiosa por leer el arrepentimiento de Frans, a ser posible más elocuente que el del cabo. Pero no hay nada de eso. Lo que sigue son breves declaraciones de testigos, separadas por una línea en blanco. Reflejan las palabras de varios compañeros de armas que no parecen apreciar demasiado a Frans. «El capitán actuaba como si el mundo entero fuese el enemigo. Por tanto, todo estaba permitido», afirma uno de sus subordinados. Según este mismo testigo, Frans iba contando subrepticamente a los integrantes de la unidad motorizada que se estaba formando una organización ilegal encargada de castigar a los criminales políticos. Dejaba entrever que el alto mando del ejército respaldaba la iniciativa, pero no mencionaba ningún nombre. Aunque nadie conocía los detalles, todos estaban dispuestos a colaborar con la organización. «Lo que más nos fascinaba era su carácter secreto —declara un sargento—. El misterioso equipo de eliminación estaba en boca de todos.»

Después toma la palabra el abogado de Johan Peterse, el hombre que llevó la bomba a la casa del canal del Príncipe y arrojó otros dos artefactos al agua. Él también alega que fue Frans quien instigó a los demás. Copio su declaración de muy mala gana: «Mi cliente se mostró leal hasta el último momento, como espera el Reino de los Países Bajos de sus súbditos. Es un hombre de una pieza: una persona equilibrada y un militar intachable. En 1945 recibió la Cruz Conmemorativa de la Segunda Guerra Mundial por su valentía. La tragedia causada por la bomba es para él un accidente atribuible al destino. Mi cliente estaba convencido de que las cuatro víctimas

potenciales eran traidores a la patria que, gracias a una conspiración secreta, recibirían el castigo del que hasta entonces se habían librado».

Al terminar de copiar la segunda hoja, la aparto a un lado malhumorada. Esto no es lo que esperaba. Quiero leer un testimonio del propio Frans donde explique que el atentado no salió como él lo había planeado, que se llevó un disgusto al enterarse de la muerte de esas víctimas inocentes, que desde ese día estuvo buscando las palabras adecuadas para expresar su arrepentimiento a los familiares.

Paso a la hoja siguiente. Sin dejar de suspirar, me abro camino entre otras muchas declaraciones en las que Frans aparece como un hombre vengativo y autoritario. Justo cuando empiezo a sospechar que el secretario judicial ha omitido deliberadamente sus palabras o que en el informe falta una página, me topo con este fragmento: «El capitán Van Heemstra ha guardado silencio durante la vista. Siempre ha negado su implicación en el atentado, a pesar de las pruebas que se han ido aportando. Mientras permaneció bajo arresto le preguntaron cómo le había afectado la muerte de la chica que no tenía nada que ver con el asunto, y contestó: “Son cosas que pasan”».

Al leer estas últimas palabras se me contrae el estómago. Rastreo el resto de la página en busca de más citas de Frans. Una respuesta, una explicación, una réplica. Nada. Tengo que conformarme con: «Son cosas que pasan». Daños colaterales. Sólo espero que en la sala no hubiera familiares de las víctimas. Y si los había, sólo espero que Frans no los mirase a la cara mientras articuló esas palabras. Recorro con la mirada las caras congregadas en torno a la mesa blanca, me pregunto si los demás sienten el mismo horror al leer sus expedientes, no comprendo cómo es posible que todos se muestren tan serenos en medio de tal maraña de historias inquietantes.

Un par de piernas y brazos ejercen presión sobre la parte interior de mi vientre, el bebé se estira. Poso las manos sobre el bulto que puede ser la cabeza lo mismo que una nalga. Me temo que no me queda más remedio que aceptarlo. Frans no tenía escrúpulos. Era culpable. Se equivocó.

Cansada, atraigo la última hoja amarillenta hacia mí, unas pocas frases bastan para sumergirme en una perspectiva diferente de lo sucedido.

Dos horas y media antes de que se dicte el fallo, un tal comandante Baak pronuncia un «emotivo discurso» que se incluye como declaración testifical. «El comandante Baak —anota el secretario— describe con mucha empatía y un gran sentido del dramatismo, como demuestran su voz y sus gestos, las cualidades de estos varones y la tragedia de sus vidas.»

«Este caso —recalca el comandante— se halla en el límite de la ilegalidad y se encuentra a caballo entre dos épocas. ¿Dónde comienza la ilegalidad y dónde termina? ¿Termina con el momento de la liberación? ¿No habría que establecer una diferencia entre ilegalidad real y psíquica? Para estos hombres, la ilegalidad no acabó, y como ellos la encarnaron durante todos esos años, quizá podríamos afirmar que si para ellos no pasó, la ilegalidad seguía existiendo. Y si

seguía existiendo, ¿hasta qué punto se pueden castigar unos hechos que un año antes habrían merecido una condecoración? ¿Puede la guerra transformarse en paz de un día para otro? ¿Puede pasar un hombre de héroe a asesino en una sola noche?»

Justo debajo aparece el resultado del examen psiquiátrico que se le realizó a Frans mientras permaneció en prisión preventiva. Diagnóstico: psicosis clandestina. No se explica cuáles son los síntomas ni las características.

Queda una última declaración. Según un sargento del cuartel de Frans, el capitán Van Heemstra mantuvo contactos con un grupo de hombres de los Servicios de Inteligencia de los Países Bajos que también eran partidarios de enjuiciar a los criminales de guerra. Juntos se lamentaban de la imposibilidad de llevar a «esa gentuza» ante los tribunales cuando faltaban pruebas concluyentes de sus actos de traición. Barajaron el plan de fundar una brigada de vengadores y elucubraban con «operaciones militares a gran escala». Una auténtica guerra entre los antiguos combatientes de la Resistencia y los traidores. El sargento afirma saber de buena fuente que los Servicios de Inteligencia estaban detrás del atentado. «El capitán Van Heemstra nunca lo reconocerá —apunta—. Era una misión de alto secreto.»

La confirmación de que Frans tenía un motivo para guardar silencio despierta nuevas esperanzas. ¿Y si realmente fue un héroe? Máxima lealtad hasta el final. Así es como siempre me he imaginado al primo ponebombas: un carácter férreo, con un fuerte sentido de la justicia, que carga con la culpa antes que traicionar a sus compañeros de lucha.

Pero el juez no tiene en cuenta la posible implicación de los servicios secretos ni tampoco el alegato del comandante Baak.

A su juicio, Frans es «una amenaza para la seguridad del Estado y una persona no apta para servir en el ejército, de modo que será destituido de su cargo y no podrá volver a servir nunca más en las fuerzas armadas». Es condenado a trece años de cárcel, de los cuales se descontará la prisión preventiva. A Ate de Boer le caen once años y medio y a Johan Peterse, siete.

Para el juez, la guerra había acabado y, por tanto, también la ilegalidad.

Recojo las hojas amarillentas. Aunque las he copiado, algo en mí se resiste a guardarlas en la caja, a dejarlas de nuevo en aquel archivo grande y frío.

¿Se darán cuenta si las meto en mi bolso? Las sostengo en la mano, veo que el vigilante no me quita la vista de encima.

Por un instante considero la posibilidad de ignorarlo, de guardar los papeles en mi bolso y marcharme. ¿Qué más da? ¿A quién le sirve que este expediente, que probablemente no le interese a nadie más que a mí, se conserve otros setenta años malgastando espacio?

Pero el vigilante me lanza una mirada de advertencia. Observo a mis compañeros de mesa, cada uno inclinado sobre su historia, en silencio. De pronto, la gran mesa blanca me recuerda a una cárcel: el adusto vigilante es nuestro carcelero, y la Historia, nuestro castigo.

Guardo los papeles dentro de la caja, la entrego al galgo afgano y me dirijo a la salida. Cuando me doy la vuelta para despedirme de Herman, me hace señas para que lo espere. Digo

que no con la cabeza. Una oleada de cansancio atraviesa mi cuerpo. No quiero esperar. Quiero encontrar una prueba que corrobore la declaración del último testigo. Algo que confirme que la orden vino de arriba y que Frans guardó silencio por lealtad, no por falta de sensibilidad.

En el mostrador pregunto si existe un expediente sobre los Servicios de Inteligencia de los Países Bajos en la década de los cuarenta.

—¿Qué año? —pregunta la empleada.

—1946.

Teclea algo en el ordenador, cliquea varias veces con el ratón.

—No hay ningún expediente, pero tenemos un libro.

Se levanta de su silla y se acerca al armario de baja altura que se encuentra enfrente de su mostrador. Recorre las filas con el dedo y retira de la estantería una obra voluminosa. *Geschiedenis van de Binnenlandse Veiligheidsdienst*, una historia de los Servicios de Inteligencia de los Países Bajos.

—No se presta —dice—, pero puedo reservárselo el tiempo que lo necesite.

Faltan 12 semanas

Todas las mañanas, en cuanto D cierra la puerta tras de sí, camino pasito a pasito a la estación, me subo al tren y, una vez en La Haya, recorro entre soplidos los cien metros que separan el andén del Archivo Nacional. He entrado a formar parte del grupo de los visitantes asiduos. Todas las mañanas me espera la misma silla vacía en la gran mesa blanca. Los días siguen siempre el mismo patrón. Recojo el libro en el mostrador, me dirijo a la sala, la sonrisa del galgo afgano, la pequeña inclinación de cabeza de las gemelas, y el vigilante que señala sus pósts con gesto interrogativo, a lo que yo digo que no alzando el libro. Nada de Justicia Especial. Leo y cuando me siento demasiado cansada, lo cual ocurre a menudo, hago fotos de las páginas para poder repararlas en casa. A las once y media en punto, Herman aparta su silla de la mesa y tomamos un café. Durante la pausa solemos leer. A las tres me marchó, de modo que estoy en la cama cuando llega D. Para no levantar sospechas, coloco en la mesilla una taza con un poco de té y un plato con algunas migas.

Me cuesta tres días terminar la primera parte del libro. Leo sobre la fundación de los Servicios de Inteligencia en 1919, después de que Troelstra, el temible dirigente de la «Unión Soviética de los Países Bajos», consiguiera movilizar a tres mil comunistas. Leo sobre el «peligro rojo» y el «peligro alemán». Me distraigo, dormito, las páginas son muy grandes, y la letra, muy pequeña, divago por años y hechos muy alejados de mi historia, pero no quiero saltarme ni una sola palabra por miedo a que haya un párrafo sobre la conspiración y me lo pierda.

El cuarto día por fin entran en escena algunos nombres que me suenan del expediente de la Sección de Justicia Especial. Militares que declaran como testigos en el proceso judicial, personas mencionadas en el marco de la supuesta conspiración. Leo sobre la maraña de clubes y organizaciones que tras la guerra se erigieron en servicios secretos por decisión propia. El Consejo de la Resistencia, las pandillas de matones, la Unidad de Inteligencia de las Tropas de Asalto, los Servicio de Inteligencia de los Países Bajos. Pequeños grupos de hombres que, amparándose en su papel en la Resistencia, se creían con el derecho de determinar el rumbo de la sociedad posbélica. Me extravió en páginas donde abundan las escuchas telefónicas, los conflictos, las escisiones; no sabía que la paz hubiera sido tan caótica. Hasta que finalmente, hacia la mitad del libro, aparece negro sobre blanco el nombre de Frans. Cojo el móvil, hago fotografías a todo el capítulo para poder consultarlo en casa y comienzo a leer.

El texto habla de una Comisión de Misiones Especiales con la que Frans estuvo en contacto antes del atentado. «Una organización secreta que se proponía combatir el comunismo.» Con unos planes ambiciosos: pretendía fusionar todas las bandas de vengadores en contra de las

fuerzas izquierdistas del país. Si esta información es cierta, la idea de acabar con los traidores a la patria quizá no fuera más que una excusa para movilizar a los matones. En ese caso, el afán por vengarse de quienes habían colaborado con el enemigo sólo fue un instrumento para atizar el espíritu de lucha de los antiguos héroes de la Resistencia. El problema es que no encuentro ninguna prueba que apoye esta teoría. Sí encuentro descripciones de planes alocados que jamás se pusieron en práctica. Rumores, ejércitos en la sombra que resultaron ser un fiasco y, a continuación, un párrafo que me desconcierta tanto que debo leerlo tres veces para asimilar el contenido.

Al parecer, a finales de 1945, Frans estuvo implicado en la creación de un nuevo grupo llamado Neue Abwehr, «nueva defensa» en alemán, una organización terrorista de derechas que pretendía unirse a los antiguos nazis para luchar contra el peligro rojo. Cuando fue condenado a prisión por el atentado, sus correligionarios concibieron un plan para sacarlo de la cárcel y enviarlo a Alemania, donde trabajaría bajo el mando de un espía nazi.

Paso la página, confiando en que el resto del texto desmienta este párrafo. Pero no es así. Frans de veras tenía intención de aliarse con un hombre al que dos años antes habría combatido a sangre y fuego. Adiós, ley moral interior.

Al otro lado de la mesa, Herman mueve su silla. La pausa del café. Cierro el libro y lo sigo hasta el vestíbulo, caminando muy despacio. Sólo espero que no me pregunte. No quiero compartir mi consternación por los espías nazis y la Neue Abwehr con él. Una cosa es admitir que te has equivocado, pero compartirlo con otra persona es algo muy distinto, supondría tejer una historia nueva y aún no sé cómo sería o habría de ser. Una vez en la cafetería, justo cuando voy a comentarle que prefiero saltarme la pausa para irme a casa, Herman deposita una pila de hojas encima de la mesa.

—¡Lo he conseguido!

—¿El qué?

—Lo he encontrado, el nexo, el lazo, el hilo.

Preocupada, retiro una hoja del montón, la de arriba.

Una lista con nombres, entre ellos, casi al final, Frans van Heemstra, detrás de un tal Herman Witte.

—Ése soy yo —observa Herman con entusiasmo— o, mejor dicho, es mi padre.

Paso revista a los nombres, trato de comprender de qué va esto. Herman se me adelanta de nuevo.

—En la lista figuran los varones que en diciembre de 1946 permanecían en prisión preventiva.

—O sea que...

Interrogo a Herman con la mirada, sin saber muy bien cómo formularlo.

—¡Estaban en el mismo pabellón!

Herman se saca un batido de chocolate del bolsillo interior y, con gesto triunfante, traspasa

con la pajita el precinto de aluminio. Lo miro a él y después vuelvo con la lista. Desde luego, la sensación de inquietud que me asaltó el día que me preguntó por François Boer estuvo justificada. Ha embarcado al primo ponebombas en la historia de su padre, o viceversa. Sea como fuere, se ha apropiado del relato. Leerá los expedientes, averiguará todo lo que he averiguado yo, o incluso más, porque se le da muy bien buscar y encontrar información en este edificio confuso. Ya no podré determinar qué cuento y qué no, ni decir mentiras, ni aplazar nada hasta nuevo aviso. A partir de ahora hay un testigo, y en cualquier serie policiaca eso supone el principio del fin.

Dejo la hoja encima de la mesa.

—Yo no quiero esto.

No se me ocurre nada mejor.

Herman me mira con cara de perplejidad.

—¿Sabes qué significa este papel? Que tu historia y la mía confluyen.

—Sí —contesto—, lo sé, pero no quiero que ocurra.

—Sólo quería ayudarte —balbucea.

De pronto, es un hombre indefenso, con su batido de chocolate y esas hojas estúpidas. Un rayo de oscuridad me atraviesa los ojos, durante una fracción de segundo la imagen se vuelve negra. Acto seguido, se enciende dentro de mí una ira furibunda que sale disparada de los dedos de los pies a la coronilla. Me entran ganas de arrojar los papeles de Herman por el vestíbulo, pero consigo contenerme justo a tiempo. Ahora entiendo qué es un cambio de humor de origen hormonal. Respiro. Cuento hasta diez. No funciona. Todos los problemas y las frustraciones de las últimas semanas se reconcentran en mi pecho. No quiero saber nada de zonas vacías y signos de interrogación en el mapa, ni de la caótica telaraña de Herman que carece de principio y fin, ni del desorden que reina en mi cabeza, ni de este cuerpo incontrolable que no para de ensancharse.

Espero a Herman que no tiene derecho a utilizar mi búsqueda para olvidarse de sus propias pesquisas infructuosas, que la caja de su padre no es más que un pretexto para meterse en historias ajenas que ni le van ni le vienen.

—No tengo tiempo para estas bobadas —digo.

Veo de soslayo que, a mi izquierda, el camarero se agazapa detrás de la barra. Me giro hacia él, dos grandes ojos llenos de temor.

—¿Y tú qué miras?

Mi voz resuena por el vestíbulo. Ahora el camarero se agacha del todo, fingiendo que inspecciona las neveras. Por mucho que intente evitarlo, su cabeza sobresale un poco, como si estuviese en una trinchera. Me vuelvo hacia Herman, le clavo un dedo tembloroso en el pecho:

—¿Sabes cuál es tu problema? Te da miedo ser igual que tu padre. Tratas de atrapar historias ajenas en tu telaraña, te empeñas en convertir a todos en cómplices del delito cometido por él, porque temes sus genes, porque temes que su traición y su desprecio por la vida hayan anidado

en tu cuerpo a través de la sangre, te da pánico que pudieras llegar a tomar las mismas decisiones que él, que en tu fuero interno tú también estés con los malos.

Por un momento me veo a mí misma a vista de pájaro, una mujer embarazada con las piernas hinchadas, que está armando un jaleo en un vestíbulo gigantesco, sin motivo alguno; miento, no sin motivo alguno, para salvar su relato, para salvar al primo ponebombas, porque no está dispuesta a vender a su héroe a un jubilado cualquiera que busca adueñarse de la historia de su familia con yogures líquidos y una sonrisa infantil.

Descubro el reflejo de mi propia consternación en el rostro de Herman. Me callo, él quiere decir algo pero no encuentra las palabras, recoge las hojas como si fueran a darle la respuesta, esa larga lista de nombres de varones cuyas miradas quizá se cruzaran alguna vez cuando los sacaban o los metían en sus celdas. Hombres que no tendrían nada que ver los unos con los otros si no fuera porque la Historia los dejó casualmente en el mismo momento en el mismo lugar. Como nosotros ahora, en este vestíbulo grande y vacío.

Herman se tambalea, cambia el peso de una pierna a otra. Quiero acercarme a él, sentarlo en una silla y pedirle un café, quiero que se marche y que deje de meterse donde no lo llaman, no sé lo que quiero. Oigo que el camarero detrás de mí abre un armario, pone un CD para romper este silencio aterrador. Buena Vista Social Club, lo que faltaba. Doy media vuelta y me voy. Trato de caminar con rabia, para que Herman no se dé cuenta de que me muero de vergüenza.

—Lo siento —murmuro mientras paso por la puerta giratoria—. Lo siento.

Sigo repitiendo esas mismas palabras una y otra vez mientras me dirijo a la estación, mientras subo al vagón, mientras el tren echa a andar, «lo siento», en voz tan baja que nadie me oye.

Faltan 11 semanas

La semana ha transcurrido sin incidentes. Tumbada en la cama, observo cómo las copas de los árboles se van tiñendo de rojo. A raíz de mi última visita al archivo empezó a subirme la tensión. Ahora tomo pastillas y me estoy quieta, leo y electrocuto mosquitos, porque al día siguiente a la labor de eliminación realizada por el desinsectador resucitaron todos. Estoy cada vez más hinchada. La goma de los calcetines se me clava en los tobillos, y no me queda más remedio que llevar la sortija en el meñique.

Cada dos días vamos al hospital. Ya me sé de memoria la secuencia sonora del tensiómetro, el creciente zumbido, los rítmicos pitidos, primero despacio y luego más deprisa, hasta que en la pantalla aparece, por fin, el resultado. El gesto torcido de la enfermera. Demasiado alta.

Todas las mañanas, D me asigna la imposible misión de permanecer inmóvil hasta que regrese del trabajo. Le pregunto si está preocupado por mí o por el bebé.

—Creo que a estas alturas ya no hay diferencia —contesta.

Hoy llegará antes. «Hemos cruzado la frontera mágica del tercer trimestre y eso hay que celebrarlo», ha dicho antes de salir de casa. «Fue la semana pasada», he respondido. «Más a mi favor», se ha reído. La probabilidad de que el bebé nazca sin demasiados problemas es cada día mayor. Y el propio bebé no deja de crecer: ahora tiene la longitud de una berenjena y el peso de un grueso jersey de lana, leo en internet. Sabe parpadear, toser y soñar (¿con qué va a soñar un bebé? Eso no lo explica nadie). Paso a las siguientes semanas a base de clics. Mazorca, colinabo, coliflor, calabaza. La página web advierte de que las hormonas pueden provocar manchas en la piel, un trastorno que se conoce como *máscara del embarazo*. Me parece una metáfora maravillosa, el embarazo como escondite. Bajo el resumen semanal hay comentarios de futuras mamás que se quejan de hinchazón, estrías, calambres y también de las patadas que da su bebé. «Es una manifestación de violencia doméstica», escribe una mujer. Otra cuenta que tiene dos costillas magulladas porque su bebé no para de dar volteretas. Debajo leo una reacción de una mujer que ya es madre: «No veo el final. Esta mañana mi hijo de dos años me ha dado un golpe en la nariz. Me ha hecho sangrar y todo. Y ni siquiera estaba enfadado, simplemente me ha dado con la mano».

Me acuerdo mucho de Herman, ojalá pudiera llamarlo por teléfono para decirle que me arrepiento, pero no tengo su número. Me lo imagino sentado en el vestíbulo, tratando de recuperarse de mi arrebato de ira. A lo mejor habla de mí con el camarero. ¿Estarán cotilleando?

Histeria. Hormonas.

Sin levantarme de la cama examino las fotografías de las páginas del libro sobre la historia de

los Servicios de Inteligencia de los Países Bajos. Nada indica que la conspiración secreta de la que el primo ponebombas hablaba a los integrantes de la unidad motorizada fuera más allá de unas fantasías megalómanas de unos hombres que no se conformaban con el papel que se les atribuía en la sociedad posbélica.

Reaparece varias veces el diagnóstico que ya establecía el informe psiquiátrico de Frans: psicosis clandestina.

Aunque no logro encontrar ninguna definición oficial, encuentro el trastorno en una novela del escritor holandés Simon Vestdijk que lleva por título *Bevrijdingsfeest*. «La fiesta de la liberación.» La obra data de 1949 y se puede leer íntegramente en internet. En ella, un héroe de la Resistencia que sufre «psicosis clandestina» explica en qué consiste: «Gracias a ese miedo y todo lo que llevaba aparejado, no había lugar para el aburrimiento. Teníamos un objetivo. También las personas que sólo sentían miedo y no hacían nada».

Me leo la novela en una tarde. Después de la guerra, el personaje teme morir de aburrimiento. La mera idea le da pánico. Por eso prepara dos atentados, pero fracasa en su propósito. Finalmente, no le queda otra que retomar la vida cotidiana, muy a su pesar.

Su trayectoria podría ser la del primo ponebombas, con la diferencia de que en este caso uno de los atentados se consumó. Parece que Frans, al igual que el héroe de Vestdijk, quería seguir con la guerra como fuese. O mejor dicho: quería seguir con su esfuerzo por ponerle fin. Pero para eso era imprescindible que la guerra continuase. Frans no quiso o no pudo conformarse con la soporífera paz.

Vuelvo al archivo periodístico en línea donde hace semanas localicé la información sobre el atentado e intento hacerme una idea de la paz que le tocó vivir a Frans. Además de los artículos sobre la bomba, hay referencias a la pésima calidad del jabón de manos, ofertas de medias de nailon, un aviso sobre la inauguración de un nuevo teatro en el norte del país, un anuncio de un flamante juego de mesa llamado *De Wederopbouw* sobre la reconstrucción, un reportaje que destaca que los holandeses se deciden en masa por una nueva bicicleta con neumáticos reforzados y la noticia de que la canción de Karel van der Velden sobre las flores del lilo fue el éxito del año. Hay artículos que debo leer dos veces para poder comprenderlos, no porque desconozca las palabras, sino porque me falta el contexto. Y hay otros que no están, aunque esperaba encontrarlos. Ni una palabra sobre el Holocausto, sobre los supervivientes de los campos de concentración, sobre el exterminio de los judíos, las casas confiscadas o los holandeses que regresaron exhaustos de los campos de concentración japoneses. Ni una palabra sobre los hechos que he aprendido a asociar con esos años. Jabón de manos. Medias de nailon. Visitas al teatro. Un atentado con bomba.

Frans se empeñó en mantener la herida abierta. Añoraba los años en que la muerte le pisaba los talones, en que saboreaba cada cigarrillo como si fuese el último, en que cualquier mujer estaba dispuesta a amarlo como si no hubiera un mañana. Psicosis clandestina.

Envío un correo electrónico a los tres psiquiatras a los que conozco personalmente. A ninguno

le suena el diagnóstico. Sin embargo, todos coinciden en que unos factores de estrés extremo pueden desquiciar al ser humano hasta el punto de poner de manifiesto una tendencia psicótica subyacente, con el riesgo de que desemboque en una psicosis real. También coinciden en que la conducta de Frans puede tener otras muchas causas.

Uno de ellos me anima a profundizar en los perfiles de los jóvenes terroristas que ocupan las portadas de nuestros periódicos y menciona posibles características comunes: la aversión a la sociedad, la sensación de ser invisible y la percepción de una falta de sentido que abre la puerta a la radicalización ideológica.

Me llevo un susto al leer la palabra: *terroristas*. Hasta ahora no había reflexionado sobre lo que aquel atentado significaría todavía hoy. Un atentado, tres muertos. ¿Es posible que dentro de setenta años cualquiera de los hechos que ahora nos causan miedo a volar y agorafobia se transforme en una leyenda familiar? ¿Que las víctimas caigan en el olvido por mucho que el atentado saliera en grandes titulares en todos los periódicos? ¿Es posible que dentro de setenta años la sobrina de uno de los terroristas de ahora dé una charla en el colegio sobre las hazañas de su tío y reciba una ovación? ¿Es posible que yo sea esa sobrina?

Soy consciente de que podría investigar otras muchas historias para mi futuro hijo. La de su tía bisabuela que en 1939 voló en una avioneta a Rodesia para convertir a las mujeres africanas y nada más llegar sucumbió a los encantos del jefe de la tribu, con quien vivió durante cinco años en una choza. O la del tío lejano que, tras morir en el lecho de su amante, fue rescatado por dos sobrinos que pasaron horas dando vueltas con el coche en busca de un lugar digno donde dejar su cadáver. También está la de mi bisabuelo fusilado en Zutphen dos meses antes de la liberación y en cuyo honor se puso una pequeña cruz de ladrillo blanco en un aparcamiento junto al río IJssel. «Si buscas un héroe, ¿por qué no investigas esta historia?», me preguntó un pariente, cansado de mi obsesión con el primo ponebombas. En su día no supe qué contestar, pero ahora conozco la respuesta: es un relato demasiado cercano. Los entresijos de la historia me resultan demasiado familiares. Y esa cercanía hace que a mi bisabuelo le sobren rasgos humanos y le falte heroísmo.

Había dónde elegir, pero yo quería este relato y no otro. Por el anillo, por aquella última voluntad, y también por una cuestión de proporcionalidad. Por esa precisa distancia, que es la única correcta.

Sigo la bandada de estorninos que sobrevuela el jardín municipal ofreciendo una exhibición de natación sincronizada a la luz del atardecer. ¿Qué fue lo que dijo Herman a propósito de las láminas de Isings? Isings creyó que estaba dibujando la Historia, pero en realidad sólo se dibujó a sí mismo.

Pienso por primera vez en la madre del primo ponebombas. En los meses que lo llevó en su vientre por el verano de 1909. ¿Qué esperaba de su hijo? Que fuera mejor y más inteligente que ella. Que hiciera lo que ella nunca hizo. Que fuera una presencia nueva y necesaria entre todo cuanto ya existía, el rey de la creación, o al menos un cuerpo cálido que se dejara abrazar entre

arrullos y en el que —más tarde— pudiera apoyarse. Una madre espera mil cosas, pero no que su hijo se convierta en un asesino múltiple.

«Toc, toc, quién es, así late el corazón de Adolfo», escribe Wislawa Szymborska en el poema «Primera fotografía de Hitler». Adolfo es un cielito, un angelito, un amorcito, un niño con su camisita. ¿Cómo podría una futura madre admitir el pensamiento de que al dar a luz a su hijo quizá no multiplique la vida, sino la muerte? Aunque ésa sea la única manera de ofrecerle al bebé una oportunidad justa. La única manera de no cargarlo con algo que no podrá cumplir, de otorgarle el derecho a existir, independientemente de la existencia. Hará daño, causará destrozos, sufrirá fracasos y tal vez cometa un asesinato. Es una posibilidad que cuando menos habrá que considerar. Además de la vida, es preciso admitir la muerte.

Faltan 10 semanas

Me despierto sobresaltada por una fuerte punzada de dolor en la pantorrilla izquierda, un latigazo, una mordedura de serpiente. Agito la pierna presa del pánico, tratando de sacudirme de encima el dolor, pero no hace más que empeorar. Rodeo la pantorrilla con ambas manos, presiono y aprieto, en un intento por relajar los músculos, duros como alambres de acero. Mi pierna empieza a temblar como posesa, actúa sola, con independencia del resto de mi cuerpo.

Le doy un codazo a D en pleno costado.

—Despierta —jadeo—. Mi pierna. ¡Mi pierna!

D se incorpora con lentitud, busca mi pierna en la cama oscura y agarra mi pantorrilla con su mano grande y cálida.

—¿Dónde te duele? ¿Aquí?

—¡Sí!

Masajea los músculos con absoluta tranquilidad. El temblor remite, y el dolor también.

—¿Estamos?

—Sí, gracias.

Ya no me oye. No conozco a nadie que tenga tanta facilidad para dormirse como D. Cierra los ojos y a los dos segundos está dormido. Cae rendido. Miro mi teléfono móvil. Las cuatro. Busco «calambre + pantorrilla + embarazo» en Google.

Resulta ser la enésima molestia propia del embarazo. Mala circulación, déficit de minerales, falta o, por el contrario, exceso de movimiento. Ya no consigo conciliar el sueño, lo que, según 24baby.nl, puede ser consecuencia de una alteración hormonal, en tanto que mammanet.nl (¿mamá o mamut?) lo achaca al estrés que genera la inminente llegada de un bebé. Quizá sea por los mosquitos, sin más. Doy unos cuantos raquetazos, me quedo mirando los destellos que despiden los diminutos cuerpos de insecto y a las cuatro y media decido bajar al salón a la espera de que amanezca. En la calle no hay ni un ruido, como es habitual en este singular entretanto en el que la noche se transforma en día. Por encima de las casas empieza a clarear. Esta mañana todo luce desolado: los atestados balcones de los vecinos de atrás, los comederos de pájaros vacíos en los jardines de abajo, la ropa interior que cuelga inmóvil de nuestro tendedero. Hasta el bebé lleva varias horas sin dar señales de vida. Me encuentro a solas con los objetos en un mundo que no se decide a despertar.

Oigo un ruido. El buzón al abrirse. Recojo el periódico y recorro la portada con los ojos. Terrorismo. Inmigración. Nada más sentarme a la mesa me llama la atención una necrológica de una heroína de la Resistencia que ha fallecido a la edad de cien años. Tengo la impresión de que,

últimamente, se escribe más que nunca sobre la Segunda Guerra Mundial. Puede que sea mi percepción selectiva, veo esa guerra por todas partes, del mismo modo que no paro de ver mujeres embarazadas.

Sobre el texto hay una fotografía grande de la anciana, sentada en un sillón, torcida como una alcayata. Viste un jersey rosa fluorescente, las manos embutidas en unas manoplas de lana azul marino. Según el artículo, fue una de las pocas mujeres que participaron en la Resistencia. Después de la guerra ingresó en una brigada de vengadores que asesinó a un ingeniero de Leiden, convencidos de que había traicionado al país. Quedó demostrado que era inocente. El autor del obituario comenta que el ingeniero cayó víctima de un «error de cálculo», como tantas otras personas. Me pregunto si las víctimas de la bomba de Frans también figuran en el listado de este periodista. Tres entre muchas. Suena de lo más inofensivo: error de cálculo.

El asesinato persiguió a la mujer durante toda su vida. Lo confesó con noventa y seis años. El artículo cita una entrevista en la que se le pregunta por el motivo de esa confesión tardía.

¿La impulsó el deseo de tener la conciencia tranquila? ¿O el miedo, en vísperas de la muerte, a un juicio final, unas puertas y no otras, un dios? «Cuando sabes que estás a punto de morir, sientes la necesidad de sincerarte —contestó—. Puede que sea el único momento en el que somos realmente sinceros. Cuando ya no tenemos nada que perder.»

De repente tengo claro qué punto escogería en la vida de Frans si tuviera el don de Billy Pilgrim de viajar en el tiempo: el último día. Las horas previas a su muerte en la tórrida costa española, donde exhaló su último suspiro, enfermo y solo. Lo llevaría a ver el mar, pediría calamares en una terraza discreta y esperaría a que empezara a hablar. Eso es lo que le falta a este relato. Después de todo lo que se inventó y se ocultó: un destello de sinceridad. Un claro amplio y luminoso en el que desemboquen todos los caminos, atajos, rodeos y pistas falsas.

Miro el móvil. Las ocho y cuarto. Ya es buen momento para llamar, decido. Marco el número de A. Si hay alguien que sabe algo de las últimas horas del primo ponebombas es ella.

El teléfono suena cinco veces antes de que A atienda la llamada. Contesta con voz somnolienta.

—¿Te das cuenta de la hora que es?

—Disculpa. ¿Te llamo más tarde?

—Es igual. No me digas que sigues con tus pesquisas.

—No encuentro lo que busco —respondo.

Le pregunto por el final de Frans.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras? ¿Dejó alguna carta?

—Si realmente quieres saberlo —dice enfadada—, te diré que fue horrible. Según el antiguo soldado que cuidaba de él, estaba intratable. Los meses finales de su vida los dedicó a vagar por la casa en su silla de ruedas, desaseado y sucio. Incluso por la noche, un fantasma sobre ruedas. Soltaba palabrotas, se rascaba las piernas que ya no tenía. Murió en ausencia del soldado, que

estaba pasando unos días con la familia. El verdulero de la esquina le echaba un ojo y le hacía la compra. Juan Carlos. Estaba con él cuando murió.

—¿Te contó algo sobre las últimas horas de Frans?

—No.

—¿Nada?

—Que murió y punto. En su silla de ruedas.

—¿Ni una alusión a lo que dijo? ¿Un mensaje? ¿Una promesa?

—Que yo sepa, no.

—¿Ni una palabra sobre el anillo que había enviado a Holanda?

—Ni idea.

Me imagino a Frans, sentado en la silla de ruedas, despoticando, desvelado en plena noche. Seguramente, lo que le impedía conciliar el sueño era el remordimiento. El fantasma del pasado que lo perseguía por toda la casa. Ahora bien, si A sabe algo, está claro que no quiere hablar de ello.

El camino al momento de sinceridad de Frans no tiene salida. Por un instante barajo la posibilidad de viajar a la costa española, de buscar a Juan Carlos, de preguntarle cómo fue. Pero enseguida recapacito. Imposible. Sólo faltaba que el sol de España me provocara una subida de tensión aún más acusada, o que rompiera aguas en Vinaròs, dando a luz a nuestro hijo en el lugar donde murió el primo ponebombas. En cualquier caso, D jamás consentiría que me marchara. Cojo mi iPhone, busco Vinaròs. Está relativamente cerca de Barcelona. Compruebo hasta cuándo puede volar una mujer embarazada. Hasta la semana treinta y dos o treinta y seis, dependiendo de la compañía aérea. Miro el precio de los vuelos. Sólo para ver si entraría dentro de las posibilidades, me prometo. Mientras la página web calcula el precio de los billetes siento de nuevo una súbita punzada de dolor en la pantorrilla. Trato de hacer lo que ha hecho D, masajear la pierna, guardar la calma, pero mis manos no son ni tan grandes ni tan cálidas como las suyas, el dolor atenaza mis músculos. No tengo más remedio que esperar, respirar y esperar, hasta que, poco a poco, muy poco a poco, el calambre remita. Los billetes no son muy caros. La web de viajes califica el tiempo en Vinaròs con un 8,8. Muevo el cursor al icono que aparece en el centro de la pantalla: «¡Reserva ahora!». Aunque yo me atreviera, D me retendría. Se pondría furioso sólo de pensarlo. Y además de él, mis hermanas, mis padres, mis amigos, todos sin excepción me lo prohibirían tajantemente.

Repaso las fotografías del libro sobre la historia de los Servicios de Inteligencia de los Países Bajos. Vuelvo a abrir los mensajes de correo de los psiquiatras y me detengo una vez más en la palabra *terrorista*. Debo encontrar una pista nueva, una que me lleve en línea recta por las áreas blancas del mapa, ya no me da tiempo para mucho más.

Llaman al timbre. Miro el móvil con sorpresa. Las ocho y media. En la puerta hay dos hombres. Calzan unas robustas botas de goma y entre los dos sujetan un trasto que me recuerda a una bomba de agua.

—¡Desinsectación! —grita el más alto.

D se asoma a la escalera con cara de sueño.

—Mierda, se me ha olvidado. He llamado a otra empresa.

Mientras él se viste y yo hago café, los operarios inspeccionan la casa de arriba abajo para llegar a la constatación de que, en efecto, hay muchísimos mosquitos. Les comento que ya han venido otros desinsectadores y que no han conseguido acabar con ellos.

—No se trata de combatir los mosquitos, sino de atacar el origen del problema —pontifica el hombre más alto antes de preguntarme por el sótano—. Donde hay mosquitos hay agua, y viceversa.

El otro, más bajito, confirma con gesto grave las palabras de su compañero, como si estuviera proclamando grandes verdades filosóficas.

—¿Tenemos sótano? —grito a D.

—¡Claro! —contesta, también a gritos.

—Mire a ver qué hay bajo ese felpudo —me dice el bajo.

—Ya lo hago yo —se ofrece el alto con un ojo en mi vientre abultado.

Aparta el felpudo. Para mi asombro, aparece una trampilla en la que no me he fijado ni una sola vez en los dos años que llevamos en esta casa.

Me agacho y tiro del aro de acero, picada por la curiosidad. No hay mucho que ver, un hueco negro de escasa altura debajo del suelo, pero aun así me resulta increíble que haya vivido aquí tanto tiempo sin tener conocimiento de su existencia.

—¿Abarca toda la superficie de la planta baja?

En lugar de responderme, los hombres se ponen de rodillas e introducen la cabeza al unísono en el agujero, como dirigidos por una coreografía secreta.

—Hay agua —dice el bajo.

—Mucha agua —puntualiza el alto.

—Y muchos mosquitos —añade el bajo.

Pat y Mat. Observo los dos cuerpos inclinados sin cabeza. Si caváramos un túnel desde la cocina, hacia abajo, en línea vertical, iríamos a dar al océano Pacífico, comentó una amiga en la fiesta de inauguración de la casa. Me da vértigo pensar en aquella antípoda profunda y azul de nuestra casa. Agua, sol y tiburones, en perpendicular a nuestro pequeño día a día. Pero antes está el sótano, una zona tampón repleta de agua y huevos de mosquito.

Los hombres introducen un tubo de goma por el agujero e instalan la bomba. El bajo pulsa un botón. El aparato succiona el agua ruidosamente, en tono quejumbroso.

—¿Y ahora? —pregunto.

—Ahora toca esperar —contesta el largo.

Subo a mi despacho, abro mi portátil y me acerco todo lo que puedo a Vinaròs a través de Google Maps. En las imágenes de Street View, las calles aparecen extrañamente vacías. Envío mi muñequito virtual al paseo marítimo: la avenida de Francisco José Balada. La playa también

se ve desierta. Cielo azul, olas de color gris claro. Pegada a la avenida, en un hoyo excavado en la arena, una familia se está comiendo unos bocadillos («alemanes», pienso instintivamente), no hay nadie más. En el extremo izquierdo vislumbro a un grupo de personas que pasea por la orilla con los pantalones remangados. Encima de ellas flotan unas nubes. Es muy probable que las fotografías no se tomaran el mismo día y que toda esa gente nunca llegara a coincidir en esa playa, sino que la reuniera Google para ofrecer una vista panorámica del lugar. Alejo mi muñequito de la costa, deambulo por la zona, por delante de unos chalés rosados y unos bloques de apartamentos blancos de escasa altura. En dos ocasiones me topo con una verdulería, en una de ellas se intuye la silueta de un hombre detrás de la ventana.

—¡Hemos terminado!

Una voz sonora me despierta de mi periplo español.

—¡Misión cumplida! —vocifera uno de los desinsectadores desde abajo.

Han dejado la trampilla abierta. D me manda de vuelta a la cama, pero en cuanto se marcha al trabajo me siento de nuevo frente al portátil.

Dedico toda la mañana a repasar lo que he ido anotando desde el inicio de mi búsqueda. Palabra tras palabra, viajo hasta el punto muerto donde me encuentro ahora. Conforme avanzo, comienza a tomar cuerpo una estrategia nueva.

Hasta ahora siempre he enfocado el atentado desde la misma perspectiva. La de los verdugos, el camino que llega hasta la puerta del número 266 del canal del Príncipe. ¿Y si paso a abrir esa puerta? ¿Si me aventuro por el territorio que se extiende detrás? ¿El hueco de la escalera, las vidas segadas? Abro el documento con el listado de heridas, la declaración de Maria Johanna. Deben de quedar hijos y nietos de las víctimas que estén al corriente de esta historia. Personas que a través del juego de susurros de su familia transmiten la otra cara del relato. Seguro que ellos se acuerdan de lo que en mi familia ha caído en el olvido. A lo mejor en el otro lado también hay una sobrina lejana que está investigando el atentado y sólo tenemos que encontrarnos para completar la cartografía y dar con el final correcto. Necesito árboles genealógicos, nombres, direcciones. Necesito la ayuda de alguien que busque más y mejor que yo.

Faltan 9 semanas

Nada más entrar por la puerta giratoria, me doy cuenta de que Herman está sentado en la cafetería. Antes de que me dé tiempo a llamarlo levanta los ojos, una mirada calma y triste, y me saluda agitando ambos brazos sobre la cabeza, un náufrago. *I'm not waving, I'm drowning*, «no estoy saludando, me estoy ahogando», ¿de quién era ese poema?

Mientras voy a su encuentro, como un pato, Herman se acerca a la barra y pide un café y un *doppio* al camarero, que instintivamente vuelve a poner las cautivadoras canciones de Buena Vista Social Club cuando me ve aparecer por el vestíbulo.

—Has cambiado —dice Herman en cuanto me siento junto a él.

—Estoy más gorda.

—Un poquito.

—Un poquito bastante. Kilo y medio en cuatro días. Mi cuerpo absorbe cada gota de líquido que se cruza en mi camino.

Herman se ríe y yo también, aliviada de que el reencuentro sea tan cordial.

—¿Estás bien? —pregunta a continuación. Esta vez, con voz preocupada.

Asiento con la cabeza, no tengo ganas de hablar de mis problemas de tensión, debo seguir, aprovechar a fondo el poco tiempo del que dispongo. Me quedan tres horas antes de que D regrese del trabajo y mi madre se presente en casa con varios litros de caldo de pollo. Si para entonces no estoy de vuelta, es muy probable que me aten a la cama hasta el día del parto.

Todo mi cuerpo me está diciendo que he sido insensata, los escasos cien metros del andén al archivo me han dejado sin aliento. Pero no se me ha ocurrido otra manera de localizar a Herman. Sin su ayuda no conseguiré terminar mi relato a tiempo.

—Te necesito —digo.

Herman mueve la cabeza en señal afirmativa, como si se lo esperara.

—Y lo siento —añado—. Soy...

—No importa.

Con mucho cuidado —por miedo a hacerme enrabiatar, imagino—, el camarero deja nuestro pedido en la barra.

Herman se levanta y va a buscar los cafés. Durante unos segundos permanecemos sentados en silencio, el uno frente al otro, hasta que Herman comienza a hablar. Adopta un tono suave, su voz suena apenada.

—Cuando te marchaste, cogí el coche y me fui a Margraten, al cementerio de guerra estadounidense, a la tumba que adopté en su día, la tumba de Johnny, un chico norteamericano

que se está pudriendo en las colinas de Limburgo desde hace siete décadas. Tenía diecisiete años. Diecisiete. Y allí, entre todas esas pequeñas cruces blancas, me...

No termina la frase, tiene los ojos acuosos.

Tengo miedo de que lllore y me contagie porque últimamente se me saltan las lágrimas a la primera. Pero Herman no llora. Mira su café sin decir palabra. Otro silencio. Quiero tocarlo, consolarlo, pero no me atrevo.

—¿Por qué no adoptas otra cosa? —sugiero—. Un árbol. O una cabra de Oxfam Novib. O un niño, si me apuras. Adoptar una tumba es..., es muy...

—¿Triste?

—Desolador. Para mí, adoptar es sinónimo de esperanza, futuro, vida nueva.

—En un mundo pandimensional, Johnny podría haber sido mi hijo. Allí, entre todas aquellas cruces, pensé: esta guerra no terminará nunca jamás.

Estiro la mano, sin saber muy bien dónde posarla. ¿En el hombro? ¿La mejilla? Finalmente, aterriza en el codo de Herman, donde se queda quieta, un poco incómoda.

—De eso hace setenta años —digo—. Falta muy poco para que esa guerra sea historia lejana.

Herman remueve su café, abatido.

—Tú no puedes entenderlo. Aunque no llegué a vivirla oficialmente, la guerra seguía ahí cuando nací yo, en la leche que mamé, en los pañales. No tiene que ver con fechas ni con el transcurso del tiempo.

—Lo siento —digo.

—No tienes por qué sentir nada.

Por un momento recupera la sonrisa.

—Ya lo sé, pero no se me ocurre decir otra cosa.

Herman se inclina hacia delante y retira su desgastada cartera de debajo de la silla.

—Tengo algo para ti.

Pone un folio encima de la mesa. Dos columnas, en la primera figuran los nombres de los integrantes de la familia Boer: François, Greetje, su hijo y una hija de la que hasta ahora no tenía constancia. La segunda columna recoge la fecha y el lugar de nacimiento de todos ellos. Tengo delante de mí una copia del libro de familia de los Boer.

—Es justo lo que buscaba —observo asombrada.

—Me lo imaginaba —replica Herman—. Puede que los hijos aún vivan. Y, si no, estos datos te servirán para localizar a los nietos. Ahora ando detrás del libro de familia de Jacoba, pero me cuesta un poco más porque desconozco su fecha de nacimiento.

Herman pone cara de culpable y acto seguido se ríe, esa irresistible risa juvenil.

—Si me paso me avisas, pero tengo otra cosa para ti.

Vuelve a abrir la cartera y saca unas hojas arrugadas de entre un montón de tetrabriks de zumo de naranja. Arriba del todo hay una fotografía impresa del número 266 del canal del Príncipe, tomada el día después del atentado. El edificio es más pequeño de lo que recuerdo de

cuando me lo señaló mi abuela. En la planta baja hay un estrecho taller de automóviles, motos y bicicletas, como indican las letras mayúsculas pintadas en la fachada. En la acera, dos varones con sombrero de fieltro están agachados junto a una montaña de cristal. Cerca de ellos aparecen otros dos hombres, uno de ellos es un agente de policía. Al lado del taller se encuentra la puerta que da acceso a la vivienda de los Boer, que se halla en la primera planta. La puerta está abierta, se ve una parte del pasillo: baldosas blancas con un fino borde negro. La entrada que debieron de ver los dos transeúntes cuando les abrieron desde arriba y dejaron el paquete letal en la escalera. En el primer piso, una cortina medio quemada se agita en el marco vacío de una ventana.

—Es una foto que he sacado del banco de imágenes de La Haya —explica Herman—. Por cierto, el edificio fue demolido en 2002. Lo dicen esos otros documentos.

Me los acerco. Un plano del canal del Príncipe. Herman señala un signo naranja con forma de tejado.

—Ahora hay un centro comercial y un aparcamiento.

Miro el pequeño icono naranja. ¿Quedaría algún vestigio bajo el hormigón? ¿Alguna astilla perdida en los días posteriores al atentado que la lluvia arrastrase tierra adentro? ¿Restos de ADN de Jacoba o de François? ¿Qué permanece de nosotros en el lugar donde morimos?

Pongo el dedo índice sobre la fotografía, los cristales rotos.

—¿Sabes que la traición de Boer tampoco era para tanto? Todo quedó en unos rumores que jamás se confirmaron.

Herman asiente con la cabeza.

—Peces y pájaros. He leído el expediente. Pero ojo con la caza de palomas, no es tan inofensiva como parece. Las palomas son las heroínas olvidadas de la Segunda Guerra Mundial. Atravesaban lluvias de balas y mares de fuego llevando información vital en las patas, iban a bordo de aviones y submarinos. En caso de emergencia, las soltaban con un mensaje para la base de operaciones. Eran espías, soldados y defensoras de la libertad. ¿A que no sabías que, después de la guerra, treinta palomas fueron condecoradas con una medalla? Por eso los alemanes contrataban a personas encargadas de cazarlas y matarlas. Personas expertas en capturar pájaros, como François. Pero no, no hay pruebas, y puede que no sucediera nada, o sí. Todo depende de qué paloma quedara atrapada en sus redes.

Esta información nueva me desconcierta. Ya me había conformado con la idea de un François inocente, sacrificado en el altar del afán bélico, y ahora esto.

—¿Cuánto hay que saber para poder sacar las conclusiones correctas? —pregunto agotada.

—Todo —contesta Herman.

Mi teléfono móvil empieza a vibrar dentro del bolso. Debe de ser D, o mis padres o mis hermanas; alguien que se preocupará si no le devuelvo enseguida la llamada y que estará aún más preocupado si contesto y resulta que no estoy en la cama. Miro la pantalla. Siete llamadas perdidas. Tres de D, tres de mi madre y una de mi hermana. Apunto mis datos en un momento en el plano del canal del Príncipe y guardo la hoja en la cartera de Herman.

—Debo irme.

Asiente.

—¿Cuánto te queda?

—Nueve semanas.

—Te ayudaré a encontrar lo que buscas.

De vuelta en casa, cojo el tensiómetro que me ha regalado mi padre. Me pongo el manguito, pulso el botón. Al oír el zumbido del aparato me acuerdo de los mosquitos y me entra un arrebato de nostalgia. Tras el vaciado del agua del sótano han ido desapareciendo poco a poco. Curiosamente, los echo de menos. Ahora el dormitorio se halla sumido en silencio y mis cavilaciones se suceden hasta el infinito al no verse interrumpidas por los insectos. Con veintitrés breves pitidos, el tensiómetro realiza la cuenta atrás hasta el resultado de hoy. Miro la pantalla con asombro. Tengo la tensión más baja que ayer, e incluso que esta mañana. Mi búsqueda no es la causa del estrés, sino un remedio eficaz. Me tumbo en la cama, llamo a D, a mi madre, a mi hermana, los tranquilizo a todos.

Faltan 8 semanas

Herman cumple su palabra. Por la noche me envía más información. Según me escribe, después del atentado el hijo de François emigró a un pueblo en los alrededores de Ciudad del Cabo, donde formó una familia. Adjunta un archivo Excel que ha encontrado en internet. Resulta ser una lista de herencias dejadas por granjeros sudafricanos. Hacia la mitad aparece un tal François Guillaume Jacques Boer, fallecido en 2007. «Me parece que se trata del nieto de François —apunta Herman—. Tiene hijos, pero no consigo averiguar dónde están.» La hija de diecisiete años de François Padre se quedó en Holanda y contrajo matrimonio con un hombre de Zaandam. Por lo que comenta Herman, ella también falleció.

Al buscar «François Boer» en Facebook, me sale la página de un estudiante sudafricano. Es rubio, tiene el pelo corto y en casi todas las fotos aparece con una gran copa de cerveza en la mano. Ronda los veinte años, debe de ser el bisnieto de François, o quizá el tataranieta. Le envío una solicitud de amistad, la acepta en el acto, y al cabo de unos minutos François Hijo Hijo Hijo, y no descarto que falte otro «Hijo» más, comienza a chatear conmigo.

—Hi! 😊

Me sobresalto al ver aparecer la pequeña ventana abajo en la pantalla. El nombre, los puntitos en movimiento que indican que está escribiendo. ¿Qué puedo decirle al tocayo de François? ¿Sabrá quién soy? ¿Conoce la historia?

—*Are we related? My family is from The Netherlands.*

—*I know* —contesto.

Pausa, no hay puntitos, está claro que espera algo más, pero no sé por dónde empezar.

—*Mysterious...* 😊😊

¡Socorro! No vaya a pensar que estoy ligando.

—*Are you the great-grandson of François Boer, who is the son of François Boer?*

—*Add one more François and then there's me!* 😊

—*I'm writing you because...*

Mi mano cuelga inmóvil sobre el teclado. Debería haber reflexionado antes de embarcarme en esto.

François comienza a perder la paciencia.

—??...

«Muy bien, no te eches para atrás ahora, entra por la puerta, sube la escalera, agarra la Historia del cuello y mírala a la cara.» No sé cómo decir «primo de mi abuelo» en inglés, así que para mayor comodidad convierto al primo en tío:

—... because my uncle was responsible for the bomb attack that killed your great-great-grandfather and -mother.

¿He sido demasiado directa? Puede ser. Pero ¿qué margen te da un chat para revolver de forma diplomática un viejo atentado?

Debajo del ecuador reina el silencio.

Al rato me llegan cuatro signos de interrogación.

Pregunto a François Hijo Hijo etcétera si sabe algo del pasado bélico de la familia Boer. Reaparecen los puntitos, está escribiendo, borra su mensaje y vuelve a empezar. Tarda cinco minutos en responder. «No puedo contarte mucho —escribe—, sé que el hermano de mi bisabuelo participó en la Resistencia. En 1943 asesinó a un nazi y después pasó a la clandestinidad.»

«¿Y tu tatarabuelo?», tanteo.

«Ni idea —contesta—, no me suena lo del atentado. ¿También era un héroe de la Resistencia?» La pregunta va seguida de tres caritas sonrientes llenas de esperanza.

«No creo», respondo.

Una carita enfadada.

—*Do you know what happened on the 5th of December 1946?*

—*No* —contesta François.

Cuando le pregunto por la bomba me cuenta que, de pequeño, su abuelo sufrió una lesión en el oído durante un bombardeo alemán. «La casa estaba ardiendo —escribe—, mi bisabuela saltó por la ventana con mi abuelo en brazos.»

Un bombardeo alemán. En el juego de susurros de la familia Boer, el atentado se ha convertido en una operación bélica de las fuerzas de ocupación. No hay redes para cazar palomas, ni ajustes de cuentas, ni expedientes en la Sección de Justicia Especial del archivo, sólo hay víctimas de la Historia universal.

Doy las gracias a François y cierro el chat.

Los descendientes de la hija de Boer, un varón y una mujer, son más fáciles de localizar. Ambos siguen con vida, residen en las inmediaciones de La Haya. El hijo está en Facebook y acepta mi solicitud de amistad. Le envió un mensaje, esta vez soy más prudente. Entre el asesinato y él hay una generación menos, eso marca una diferencia, creo. Le hablo de mi búsqueda, explico que quiero conocer la otra cara del relato. Al cabo de una hora de enviar el mensaje veo que lo ha leído. No contesta.

Me llega otro correo de Herman: un enlace al árbol genealógico largo y estrecho de un profesor estadounidense. El tronco nace en la Zelanda del siglo XVIII. De la rama de una rama cuclga, pequeño y solo, el nombre de Jacoba, seguido de su fecha de nacimiento y muerte.

Encuentro la dirección de correo electrónico del profesor en la página web de la universidad donde trabaja. Trato de expresarme con la mayor delicadeza posible.

Dear mister Van der Wal, the last few weeks I have been researching a bomb attack in 1946 that

killed Jacoba Visser, your faraway aunt. A family member of mine was involved and I'm trying to find more information about the consequences of this attack.

Tampoco contesta.

D me avisa a gritos de que es hora de ir al hospital. Cuando oigo sus pasos en la escalera me apresuro a cerrar el portátil. Está convencido de que mi búsqueda afecta negativamente a mi tensión arterial. Le he hablado de Herman y le he comentado que él me releva, lo cual no es del todo falso.

—¿Vamos?

D me está esperando en el pasillo con mi abrigo. Intercambiamos una breve mirada, después aparta los ojos con una sonrisa nerviosa. Sé lo que está pensando, yo pienso lo mismo que él, lo pienso siempre que nos vamos al hospital: ¿y si ésta es la última vez que salimos de casa sin bebé? En el coche hablamos atropelladamente para no dar tregua al silencio. Cuando un anciano bloquea con sus pasitos inseguros la puerta giratoria que da al vestíbulo del hospital nos entra la risa floja de puro nervio.

En la Unidad de Obstetricia, el doctor Dukhi pone su suave mano sobre mi hombro.

—Lo estás haciendo muy bien, has llegado lejos, pero tenemos que ir pensando en una ruta alternativa.

Por un instante creo que se refiere al relato del primo ponebombas, que el doctor Dukhi ha estado pendiente de mi búsqueda durante todo este tiempo y que ahora concluye que me he perdido definitivamente.

—Vamos a hacer lo posible por aguantar tres semanas más.

—¿Tres?

Consternada, miro a Dukhi y luego a D, que se está poniendo pálido en el taburete a mis pies.

—¿No nos quedan ocho semanas? —Es lo único que consigo articular.

El doctor Dukhi niega con la cabeza.

—Eso no es viable, no quiero correr riesgos. —Retira la mano de mi hombro—. Entiendo que te cuesta hacerte a la idea, pero no le des demasiadas vueltas. Todo saldrá bien.

Quiero decirle que no lo tengo tan claro, que llevo muy poco tiempo con el curso de preparación al parto, que no hemos pasado de los ejercicios para facilitar las contracciones y que no tengo ni idea de lo que me corresponde hacer cuando llegue el momento. Que quedan algunos plazos por cumplir, que me falta vaciar un armario y, sobre todo, que debo ponerle a mi hijo el nombre correcto y que para eso necesito el relato correcto y que, al no ser correcto el relato que tengo, al menos debo conseguir el final correcto, por eso de que bien está lo que bien acaba, pero por el momento me encuentro en un camino sin salida de correos electrónicos y mensajes de Facebook sin respuesta y aún no he rectificado ni comprendido nada, sólo hay preguntas que conducen a más preguntas, ni siquiera sé si este relato sigue hablando de valor y justicia, quizá hable más bien de arrepentimiento o caos, nada es seguro. Quiero decirle que ayer retiré de la pared el certificado del primo ponebombas, la prueba amarillenta de su heroísmo, y que la pared

quedó tan vacía y tan insignificante que volví a colgarlo enseguida para luego volver a retirarlo, una y otra vez, durante un cuarto de hora. Quiero decirle que tres semanas no son suficientes, que no estoy preparada, que no sé qué enseñarle a mi hijo sobre la vida, que lo haré todo mal, que ya lo estoy demostrando, que desde el mismo embarazo soy una madre fallida, incapaz de portar a su bebé el tiempo necesario. Pero si digo algo ahora me echaré a llorar, así que dirijo un gesto de aprobación a Dukhi y Dukhi me lo devuelve, y por un instante —brevísimo— me siento tranquila.

En casa me arropan, me cuidan, me consuelan, me arrullan, como si el bebé fuera yo. Mis padres pasan a verme a menudo, mis hermanas y mis amigas traen caldos buenos y revistas malas. Todos insisten en que no me preocupe, en que vacíe la cabeza. El bebé se retuerce bajo mi piel, formando bultos extraños en mi vientre cada vez que estira los brazos o las piernas.

Cuando tiene un momento, D se tumba a mi lado, con la cabeza a la altura de mi tripa, parece que no me habla a mí, sino al bebé. Me asegura que sí estamos preparados, señala el hueco que queda entre nosotros en la cama y dice que está deseando ver ahí a nuestro hijo.

—Tampoco es tan difícil, cariño, todo el mundo lo hace en todas partes.

Poso las manos sobre su espeso cabello, en este instante daría cualquier cosa por cambiarme con él.

Faltan 3 semanas

El agujero en nuestro cómputo me desorienta. No me canso de mirar mi agenda. El resumen del año, los meses, los días, cada una de las horas, como si los píxeles blancos que separan las unidades temporales fueran a devolverme las cinco semanas evaporadas. Siento el impulso de llamar a alguien y reclamarle el tiempo desaparecido. Dios, Kant, el doctor Dukhi. Pero el único responsable de este salto adelante es mi propio cuerpo, que no mide las semanas, sino la velocidad con que circula mi sangre.

Esta mañana, tras la enésima noche en vela, he estado varios minutos dispuesta a abandonar mi búsqueda. Ya vería cómo hacer cuando naciera el bebé, qué nombre ponerle, qué relato contarle. No más búsquedas en Google, llamadas telefónicas, correos electrónicos, especulaciones, expedientes, libros. En mi mente he cerrado el mapa de la Antártida. Misión no cumplida. He sentido una vaga sensación de libertad. Al cuarto de hora me ha escrito Herman con la noticia de que había encontrado el nombre de la familia con la que una de las hermanas de Jacoba comenzó a trabajar como niñera en 1946.

Me ha costado, pero aquí tienes el número de la niña a la que cuidó. Quizá ella pueda ponerte en contacto con la hermana.

Marco el número en mi móvil. Descuelgan a la primera.

Me llevo una sorpresa al oír la voz al otro lado de la línea. Es una voz vieja. Tonta de mí. Esperaba que fuera a atender mi llamada la niña a la que se refiere Herman en su mensaje. La niña de entonces debe de tener setenta y muchos años ahora.

Le explico quién soy y qué busco.

—Llega un año tarde —dice la mujer—. Greetje murió el año pasado.

—¿Greetje?

—Sí, la hermana de Jacoba.

Greetje, así se llamaba la esposa de François. Esto comienza a ser un juego confuso, casi todos los nombres tienen un eco en el otro lado del relato.

—¿Cree que habría estado dispuesta a hablar conmigo, una sobrina del asesino de su hermana?

—Quizá. No sé.

—¿Habló alguna vez del atentado?

—No, pero sí me habló de Kootje.

—¿Kootje?

—Es el diminutivo cariñoso de Jacoba. Kootje le pegaba mucho más, al menos a la Jacoba que conocía yo.

Justo voy a decirle que no puede haber conocido a Jacoba, que Jacoba murió antes de que Greetje empezara a trabajar en su casa, cuando ella misma se corrige.

—No llegué a conocerla de verdad, en vivo, pero..., ¿cómo explicarlo?... era la protagonista de los cuentos de mi infancia. Mis padres pasaban mucho tiempo fuera, yo era hija única y Greetje cuidaba todo el día de mí. Hablaba mucho de su hermana. Las dos habían vivido en un orfanato en La Haya y Greetje me contaba que, durante la guerra, Kootje le conseguía comida y la engañaba diciendo que la había preparado su madre difunta. Greetje la creyó hasta que un día Kootje se llevó una paliza después de que la pillaran por sorpresa en la despensa. Me hablaba del suave cabello de su hermana, de las canciones que cantaban cuando una de las dos lloraba por la noche en la cama porque echaba en falta a la madre. En los cuentos de Greetje, Kootje era una niña guapa y valiente, una mezcla de Cenicienta y hada madrina. Yo era insaciable, siempre le pedía que me contara más cosas, y ella tenía una imaginación fabulosa. Se inventaba historias absurdas: Kootje y la manzana sin dientes, Kootje y las cien ranas, Kootje en el bosque carnívoro. —La mujer, la niña, se ríe—. En realidad, siempre era el mismo relato, contado de una forma levemente distinta. El mundo estaba amenazado, Kootje entraba en acción y todo se arreglaba.

Pregunto si en los cuentos aparecía algún atentado con bomba.

—No. Yo sabía que Kootje estaba muerta, pero no le di importancia hasta que un día..., quizá no esté bien decirlo... Cerca de casa había un «sendero Van Heemstra». Atravesaba el bosque. Un camino oscuro, con muchas curvas, flanqueado por árboles altos y viejos. Habíamos salido a dar un paseo y, de pronto, al ver el nombre en el letrero, Greetje se quedó de piedra. De verdad, era como si se hubiera congelado allí mismo, creí que me estaba tomando el pelo, le tiré del brazo, pero no se inmutó. Estaba blanca como la cera, tenía la frente perlada de sudor. Permaneció un buen rato así, calculo que no menos de veinte segundos, sin el menor movimiento, mirando fijamente el nombre en aquel letrero. Y yo la miraba a ella.

Contengo el aliento, espero de todo corazón que ahora me cuente algo sobre el atentado, que aporte hechos nuevos que Greetje compartió con ella.

—Sólo fue un momento —continúa—, y cuando llegamos a casa hizo como si nada.

—Y usted no preguntó.

—No me atreví, pero jamás olvidé aquello. Años después, cuando me tocó a mí perder a un ser querido, me acordé muchísimo. De alguna manera extraña, las pérdidas abren brechas en el tiempo, borran etapas de nuestra vida. En cuanto Greetje volvió en sí, se agachó muy despacio y recogió una piña del suelo. La arrojó contra el letrero. En el camino de vuelta lloró y me contó lo mucho que echaba de menos a Kootje. Me dijo que era como perder un brazo o una pierna. Y añadió: ojalá hubiera perdido una pierna.

La mujer deja de hablar, ahora me corresponde a mí tomar la palabra, responder a esta

historia, pero tengo la garganta atenazada, mi voz se atasca: las hormonas, el cansancio, Kootje en el bosque carnívoro. Me acuerdo del pulgar desaparecido de la señora Koopmans. El muñón en el guante que se ponía para fregar.

Un pulgar a cambio de una vida. Kootje y el pulgar amputado. Sólo logro articular un «gracias» ronco.

—Si hubiera llamado un año antes... —dice la mujer.

—Lo sé, llego tarde.

—No importa.

—Adiós.

Escribo un SMS a Herman, le doy las gracias por el número de teléfono y comento que, desafortunadamente, Greetje no sigue viva.

Al poco de enviar el mensaje, Herman me llama.

—Tengo algo mejor. La dirección de la familia Bos en Maassluis.

—¿La familia qué?

—La familia de la hermana mayor de Jacoba.

Tras la conversación telefónica sobre Greetje y sus cuentos no me atrevo a llamar así como así a la familia Bos. ¿Con qué cuentos sobre Kootje se habrán criado? ¿Qué vieja herida puede llegar a abrir mi llamada? Decido enviar un correo electrónico, sopeso mis palabras, concluyo que lo mejor es hacer gala de la mayor neutralidad posible. Finalmente, me quedo con dos frases secas en las que me presento como la sobrina de Frans que busca la historia completa detrás del atentado con bomba del 5 de diciembre de 1946.

Han transcurrido dos días desde que envié el mensaje. Estoy sentada en un salón en Maassluis frente a los cinco hijos de Antje, la hermana mayor de Jacoba. Forman un semicírculo cerrado: dos hermanas y un hermano en el sofá y, a uno y otro lado, una hermana y un hermano en una silla. Yo estoy en un gran sillón verde en la otra mitad del círculo. Entre ellos y yo hay una mesa de centro con un surtido de frutos secos.

Hace más calor de lo normal para esta época del año, llevo un jersey de invierno demasiado grueso y estoy sudando. Aunque me he subido al tren a paso de tortuga —respirando con calma, sin estrés— y me han recogido en la estación, me siento agotada.

En la sala de estar flota una atmósfera de tensa expectación. Al lanzar una tímida sonrisa a los cinco rostros enfrente de mí tengo por primera vez la sensación de que miro al relato a la cara, de que en este salón la Historia está sentada a mi alrededor, viva, llena de preguntas. Algo se ha abierto, el tiempo, quizá. La conversación fluye con naturalidad. Yo cuento lo que sé, los hermanos y las hermanas evocan recuerdos de Jacoba. Son recuerdos de segunda mano, transmitidos por su madre y sus tías.

Para ellos, Jacoba no es Kootje, sino Cobi. Y aunque se trate de la misma chica, el nombre de Cobi cambia la imagen que tengo de ella, veo a una persona diferente, mayor, con los pies en la

tierra. Los hermanos hablan de la muerte de su abuela, la madre de Jacoba, y cuentan cómo su abuelo envió a siete de sus diez hijos a un orfelinato al contraer segundas nupcias. Jacoba, que aún era un bebé, se crio con las monjas en la Casa de la Caridad de La Haya. Una vida dura y triste en la que los niños se apoyaban los unos en los otros como único consuelo. Cuando los pequeños vomitaban, las monjas los obligaban a comerse lo que habían arrojado por la boca. Quien alzaba la voz era encerrado en un armario oscuro. Según relata una de las hermanas, con dieciséis años, las monjas enviaron a Jacoba de niñera a una casa particular. Tenía que estar dos años, después podría marcharse. Le faltaba muy poco. En diciembre de 1946 le quedaban sólo unos meses de servicio para, por fin, poder vivir su vida.

—En cualquier caso, ella estaba a gusto con la familia Boer —dice el hermano mayor.

Su madre, Antje, contó después, mucho después, que se alegró infinitamente de que su hermana pequeña acabara en la casa de los Boer. Personas agradables que la trataban bien. Formaba parte de la familia, como demuestra el hecho de que aquella noche de San Nicolás se hallara tan cerca del paquete bomba. Jacoba era una más.

Una de las hermanas, Cobi, debe su nombre a Jacoba. Su abuelo le dedicaba mucha atención y le hacía regalos, como queriendo mimar con fuerza retroactiva a la hija que había perdido. Estoy a punto de revelar mi plan de ponerle a mi bebé el nombre de Frans, pero me trago mis palabras por temor a que los hermanos y hermanas se lo tomen a mal. Cobi Hija es la que más sabe sobre su difunta tía porque, como se llama igual que ella, su madre le contaba cosas. Le contó que había acompañado a Jacoba en los días en que se fue muriendo poco a poco y que estaba horrorizada por las terribles lesiones.

—Mamá hablaba cada vez más de Jacoba conforme iba cumpliendo años —dice Cobi—. Llegó a comentarme que cuanto más tiempo pasaba, más cerca parecía estar de ella.

Los hermanos y las hermanas nunca han oído hablar de los autores del atentado.

—¿Para qué iban a interesarse por ellos? —observa el más joven—. La guerra había concluido, la familia quería olvidar, salir adelante. No se preguntaban quiénes habían sido buenos o malos, quizá porque resultaba demasiado doloroso, tenían otras preocupaciones. — Aunque les costaba olvidar—. El agujero, la herida, seguía ahí. La familia quedó amputada para siempre.

Mientras cuentan su historia, por momentos les puede la emoción y tienen que relevarse unos a otros a causa de una voz quebrada o unos ojos bañados en lágrimas. No llegan a llorar, es un dolor pequeño, procedente de una generación anterior. Se pasea por el corro como el surtido de frutos secos, se me agarra a la garganta y me lo quito de encima tragando.

Pregunto cómo era Jacoba físicamente. El hermano pequeño sale del salón y regresa con tres fotografías que deja encima de la mesa.

—Después te las escaneo y te las envío por correo electrónico.

La imagen más grande es un retrato. Una chica seria con una boca bonita y carnosa y unas gafas pequeñas y redondas. La segunda foto muestra a Jacoba y a Greetje, la hermana que la

convirtió en un hada madrina, una joven heroica, una princesa. Sonríen a la cámara, con las cabezas juntas. La última imagen, tomada desde lejos, se ve difusa, una niña sentada en una silla, sola en medio de un vasto y frío dormitorio común. No mira al objetivo, mira hacia abajo, a los pequeños pies desnudos. El vestido le resbala por los hombros y el lazo que lleva en el pelo está medio deshecho. La foto destila soledad por todos sus poros.

Miro el semicírculo de hermanos y hermanas, los frutos secos, las fotografías de Jacoba, que podría haber estado aquí ahora si la bomba no hubiera estallado. Quiero decir algo, rectificar, compensar. Pero todo lo que me viene a la mente resulta gratuito en comparación con aquel dormitorio desolador donde Jacoba contaba los días para comenzar a vivir de verdad.

—Imaginaos que Frans siguiera con vida. ¿Qué querríais que os dijera? —pregunto.

Los hermanos y las hermanas no se animan a contestar mi pregunta.

—¿Cuál sería, según vosotros, un buen final para este relato? —insisto.

—Querría que nos dijera que se arrepiente —contesta, al fin, el hermano pequeño—. Arrepentimiento. Sería el único final correcto.

En la cama, en la penumbra del dormitorio, me quedo contemplando, gorda y aturdida, las manchas de sangre en el papel pintado con palmeras. Esta tarde en Maassluis he estado tentada de decir que, en su lecho de muerte, Frans había pedido disculpas. Quería corresponder a los hermanos y hermanas, poder concluir en el momento de la despedida que el relato por fin estaba terminado. Deseaba compensarles, por ellos, por mí, por mi hijo, por la niña del dormitorio común. Pero no podía mentir, no sobre algo así. Necesito contrastarlo. Y sólo hay una persona que puede ayudarme: el hombre que estaba sentado junto a Frans justo antes de que muriera, en su momento de sinceridad.

Si Juan Carlos está vivo, tiene que acordarse. No se olvidan las últimas palabras de nadie.

Faltan 2 semanas

Casi no doy crédito a lo que he encontrado en Airbnb. Un apartamento en un viejo chalé en el mismísimo barrio donde el primo ponebombas vivió y murió en 1987. Mi último intento por completar el relato: terminar en el lugar en el que terminó Frans. Desde el dormitorio, que da al patio, veo la casa donde él durmió y falleció. Mi ventana se halla enfrente de la suya.

O eso dice el vecino que ayer vino a preguntarme qué se me había perdido por aquí fuera de la temporada de vacaciones. Conserva pocos recuerdos del «viejo capitán», como solían llamarlo en el barrio. Sólo se acuerda de que era un hombre retraído, la mayoría de los niños le tenían miedo. «Podía pasarse horas mirando al patio sentado en su silla de ruedas», me comentó el vecino. A mi pregunta de qué miraba, contestó que desconocía la respuesta. «Pensábamos que veía fantasmas. —Se rio, y acto seguido señaló la interminable palmera que se alza en el centro del jardín interior—. Igual era eso lo que miraba, por entonces ya estaba aquí.»

He puesto nombre a la palmera. La he bautizado *Matusalén*, por el anciano más vetusto de la Biblia. O, mejor dicho, por la palmera datilera israelí que, según leí en *National Geographic*, creció en 2005 de una semilla de dos mil años que unos científicos habían hallado previamente en Masada y que pasó a llamarse *Matusalén*. «¿Podría haber estado sentado Jesús bajo la palmera *Matusalén*?», rezaban las letras mayúsculas encima de la fotografía que acompañaba al texto. Me parece una cuestión complicada. Depende de si podemos equiparar la palmera en potencia, la semilla, al árbol que acaba saliendo de ella. No, pensé en un primer momento. Aunque Jesús (el Jesús histórico) y la semilla coincidieron en el tiempo, de modo que, mirándolo así, la respuesta es afirmativa. Pero ¿quién me asegura que la palmera que crece de la semilla ahora es la que se hubiera germinado entonces? La pregunta me da vértigo, al igual que la idea de que el primo ponebombas hubiera podido verme aquí sentada detrás de esta ventana, o yo a él, si no fuera por los años de Historia que nos separan.

Mi teléfono empieza a vibrar, es D. Me llama cada dos por tres. Cuando se enteró, se puso furioso, me gritó que sólo a una loca se le ocurría pasar los últimos días de su embarazo en solitario en un lugar desierto de la costa española. No pude por menos que darle la razón. Tuve que aterrizar en el aeropuerto de Barcelona para darme cuenta de la locura que estaba cometiendo. Aun antes de abandonar la pasarela había buscado y guardado todos los números españoles de emergencia, así como la dirección de dos hospitales cercanos. En el tren a Vinaròs me quedé medio dormida con una frase de Salinger en la cabeza, «todas las madres están un poco locas», y me desperté con esa misma frase al llegar a la pequeña estación soleada.

Llevo casi tres días en un estado de pánico leve, pero no quiero alarmar a D, trato de guardar

la calma.

—Mañana vuelvo a casa.

—Deberías habérmelo dicho antes.

—Me habrías parado los pies.

—Exacto. Voy a verte.

—Antes de que te dé tiempo a llegar habré vuelto.

Al final, se resignó, más que nada por el bien del bebé, imagino. Para no generar más estrés. Comprueba varias veces al día si sigo viva, si seguimos vivos.

—¿Y? —pregunta—. ¿Alguna novedad sobre el Señor de los Anillos?

Le comento que por la tarde tengo cita con Juan Carlos. Antes de partir, decidí concederme tres días para dar con él, creyendo que sería suficiente para una ciudad de la talla de Vinaròs. Pero Juan Carlos se había mudado. Y me costó encontrar a alguien que pudiera pasarme su número de teléfono. Apenas habla inglés, el vecino de al lado (creo que le inspiro compasión, una mujer sola tan embarazada) hizo de intérprete. «Está aquí conmigo la sobrina del capitán y le gustaría hablar con usted.» Juan Carlos se mostró receloso, quizá por miedo a que fuera a reprocharle algo. Desde luego, no hay nada más fácil que darse una vuelta por la casa de un hombre solo que acaba de fallecer y meterse disimuladamente un reloj en el bolsillo del pantalón. A través del vecino expliqué a Juan Carlos que quería que me contara cómo transcurrieron aquellas últimas horas, cuáles fueron las últimas palabras del capitán antes de morir. Nada más. El viejo verdulero me prometió que al día siguiente —hoy— tomaría el autobús en el pueblo donde vive ahora y se acercaría a Vinaròs, que está a una hora de viaje.

D me escucha con paciencia.

—Esta mañana me ha venido bien no tenerte por aquí —confiesa a continuación—. Unos días de calma antes de que se desate la tormenta. Para ir asimilando lo que se avecina.

Se ha dedicado a pintar el dormitorio del bebé y a montar un armario. Reconoce que está muerto de miedo, en el buen sentido de la palabra. «Aquí estoy —dice—, y estaré siempre.» Le digo que él es la única persona en el mundo con quien quiero emprender esta aventura. Es curioso cómo la distancia crea proximidad.

El bebé está más espabilado que nunca. Quizá sienta que se acerca el momento. Hace cuatro días, el doctor Dukhi nos comentó que parece tener el tamaño y el peso suficientes para nacer sin demasiadas complicaciones.

Al dejar de hablar con D, me tumbo encima de la cama y cierro los ojos, sólo un momento. Cuando me despierto de un sobresalto, han pasado dos horas. En todas las habitaciones entra un sol deslumbrante, un exceso de luz sin rastro de sombra. Miro mi móvil, falta media hora para mi cita con Juan Carlos. Me bajo de la cama con dificultad. Se me están hinchando los tobillos. Dentro de nada ellos también serán engullidos por los líquidos que acumula mi cuerpo. En el espejo del cuarto de baño veo que me está desapareciendo la barbilla, el agua también se ha instalado en mis muñecas. Tengo los dedos dormidos, me noto las manos pesadas y flojas: el

síndrome del túnel carpiano del que me advirtió el ginecólogo. No tiene remedio, el único remedio para todos mis males es dar a la luz.

Llaman a la puerta. Con insistencia. Resulta ser el vecino, con el móvil en la mano.

—Juan Carlos está enfermo —dice.

Que si podemos cambiar la cita por una conversación telefónica. Miro el iPhone negro.

—¿Ya está al teléfono?

El vecino asiente, pone el altavoz.

—Hola.

Una voz vieja y metálica.

—Yo traduzco —se ofrece el vecino.

Trago mi decepción. Me lo había imaginado de otro modo muy distinto, Juan Carlos y yo en una idílica terraza española donde se me revelaría la esencia más profunda del primo ponebombas. Su culpa, su arrepentimiento, el residuo de su vida: el desenlace de un relato nuevo y bueno, vaya. Pero no hay tiempo para objeciones. Mañana sale mi avión. Debo regresar con D, debo dar a luz, digo que me parece bien con un gesto de la cabeza

—Pregúntale por las últimas horas de Frans. ¿Qué dijo antes de morir? ¿Cómo se despidió de la vida?

Nerviosa, escucho la traducción de mis preguntas en boca del vecino. Estamos los dos de pie, inclinados sobre el iPhone, el oráculo que arroja las respuestas de una vieja voz española.

—Juan Carlos dice que no paró de soltar palabrotas. Estaba enfadado porque iba a morir. Empezaron a beber, bebieron mucho. El capitán le dijo que echara al correo el sobre que había dejado encima del escritorio. —Debió de ser el sobre con el anillo—. También dijo que se comiera las sardinas que había en el frigorífico. Y que deseaba ser enterrado sin calcetines. Se rieron a gusto, porque el capitán no tenía piernas. Después le preguntó si, una vez muerto, le importaba echarle un poco de colonia. El capitán no olía demasiado bien, apestaba a hongos y a queso rancio, llevaba semanas sin asearse, se negaba a tomar un baño.

Interrumpo al vecino de mala manera.

—Dile a Juan Carlos que todos esos detalles no me interesan. Quiero saber lo que verdaderamente importa.

El hombre me mira con asombro, traduce mis palabras. Juan Carlos vacila, formula una pregunta:

—No entiende a qué te refieres con «lo que verdaderamente importa» —traduce el vecino.

—Me refiero a si se arrepintió —suspiro—. Quiero saber si se arrepintió de lo que hizo en el pasado, si pidió disculpas, si quiso enmendar algún error.

El vecino transmite mis preguntas a Juan Carlos.

La voz metálica guarda silencio.

—Me pidió que dejara su silla de ruedas en la calle —contesta al fin—. Por si pudiera servirle a alguien. La silla estuvo un mes en la acera, después la tiré a la basura. Estaba totalmente

oxidada.

El vecino hace una pregunta, algo con «más», es una palabra que conozco. Pregunta si hay algo más.

—No —responde el oráculo—. No hay más.

En la playa ya es casi de noche. El sol ha desaparecido, sopla un viento frío del mar. Me estremezco, debería haber traído mi cazadora, pero está en el apartamento, en la maleta que luego me llevaré en el taxi al aeropuerto. Por el primo ponebombas no tengo que preocuparme, está tan calentito en su silla de ruedas, con una buena manta sobre los muñones de las piernas. Respira con dificultad, cada vez que le da un acceso de tos de fumador escupe en la arena. Esperaba verlo asomado a la ventana, donde los niños lo tomaron por un fantasma durante tantos años, pero estaba sentado en la playa, de cara al mar, las ruedas de la silla clavadas en la gruesa arena. Como si lo hubieran dejado ahí hace muchísimo tiempo y se hubieran olvidado de él.

Alzó un instante la vista cuando me senté a su lado, pero enseguida volvió a mirar al frente.

Tiene la cara rugosa, rugosa y gris como la de un elefante.

—Por fin —digo.

Un momento perfecto, aquí sentados el uno al lado del otro, sin decir palabra, con el susurro de las olas y el ruido del tráfico que pasa a toda velocidad por el paseo marítimo a nuestra espalda. Pero no hay tiempo que perder. Pronto se hará de noche, empezará a hacer más frío, dentro de unas horas sale mi avión.

¿Por dónde empezar? Por lo más importante.

—Te voy a pedir que seas sincero conmigo. Necesito que me cuentes la verdad, a modo de colofón.

Me mira, los ojos hundidos y acuosos, un amago de sonrisa.

—Yo desmonto mentiras —prosigo—, pero también miento. Llamo A a tu mejor amiga cuando su nombre empieza por otra letra distinta, manipulo la cronología de mi búsqueda porque me viene mejor dosificar los hallazgos. Atribuyo mis propias preguntas y respuestas a otras personas, doy por descontado que en los años treinta se multaban los excesos de velocidad cuando ni siquiera sé si por entonces había un límite, pero el dato me permite apuntalar un rasgo de personalidad, digo que comemos frutos secos en casa de los familiares de Jacoba en Maassluis cuando en realidad tomamos tarta, pero necesito una imagen que acompañe al dolor que recorre aquel corro. Un trozo de tarta no se va pasando de uno a otro ni se comparte, de ahí los frutos secos. Hay otros muchos ejemplos, tantos que no puedo mencionarlos todos. Pero lo que hago sobre todo es ocultar información, la peor de las mentiras. No digo que participaste en el horrendo secuestro de un hotelero en Renkum, al que queríais crucificar para que se fuera desangrando debajo de un cartel de madera con las palabras: CONSTRUYENDO HOLANDA. No cuento que en un viejo reportaje del *Utrechts Nieuwsblad* leí que, tras una discusión sobre tus negocios de contrabando, incorporaste sin contemplaciones a Goedewagen y a Drost, tus

superiores en el ejército, a tu lista negra, lo cual parece indicar que el famoso atentado fue un ajuste de cuentas personal. No menciono en ninguna parte que en varios artículos te llaman *el San Nicolás de la muerte*. Después de todo, te he protegido bastante porque no estaba dispuesta a renunciar al mito como si nada. Eras un hombre muy peligroso, un asesino perturbado, pero al mismo tiempo fuiste mi héroe durante veinticinco años. Algo así no se borra de un plumazo. Me propuse pelar el mito capa a capa hasta llegar al corazón, y después no lo encontré porque el mito es una cebolla y las cebollas no tienen corazón. En cualquier caso, no podía quedarme con las manos vacías, necesitaba un nombre y un relato, así que fui creando capas nuevas, mejores, sin que esta historia se convirtiera en ficción, al fin y al cabo eres un asesino, un asesino de personas verdaderas, has destrozado vidas de verdad y eso merece una contrapartida tan real como el ojo destrozado de Jacoba.

»Por eso estamos sentados aquí, en esta playa desierta, por eso te cedo la última palabra. No importa lo que digas, siempre y cuando seas sincero. No, me equivoco. Sé cuáles deben ser tus últimas palabras. Si no las pronuncias tú, ya me encargo yo de ponerlas en tu boca. Lo siento. Cuéntame. Y, sobre todo, sé sincero.

El anciano mira al infinito, estoicamente.

Espero. Espero hasta que no puedo esperar más. Me marchó. Giro la cabeza unas cuantas veces mientras regreso al paseo marítimo, pero el hombre no vuelve la vista atrás.

D me recoge en el aeropuerto. La casa huele a pintura y a detergente. En las habitaciones se respira la tranquilidad del aliento contenido. Entro en el dormitorio del bebé. La cuna está en el centro, las paredes —antes rojo intenso— lucen ahora un azul hielo.

En la repisa hay una caja alargada con un lazo rosa.

—Para ti —dice D al tiempo que apunta con el dedo a mi vientre—. Para nosotros.

Es un pequeño telescopio.

D se ríe y señala la habitación blanca y azul a nuestro alrededor.

—Por algo hay que empezar si queremos construir un planetario en este cuarto.

Examino las lentes, el ocular, se me saltan las lágrimas con sólo pensar que en breve tendré un hijo que algún día mirará las estrellas y se preguntará a cuánta distancia se hallan los astros y de dónde viene la luz.

Falta 1 semana

El bebé nacerá por Navidades, sabemos el día e incluso la hora en que me pondrán una vía para inducir las contracciones. «Ha llegado el momento de sacarlo», anunció el doctor Dukhi durante nuestra última visita. Me llamó la atención el verbo «sacar». La imagen que yo tenía era la de traer al bebé. Traerlo al mundo, en lugar de sacarlo del vientre.

Se me hace extraño saber con tanto detalle cuándo va a llegar, asignar una fecha a lo inconcebible.

Envío las fotos de Jacoba a Herman: «Para tu telaraña».

Me contesta con un mensaje. «Tengo un amigo arqueólogo. Se pasó cuatro décadas entre excavaciones en un viejo *tell* en Siria, pelando miles de años de Historia y clasificándolos en cajas. Un día le pregunté qué era lo más hermoso que halló en todo ese tiempo. Y respondió: “Un esqueleto supera cualquier otro hallazgo arqueológico porque, de pronto, vislumbras al ser humano entre los huesos. Y eso es lo que te anima a seguir. Ese momento en que le dices a un cráneo: ‘Te rescato del tiempo pasado, te saco de las sombras, y aunque lleves mil años debajo de los escombros y todo el mundo se haya olvidado de tu nombre, yo te daré un rostro’. Abrazos, H.»

Faltan 3 días

Trato de reconstruir cómo acabaste aquí, en esta pequeña cuna de plástico con ruedas. Hubo un momento inicial: me colocaron un catéter de balón («inflamamos un globito en el cuello uterino», aquello sonaba a fiesta, pero yo no lo viví así) para romper la bolsa.

Hubo medio día y una noche en que esperamos con ansiedad la rotura de aguas.

Rompieron.

Recuerdo una mezcolanza de imágenes, sonidos y olores. Hubo gritos, del ginecólogo, míos, de tu padre, de otras mujeres en otras habitaciones, gritos por todas partes, y un tremendo crujido interno, como si mis huesos tuvieran que hacerle un hueco a tu ancha cabeza de bebé, hubo una luz tamizada que me daba la sensación de estar en un limbo, un lóbrego reino de las sombras capaz de engullirnos en cualquier momento, quería pedir que subieran el brillo de las lámparas al máximo, ver, ser vista, pero cada vez que iba a abrir la boca llegaba la enésima contracción, a cuál más devastadora, me oía gruñir y aullar, un ruido abisal y prolongado, y al mismo tiempo sentía vergüenza por esos aullidos salvajes, «ésta no soy yo —gritaba—, ésta no soy yo», pero siempre me ganaba la vieja furiosa que había tomado mi garganta, alguien decía: «empuja una vez más y ya está», y lo repetía sin parar, hasta que tuve la certeza de haber agotado todas mis fuerzas, recuerdo que me vacié, como cuando se sopla un huevo, tú ahí arriba, cubierto de la cabeza a los pies por una capa viscosa, lo primero que me vino a la mente fue la ciruela pasadísima que me encontré un día en la mochila meses después de haberla guardado allí dentro. Recuerdo la cara de perplejidad de tu padre y las risas incontrolables —¿mías?, ¿suyas?— porque era todo tan absurdo, ese trasto morado, esa ciruela prehistórica que supuestamente era la consagración de nuestro amor. Y entonces los cuatro guantes de plástico te llevan hacia mi pecho, miro tu cabeza, trato de reconocerte en ti, de sentir algo ante esa viejísima cara que se me acerca volando, rugosa y disgustada, un rejujo ensangrentado, más arrugas que piel. Tus cuarenta y ocho centímetros de humedad aterrizan con un «chof» encima de mi esternón y pienso: «¿Quién es éste?». Y enseguida me viene la respuesta: «Éste soy yo».

Entran mis padres, mi madre se echa a llorar nada más verme. Algo me pasa, lo leo en su mirada. Entra la pediatra, examina tus piernas de insecto, tu cráneo, recorre la superficie de tu espalda con los dedos y mueve la cabeza en señal de aprobación. Te pone una nota. Un siete y algo, sobre diez, me parece. No está mal, pero tampoco está bien. Demasiado regular para lo que acaba de pasar. La pediatra me mira y veo que durante una fracción de segundo tuerce el gesto.

¿Tan repugnante es mi aspecto?

Dice que por el momento tenemos que seguir en observación. Sigo teniendo la tensión alta.

Continúa hablando, veo que se le mueve la boca, pero ya no entiendo lo que dice, sólo oigo tu llanto, la cabeza de la pediatra se deshace en manchas, las manchas vuelven a unirse, alguien anuncia que hay que coser, una voz habla de un viaje a Tenerife y otra voz comenta que un niño deja una herida interna que tarda mucho en curarse.

Un niño, una herida, cuatro palabras que retumban dentro de mi cabeza ahora totalmente vacía, rebotan en los topes, chocan contra mi cráneo. Un niño, una herida.

—¿Cómo se llama? —pregunta alguien.

Por poco pronuncio el nombre que te puse hace quince años. Cuando no eras más que una quimera, una posibilidad. Cuando aún creía que mis héroes eran héroes y que la Historia podía transmitirse sin inconvenientes.

—No sé —musito.

Una enfermera rellenita nos lleva hasta la última habitación del pasillo.

En el aparcamiento debajo de la ventana, entre los coches, se alza un árbol de Navidad con adornos, las lucecitas parpadean en medio de la aguanieve. Las familias van y vienen por el pasillo, con globos gigantes y bandejas de comida. El olor a pollo y a ajo se mezcla con los efluvios químicos propios de una habitación de hospital y un extraño hedor dulzón que me recuerda al zoo, a la zona de los reptiles, o no, más bien al recinto de los simios. Las visitas hablan entre susurros para no despertar a los bebés, pero sus zapatos empapados de lluvia hacen mucho ruido, como el de una manada de animales pesados en un pantano.

Detrás de cada una de las puertas azules que se suceden en el largo pasillo hay una parturienta.

Parturientas con aire de aves zancudas en sus grandes batas blancas, enormes y desvalidas. A su lado, un nido de plástico sobre ruedas con el pollito que acaba de salir del huevo. La cuna es más alta que mi cama, sólo veo la punta de tu gorrito azul y rosa. Gimoteas. Me dicen que estás mareado y advierten que no se te pasará enseguida. No me esperaba para nada que el mareo pudiese figurar entre las sensaciones que puede causar un nacimiento. Me suena a molestia menor y pasajera. El resultado de un mejillón en mal estado o una resaca, no de esa fuerza bruta que en las pasadas veinticuatro horas nos ha desgarrado, rompiendo un solo ser en dos fragmentos separados.

En el exterior se encienden las farolas. Podría encender la lamparita encima de la cama, pero no lo hago porque me parece un asalto a la penumbra de nuestra convivencia. Me alegro de que estos días anochezca pronto, aún no me atrevo a mirarte a la luz del día.

Tu padre está llamando por teléfono en el pasillo.

Está explicando cuánto pesas y cuánto mides.

—No —lo oigo decir—. Aún no tenemos.

Se abre la puerta, entra la enfermera, me pregunta si ya nos hemos decidido. Niego con la cabeza.

Asiente con paciencia. Pero el sistema no es tan paciente como ella.

Hay que cartografiar al recién nacido, definirlo, acotarlo con un nombre en un plazo de tres días.

La enfermera saca un bolígrafo del bolsillo de la bata y anota la palabra *Bebé* en un formulario blanco. *Bebé*, así es como te registran de momento, un nombre común con la mayúscula de un nombre propio. Miro tu cabeza sin pelo, cubierta de restos de sangre y líquido amniótico, el nombre de *Bebé* no casa contigo, tienes el aspecto de algo que existe desde hace siglos.

—Quedan dos días para sustituir *Bebé* por un nombre normal —dice la enfermera.

Me toma la tensión, se muestra contenta.

—Esto va bien.

Faltan 2 días

Según el reloj han pasado seis horas, pero yo no sé en qué se me han ido. ¿He estado dormida? Estás encima de mí y gimoteas. ¿Te he sacado de la cuna? No me atrevo a moverme. ¿Por qué no hay nadie aquí con nosotros? Me han dejado sola con un animal raro que corre el peligro de morir por falta de cuidados profesionales. Esto es imperdonable, tú y yo solos en esta habitación. Tiene que venir alguien que haya estudiado para tranquilizar a un bebé que gimotea. Estiro la mano decidida a pulsar el botón rojo, a solicitar auxilio, pero de pronto sucede algo curioso, chillas y gimes y te deslizas o reptas, o algo a medias —topo y gusano— por mi vientre, tienes los ojos cerrados, rastreas mi piel con los labios, centímetro a centímetro, hacia arriba, rumbo a mi pecho. No te ayudo, no te llamo, me quedo contemplando el serpenteo subterráneo sin inmutarme. Ignoro de dónde sacas la energía y el sentido de la orientación, pero te desplazas en línea recta hacia mi pecho, clavas tus dedos en mi carne como un roedor, buscando y encontrando donde agarrarte, rodeas mi pezón con tu boca sin dientes y comienzas a chupar con una fuerza pasmosa.

Un nombre, debo elegir un nombre para ti, pero me hundo en una niebla blanca, permanezco inmóvil en la cama con un gusano morado a la altura del corazón, un topo ensangrentado, un pez de carne humana aferrado a mi pecho.

Son las siete, de la mañana o de la tarde, no sabría decirlo. Por el pasillo resuenan unos gritos rabiosos, el siguiente parto, me acuerdo del día que vi parir a una hembra de rinoceronte en el zoo de Róterdam. «Así debieron de sonar los dinosaurios», me comentó el cuidador del recinto. El bebé de la habitación contigua chilla sin parar. El chirrido de unos zapatos rígidos que acuden corriendo por el linóleo, el golpeteo de la lluvia contra la ventana.

Se abre la puerta, entra D, seguido de una enfermera. D te aúpa con cuidado, te estrecha entre sus brazos, te besa, me besa a mí. La enfermera me toma la tensión. Ha seguido bajando. Me puedo duchar.

—Ya no te vas a desmayar —dice.

D te acuna, parece todo muy natural, tú y él, ese gesto.

La enfermera me acerca una silla.

—Apóyate en ella.

Trato de levantarme, pero me muero de dolor, tengo la impresión de tener un cuchillo entre las piernas que a cada movimiento se va clavando un poco más dentro de mí.

—No puedo.

La enfermera sale al pasillo y vuelve con otras tres sillas apiladas la una encima de la otra. Las coloca de una en una en dirección al cuarto de baño.

—Apóyate y ahora camina.

Me voy arrastrando, el cuchillo me quita el aliento a cada paso que doy. Debajo de la ducha hay otra silla, pero no pienso ducharme, no quiero moverme más, si he venido hasta aquí es para mirarme al espejo. Quiero saber por qué se asustó la pediatra, por qué mi madre se echó a llorar.

El espejo está a la izquierda de la puerta. Pequeño y cuadrado. Al girar la cabeza pienso por un momento que estoy mirando por una ventana y que al otro lado del cristal hay una mujer gruesa y desaliñada. La clásica escena de terror: la mujer que se mira al espejo y se encuentra una versión destrozada de sí misma. Tengo la cara tan hinchada que apenas se me ven la nariz y la boca, un repugnante trozo de carne con dos agujeros rojos, mis ojos inyectados en sangre. Debajo de los brillos de mi piel se extiende un delta de venas rotas que se ramifica por toda la cara. Mi cuello y mis hombros se hallan cubiertos de puntitos rosas, una erupción subcutánea, tengo los labios escamosos, deshidratados. Eso sí, mi pelo está mejor que nunca: reposa sano y reluciente sobre mis hombros en ondulados mechones castaños.

Consternada, me esfuerzo por alcanzar el grifo. Será mejor que me duche. Me dejo caer en la silla, siento el agua templada sobre mi cuerpo, de nuevo ese olor dulzón a animal.

Soy yo, el tufo a mono sube de entre mis piernas, es la herida, una mezcla nauseabunda de sangre y líquido amniótico.

Un niño, una herida.

Voy a quedarme aquí dentro, no pienso salir nunca más, he hecho lo que tenía que hacer, he traído al mundo a un nuevo ser humano, ahora quiero desaparecer, o no, ya he desaparecido, me he sacrificado por el bebé, esta persona maltrecha no soy yo.

D pregunta si estoy bien, la enfermera llama a la puerta.

Me ayudan a salir, me ponen una bata limpia, me dicen que tengo mejor aspecto que ayer. ¿Mejor? Lloro. La enfermera me acaricia el pelo.

—Te recuperarás enseguida. Ya verás. De aquí a nada habrás olvidado todo esto y estarás feliz con tu hombrecito guapetón.

—Dos hombrecitos guapetones.

D se ríe con esa risa que lo llevó a protagonizar el anuncio publicitario de los caramelos Mentos y por un instante —brevísimo— no tengo dolor.

D me sienta en una silla de ruedas y te tumba en mi regazo. Nos dirigimos al pasillo.

—Nos vamos de excursión —dice en tono alegre—. Hay que ponerle otro pañal a nuestro bebé.

«Nuestro bebé», suena bien, pero yo sé que no es cierto: tú eres mío, eres yo. Hay otras dos parturientas junto al cambiador común. Grandes vientres vacíos. Les sonrío y ellas me sonrían a mí, susurramos vocales a los bebés —ooooo y eeeee—, los arrullos salen solos, sin darme cuenta.

Cuando me preguntan cómo te llamas pronuncio tu nombre provisional. Bebé. Ponen cara de susto.

—Pobrecito —dice la más grande de las dos.

D se ríe.

—Mañana tendrá nombre.

Dormimos. Bebes. D y yo comemos lasaña, la mejor que hemos probado nunca. Decimos a la enfermera que felicite al personal de cocina.

No puede reprimir una sonrisa.

—La receta es fácil. Salsa de tomate, una semana de congelador y un parto.

Falta 1 día

Pido a D que vaya a buscar un espejo a casa para no tener que arrastrarme hasta el cuarto de baño cada vez que me entran ganas de comprobar si vuelvo a parecerme a mí misma.

A su regreso, deja el anillo del primo ponebombas encima de la mesilla de noche.

—Por si te lo quieres poner.

Dudo un momento, me miro las manos, en estos dos días casi han recuperado su tamaño normal. Vuelvo a ponerme la sortija en el dedo corazón. El oro resulta frío al tacto.

Tenemos visita, te regalan ropa y una vajilla para niños. Te aúpan, las primeras veces me da la sensación de que me levantan a mí, de que soy yo quien se arrima al cuerpo de los abuelos y las abuelas, pero conforme pasan las horas se agranda la distancia, como si el proceso de nacimiento prosiguiera su curso y te fueras separando cada vez más de mí. Te echo de menos.

Todo el mundo pregunta por tu nombre.

Otra noche. Por primera vez, el pasillo se halla sumido en silencio. No hay ningún parto, sólo se oye a Mariah Carey en una radio lejana. Estás encima de mi vientre y produces unos sonidos extraños y agudos. Te contesto con los mismos tonos, una conversación mediante sonar, de pez a pez, uno de los dos respira hondo, hay un corazón agitado que late muy deprisa. ¿Es tuyo? ¿Es mío? Es nuestro.

Mi tensión está controlada y se mantiene estable. Mañana nos vamos a casa. Habría querido decir que no estamos preparados, que aún no estamos capacitados para afrontar esta sensación nueva, esta forma de ser dos, habría querido pedir que volvieran a colocarte dentro de mí, que me dejaran ser gorda y oronda para siempre, que me devolvieran al nuevo ser humano en potencia a cambio de esta vida gigantesca y abierta que se extiende delante de nosotros.

Me acuerdo de Frans y de Carolina, del bebé que al cabo de un día fue engullido por el cosmos, lamento mucho que tengas que ser alguien, que seas alguien, que yo no pueda protegerte contra la vida, que no pueda protegerme a mí misma, quiero nieve, un mundo blanco y tranquilo, pero fuera llueve y hace viento, todo tiembla, hace ruido, se moja y brilla, lamento que algún día vaya a decepcionarte y que tú vayas a decepcionarme a mí, que dentro de poco tu corazón deje de latir dentro de mi pecho, que en este mismo momento ya te estés alejando de mí, que D y yo te vayamos a cargar con fotografías, relatos, mitos y esperanzas, con familias y miedos vagos y profundos, temores que atormentan nuestro cerebro reptiliano. Lamento que un día vayas a preguntarme por qué existe la guerra y quiénes son buenos y quiénes malos, y eso en el mejor de los casos, siempre y cuando tú mismo no acabes involucrado en la violencia que nosotros

tememos ahora, lamento muchísimo que quizá algún día tengas que tomar una decisión que yo no he tenido que tomar, al menos por ahora, seguir la corriente u ofrecer resistencia, lamento que tengas que aprender que nadie alcanza la meta final con las manos totalmente limpias, que éste sea un mundo en el que relativizamos lo bueno porque tenemos muchos conocimientos y pocas esperanzas. Te presentaste de cara porque diste media vuelta justo antes de colocarte boca abajo, como mirando las estrellas, y me acuerdo del engranaje de madera en el desván de la casa-museo de Franeker, aquel universo pequeño y abrumador, la cita de Kant, la ley moral dentro de mí y el cielo estrellado sobre mi cabeza.

Las estrellas.

Despierto a D, que duerme en una cama plegable a nuestro lado.

—Lo tengo.

Posa una mano somnolienta encima de mi mano.

—Me alegro —murmura—. Me alegro mucho.

Y vuelve a dormirse.

El día

D prepara nuestra maleta mientras tú duermes encima de mi vientre. Acabo de examinar por enésima vez mi cara en el espejo y he visto un atisbo de mí misma. D va a buscar el desayuno a la planta baja, entra una enfermera.

—Vamos a lavar al bebé para que vaya limpito a casa.

Con mucha suavidad, pasa una manopla por tu cráneo, se lleva los últimos restos de sangre, las últimas huellas de mi interior. Tu piel resulta ser más clara de lo que creía, mucho más clara que la mía, el color de tu padre.

La enfermera enjuaga la manopla en el cuarto de baño y después limpia tus manos. Me enseña tus largas uñas.

—Deberías morderlas para evitar que se arañe.

—¿Morderlas?

Asiente con la cabeza.

—Son demasiado pequeñas para cortarlas con unas tijeras, al principio morderlas es la mejor opción.

Te aúpa, sujeta tus dedos a la altura de mi boca y me anima con un gesto de la cabeza.

Cojo tu diminuto pulgar, acerco mis dedos al borde rígido de la uña y muerdo con cuidado, la uña cede, noto una cosita afilada en la lengua, me la trago de puro susto. Te voy mordiendo las uñas, dedo tras dedo, hasta que tienes las manos suaves e inofensivas y la enfermera las mira con un gesto de aprobación.

—Está preparado.

No pregunto para qué. Quizá para acariciar. Sacudir la mano. Un encuentro. El amor. D se une a nosotros.

—Ya lo he recogido todo. La compra está hecha, en el sofá de casa hay una manta, ¿necesitamos algo más?

La enfermera dice que el doctor Dukhi está al llegar para una última revisión. Después podemos marcharnos.

—En cuanto lleguemos a casa, ¿puedes subir y retirar el marco con el certificado del primo ponebombas? —pregunto a D.

Él asiente con la cabeza.

—Voy a traer el coche —anuncia a continuación.

Sale al pasillo.

La enfermera te deja de nuevo encima de mí.

—Os deseo un feliz comienzo.

Se dirige a la puerta. Te estrecho contra mí, siento tu calor y tu fuerza, siento tu corazón, que late más deprisa que el mío. Beso tu cabeza limpia. Allá vamos.

Vuelvo a darte un beso, me aclaro la garganta.

—Tiene nombre.

Mi voz suena extraña, grave, como ahumada.

La enfermera se vuelve hacia mí, con el pomo de la puerta en la mano.

—¿Cómo?

—Tiene nombre —repito, más alto.

—Justo a tiempo —se ríe—. Ahora vuelvo con el formulario y un bolígrafo y lo apuntamos.

Agradecimientos

No podría haber escrito este libro sin la ayuda de toda una serie de personas maravillosas que me facilitaron información y quizá se reconozcan, o no, en el relato en el que he convertido el relato.

Quedo muy agradecida a Maarten Biermans por haber comprado la caja con los documentos de Frans y a Sonia Eijkman por clasificar el contenido y hacérmelo llegar. Muchas gracias a la familia Van Santen por aportarme datos sobre Elize, a Sylvia de Vlaming por ponerme en contacto con ellos y al misterioso señor Madarasz por darme varias pistas interesantes. Las horas pasadas con las señoras Rijshouwer-van Wely y Gatsonides fueron de inestimable valor, al igual que la voluminosa *Geschiedenis van de Binnenlandse Veiligheidsdienst* de Dick Engelen, tal vez no el mejor libro para leer durante el embarazo, pero muy recomendable en cualquier otra circunstancia.

Agradezco a la familia Bos la información sobre Jacoba, a Hajo Wildschut las referencias ginecológicas y a Otto Nelissen las siestas imprescindibles para poder terminar este libro. Muchas gracias también a mi querido tío Frans, a quien realmente iba destinada la sortija, pero ésa es otra historia.

Mi mayor reconocimiento a Liet Lenshoek, que ha sido tan amable de atender todas mis preguntas y dudas, y a Marin van Veldhuizen, por su espíritu crítico y sus bocadillos con queso. Por último, un beso a todo el equipo de la editorial Das Mag y, muy en particular, a Marscha y a Daniël, ambos imprescindibles.

Los colaboradores del Archivo Nacional de los Países Bajos se mostraron muy solícitos, especialmente Peter Wijnmaalen, quien me confirmó que el vestíbulo había ido cambiando a lo largo de los años y que mi recuerdo de cómo era antes reflejaba en buena parte la realidad (en la medida en que los recuerdos puedan reflejar la realidad, claro, pero eso no viene a cuento ahora). Eso sí, la puerta giratoria era una puerta corredera, me dijo Peter. Me vino mejor que fuese giratoria.

En busca de tu nombre
Marjolijn van Heemstra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *En we noemen hem*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, World History Archive / Bridgeman / ACI

© 2017 Marjolijn van Heemstra, Das Mag Publishers

© de la traducción, Goedele De Sterck, 2019

Este libro ha sido publicado con el apoyo de la Fundación Neerlandesa de Letras

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

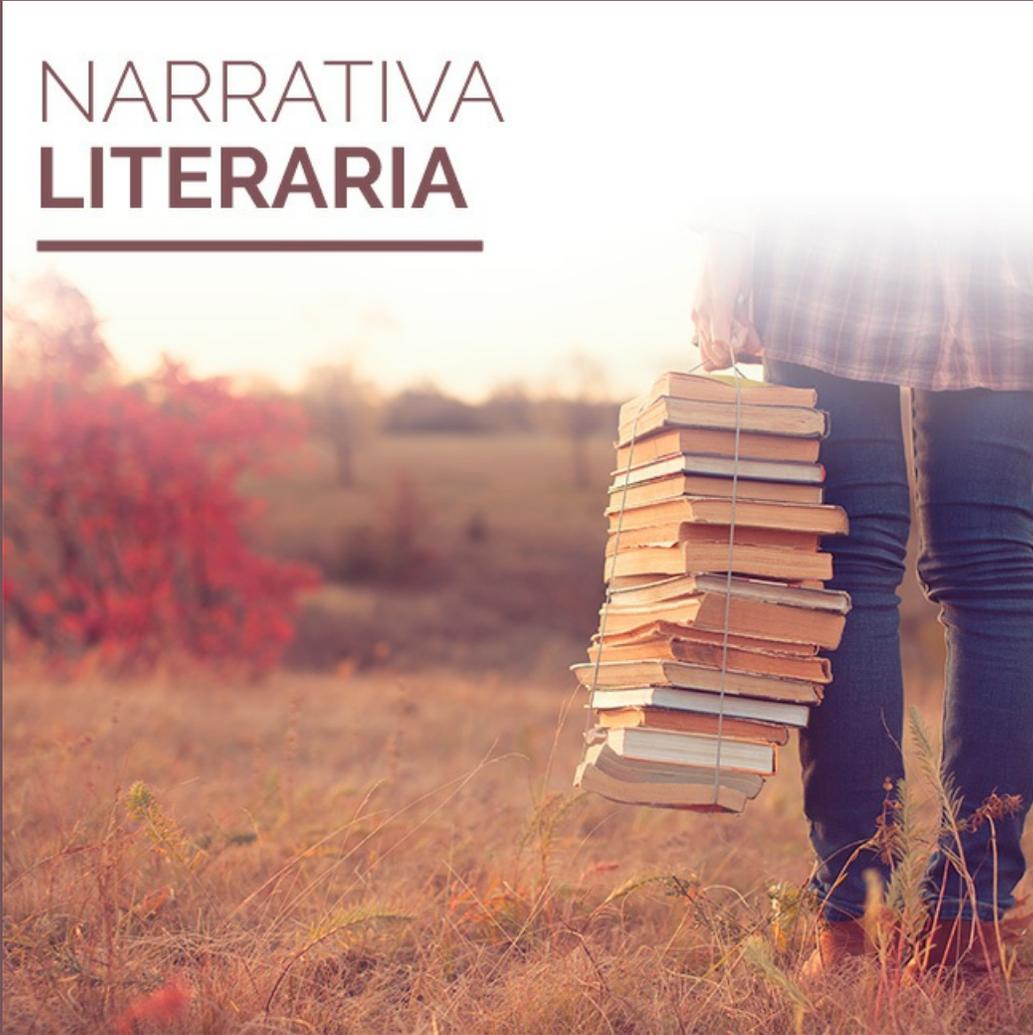
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3513-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!

